

DIÁLOGOS

POLÍTICOS Y LITERARIOS

Y

DISCURSOS ACADÉMICOS.

D - 1162

R. 16.577

DIALOGOS

POLÍTICOS Y LITERARIOS

Y

DISCURSOS ACADÉMICOS

POR

DON ANTONIO CAVANILLES

individuo de número de las Reales Academias de la Historia
y de Ciencias Morales y Políticas.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.—1859.

Libreria de Sanchez, calle de Carretas.



IMPRESA DE J. MARTIN ALEGRIA.

Ancha de San Bernardo, 73.

ADVERTENCIA.

Sin imaginar que pudiera dárseles importancia literaria ni política compuse parte de estos Diálogos en Biarritz y en Lóndres, en una temporada de verano descansando de mas serios estudios. No los escribí para el público; mas el que sepa lo que son los aficionados, no estrañará que se proporcionasen copias, ni que las llenasen de maravillosos desatinos. Quise restablecer el testo é hice imprimir 50 ejemplares, que miré como copias en limpio, y que regalé á los que me hicieron la honra de descargarlos.

Algunos diarios y revistas insertaron los Diálogos en sus columnas, y los empezó á conocer el público. A esto se debe el que me pidan cada día ejemplares que no tengo, y hasta licencia para reimprimirlos; y me veo obligado á hacer una

edición, que dudo si llamar segunda, aunque indudablemente no es primera. He cumplido exactamente las prescripciones de las leyes de imprenta: en uso del derecho que me conceden no consiento que mis Diálogos se inserten en los diarios ni se publiquen bajo otra forma.

No he escrito nunca, ni tal vez vuelva á escribir en este género. Quede sin embargo consignado que solo uso de la justa libertad que hubo en todo tiempo en materias literarias y que debe existir en las políticas.

Varios amigos me han autorizado para que publique su juicio sobre mis Diálogos. Lo agradezco infinito. Solo insertaré lo que han escrito Fernan Caballero y el Sr. D. Antonio Aparisi y Guijarro. ¿Quién no conoce en España estos dos nombres? Con tan ilustres amigos se anda en buena compañía. Conozco que los elogios que me prodigan son exageraciones de la amistad; pero tambien conozco que si omitiese lo que estos señores han escrito, privaría al lector de la parte mejor del libro. Ya puedo abandonar esta obrilla á su propia suerte, y así prometo no leer alabanzas ni críticas; si mis Diálogos tuviesen la desgracia de ser objeto de las unas ó de las otras.

PRÓLOGO

Razonamientos tan lógicamente presentados no dejan punto vulnerable.

(El Autor de los Diálogos.)

Uno de nuestros escritores de mas incontestable superioridad , el señor don Nicomedes Pastor Diaz, ha dicho: *el talento subyuga con mas fuerza todavia al talento que á la ignorancia*. Esta gran verdad la hemos visto patentizada al aparecer estos

Diálogos, que fueron escritos, ó mas bien improvisados, para un corto número de amigos, y que solo se han dado al público á fuerza de los incesantes ruegos de estos al autor. Mientras mas elevada era la esfera de la inteligencia del que leia este libro, mas entusiasta admirador suyo se mostraba, mas vivamente aplaudia las altas y profundas apreciaciones emitidas al tratar los diversos asuntos espuestos en forma de diálogo, como para refutar mas en detalle la opinion contraria á la que el autor sostiene, y sacar á luz todas las razones en que funda sus juicios.

Esta forma se prestaba ademas á la ironía, al chiste, al género incisivo, á la frase concisa, que con tanta superioridad maneja el autor, aunque estas cualidades solo son accesorios en una obra, que no obstante parecer lijera, y hallarse escrita sin pre-

tensiones, tiene por cimiento el buen sentido, por pedestal una vasta erudicion y un gran conocimiento de la época, de las cosas y de los hombres; y por objeto principal la esposicion de la verdad, tal cual es, vestida de blanco; y no tal cual quieren hacerla ó vestirla de sus colores las contradictorias opiniones.

Por mas entendido que sea el autor de esta obra, por mas que en sus viajes haya conseguido elevar á la mayor perfeccion posible su cultura, por mas que una vida tranquila é independiente alejándolo de todo giro egoista y personal que pudiese influir en su modo de sentir y de pensar, le hayan proporcionado el poder constituirse en observador atinado é imparcial y colocarse á una altura á la que á pocos es dado alcanzar, no podemos menos de opinar que habiendo personas tanto en la esfera de la poesia, como en las de-

mas del saber humano, admirablemente dotadas del don de la intuicion, el autor es uno de esos seres privilegiados. Solo considerándolo así, se explica cómo ha podido escribir los mas notables de estos diálogos en que hace hablar á los muertos y á los vivos. El autor siempre está á la altura del asunto que trata, se impregna de su espíritu y emplea con admirable tino y maestría el lenguaje que á cada uno de sus interlocutores conviene. Su flexible talento, con la misma facilidad y la misma propiedad se trasporta á los pasados tiempos, como se identifica con el espíritu de su época. Júzgalo todo con tal acierto, que admira y arrastra á fuerza de buen sentido. El buen sentido, que es como dice un conocido autor inglés, *el mejor de los sentidos*, va escaseando en esta época de relumbron, como los pesos duros españoles del siglo pasado que se reemplazan con na-

poleones y con papel moneda. Verdad es que hay genio sin el timon del buen sentido; pero el genio no nos parece perfecto si carece de él, como no lo seria el globo terráqueo sin la atraccion de su centro.

No sabríamos decir bajo qué concepto admiramos mas estos diálogos, si bajo el punto de vista filosófico, político, literario, patriótico, moral ó religioso: bajo cualquiera de estos aspectos que los consideremos, los hallamos no solo en primera línea, sino á la altura clara y despejada de la verdad, que es la sola altura en que se encuentra firme base. Hay falsedades que se elevan á alturas desprovistas de base y sostenes, y con solo la influencia del tiempo se precipitan cual *aludes* en los abismos, desolando cuanto encuentran en su desgraciada senda; no asi la verdad, que sobre sus seguros fundamentos vé pasar los siglos, las tormentas y hu-

racanes, sin que su firmeza vacite, ni su duracion disminuya.

No podemos ni debemos analizar cada diálogo. Somos legos en materia de critica literaria, y deberíamos admirar callando; pero generalmente no son callados los sentimientos sinceros y entusiastas, y esta es la causa de que hayamos levantado nuestra desautorizada voz, del mismo modo que sin intencion ni arte esparce su sonido el arpa Eolia al impulso del aura que hace vibrar sus cuerdas. No obstante, hay dos diálogos relativos á asuntos conmovedores y solemnes y que mas que ningunos han despertado nuestras simpatías. Es el uno el que trata de la Hermana de la Caridad, esa flor cristiana que arraiga y crece en el seco y abrasado suelo de las miserias de la humanidad, sin que la alienten esperanzas terrenas, como el cactus en los desiertos tropicales, viviendo solo de

la savia que absorbe en la pura atmósfera en que se eleva.

Es el segundo el que tiene por título las arengas, y en el cual ha merecido el autor bien de su patria, la antigua, digna y católica España, al reclamar para sus cementerios la dulce austeridad religiosa. El señor Cavanilles quiere que nuestro tan bellamente llamado Campo Santo, no pierda su santidad. Desea que no perturben su augusto silencio las arengas mundanas con sus pasiones y su vanidad; no anhela ver allí, en aquella mansión de los muertos, sino la cruz, el sacerdote y las benditas preces de la Iglesia, unas mismas para el pobre y para el rico, para el bueno y para el malo, puesto que para todos piden misericordia y eterno descanso; y quédense las arengas mundanas, las flores, símbolo de la juventud, de la belleza y de la vida, y la deprecación de moda *séate la*

tierra ligera para aquellos que miran la muerte como el último acto de una comedia. Nada diremos de los dos *Napoleones*, ni de los *Afrancesados*, diálogos notabilísimos, y de los que el último está escrito con mas españolismo, si cabe, que los demas, al paso que el autor nos da en él á conocer una joya literaria, un soneto inédito de Lista; nada del precioso coloquio en que Cervantes oye tan grandes verdades, unas que le sorprenden por gloriosas, otras que le estrañan por desairadas. ¡Qué justas y admirables apreciaciones literarias brillan en la conversacion de Calderon con la actualidad personificada en un jóven!

Muchos hay que no conceden que existan obras á las que no puedan encontrarse defectos. Nosotros tampoco lo concedemos bajo un punto de vista, bajo el de que nada es mas fácil que el poner faltas; pero nunca

pasará por nuestra imaginación la idea de que no haya obras que no las tengan. Dicese que el talento consiste en hallar esas faltas que se suponen imprescindibles, y que un parecer razonado sin su correspondiente censura, es un cuadro sin sombras, una apología y no un exámen, de manera que para completar un juicio crítico es forzoso recurrir al sistema homeopático; esto es, aplicar un veneno para corregir un mal. En esta necesidad vamos, no cubiertos con la toga del juez, sino metidos en camisa de once varas, á decir al autor, en cuyos labios vemos la sonrisa del docto maestro á quien el mas insignificante de sus discípulos pretende enseñar; que por mas que seamos partidarios de la concision, *rara avis* en nuestra España, donde la palabra engrie como el canto, hallámosla exagerada en sus diálogos, lo cual nos priva de muchos y

muy bellos pensamientos , de mucha y muy provechosa enseñanza. Y en vista de la abundancia de ideas que rebosa , nos preguntamos : ¿Es impaciencia , es?... Lo que indudablemente no es semejante parsimonia, es grata al lector.

Ha corrido la pluma y se ha deslizado, contra nuestro propósito, al severo terreno de la crítica razonada, y si con poco prudente (aunque no presuntuoso) atrevimiento, nos decidimos á poner nuestro humilde nombre de pintor de cuadros de costumbres, entre los nombres ilustres de dos escritores, el autor y Aparisi, lo hacemos de la manera sencilla con que crece el cespéd entre dos laureles, sin cuidarse de que su elevacion lo achique aun mas; y solo por la gloria de hallarse á su sombra.

FERNAN CABALLERO..

SR. D. ANTONIO GAVANILLES.

Mi querido amigo: Fernan escribe como Fernan sabe escribir; acabo de leerlo, y no sin secreto orgullo he pensado y me he dicho: yo, yo soy tambien uno de esos amigos que han rogado, instado, conjurado al autor á que diera á la estampa sus Diálogos.

Un defecto ha encontrado en ellos Fernan; un defecto hermoso, si se consiente hablar así, en lo que llama exagerada concision; pero yo soy

*

tan parcial sin duda, y ando tan enamorado de la obra de usted, que á esa concision la llamo admirable. Semejante en esto tal vez á hombre prendido en los amores de una mujer, la cual para él habla, sonrie y hasta anda de diverso modo que las demas mujeres, siendo toda ella un encanto á sus ojos.

Por tanto yo quisiera mas diálogos; pero en los que he leído hasta ahora, no quisiera de modo alguno que hablase usted de otra manera. Nada encuentro de mas y nada echo de menos; me hace usted pensar, y se lo agradezco; con un rayo de luz ilumina á veces una profunda obscuridad, y entonces cautiva mi espíritu. En poco me da usted mucho: secreto de los grandes escritores; y esa concision, esa *rara avis* nunca perjudica á la claridad; el estanque es profundo; pero tan limpia, tan pura, tan cristalina el agua, que me consiente ver las doradas arenas de su fondo.

¡ Bien por los Diálogos! Imprimalos usted, amigo mio. ¡ Cómo se rinde en ellos fiel culto á la verdad, esa reina del mundo; pero reina ultrajada! ¡ Cómo resaltan vencedores siempre los principios mas sanos, y cautivan los sentimientos mas nobles, mas generosos, mas españoles! ¡ Con

qué donaire se mofa de las miserias, y con qué implacable ironía castiga los culpables estravios del tiempo presente! ¡Cuánta imparcialidad en los juicios, cuánta exactitud en las observaciones, cuánta profundidad en el pensamiento! Y todo ello presentado con *difícil facilidad*, y ataviado todo con las nobles galas de nuestra riquísima lengua; la palabra castiza, el epíteto expresivo, la pincelada enérgica, la frase elegante, la obra en fin rebosando vida, chispeando elocuencia.

¿Recuerda usted, amigo mío, cuando tenía el gusto de visitarle en Madrid?... ¿Y la historia de España que usted escribe? ¿Y esa historia presentada en cuadros tan animados y tan vivos que usted nos leía, y con que usted nos embelesaba? Concluya usted esa historia que mi patria espera todavía y que vivirá siempre. Aunque parezca orgullo: profeta soy, que no desmentirá el siglo viniente.

Historia y diálogos. ¡Cuánto gozo al ver paseando por los Campos Eliseos á los reyes godos, y al oír la voz de Cervantes y Calderon el gran prosista y el gran poeta, y al asistir á las misteriosas conversaciones entre el Napoleon que fué grande por la guerra, y el Napoleon que hu-

biera podido serlo por la paz! ; Qué efecto hubieran causado en el corazón del emperador de los franceses los consejos de su tío *immortal* instruido por la muerte! Usted, amigo mio, está obligado á tomar parte en la lucha inmensa de ideas que trabaja el presente siglo; porque usted sabe lo que es verdad, y sabe mas, que es decirlo en términos que la dejan grabada en el espíritu.

A veces me ha ocurrido una idea vulgar, y caigo ahora en la tentación de apuntarla en esta carta. La estoy escribiendo á uno de mis mejores amigos; pero no llegaría á sus manos si no llevara el sello correspondiente. También el genio tiene su sello especial que estampa sobre las obras que han de vivir para siempre. En las obras de usted y de Fernan... no me engaño... he visto ese sello misterioso.

Sea mil veces enhorabuena, mi amigo queridísimo, reciba usted con agrado, ó con indulgencia al menos estas líneas mal aliñadas; pero que le llevan el testimonio de mi afecto. ¿Quiere usted imprimirlas? Siento—le confesaré ingenuamente—como una especie de vergüenza, porque al fin soy y siempre seré césped marchito, por mas que se estienda á la sombra de un verde laurel; mas imprímalas usted, y le quedaré agra-

decido: sabran presentes y venideros que fui muy suyo, admirador de usted por su clarísimo talento, amigo de usted por su nobilísimo corazón. Adios: da á usted un abrazo su afectísimo.

ANTONIO APARISI Y GULJARRO.

Valencia 10 de mayo de 1859.

DIÁLOGOS.

I.

Los dos Napoleones.

El cielo amenazaba al mundo con terrible ademán, á lo lejos se oía el ruido del trueno, y el relámpago con lívido fulgor iluminaba la tierra para sumergirla de nuevo en las tinieblas de la noche. Eran las doce: el reloj de los Inválidos con pausado compás había señalado esta hora á los dormidos habitantes.

Un bulto se acerca, el relámpago vuelve á iluminar el horizonte... Era un hombre de 47 á 48 años, pequeño de cuerpo y cubierto el ros-

tro con largos y poblados vigotes. En su aspecto nada grande, en su frente nada que revelase el genio. Era notable la imponente seriedad de su rostro... sin embargo en aquel cuerpo desapacible se hospedaba un alma no vulgar.

Seguro de que nadie le seguía, abre la reja, atraviesa el patio, llega al templo; otra puerta cede á su impulso, y con mesurado paso se acerca á la inmensa cúpula bajo la cual reposan los restos de Napoleon el Grande.

No bien hubo llegado al recinto, un vapor sale del sepulcro, una azulada llama lo circunda, la piedra gira sobre su eje, y se presenta á la vista de Luis Napoleon la sombra de su célebre antecesor, de su tío. Cae al suelo prostrado sin atreverse á levantar la vista, ni á proferir una sola palabra. Acércate, dice la sombra, y el Principe se aproxima.

—¿ Con que tú ¡oh Luis! ciñes á tu frente la corona imperial de Francia? ¡grave carga! ¡honor inmenso! Mas dime: cuando este pueblo te

llamó para regir sus destinos, ¿qué habías hecho en el mundo? ¿qué hazañas habían ilustrado tu nombre? ¿La victoria te acompañaba en los campos de batalla? ¿las letras te habían ceñido inmarcesible corona?

—Vuestro nombre... dijo temblando el sobrino, vuestra herencia...

—No basta: tus antecedentes personales ofrecerían al pueblo garantías...

—¡Mis antecedentes! Proscrito, pobre, errante, viví siempre fuera del suelo de Francia. Estuve mucho tiempo ignorado en Londres.

— ¡En Londres!

—Viví luego en Suiza.

—Mas, ¿cómo llegaste á conseguir el trono de Francia?

—Mientras reinaron los Borbones no soñé en el trono; mas cuando ví que lo ocupaba Luis Felipe de Orleans, se despertó en mí el deseo de reinar. Sentía dentro de mí la inspiracion, merecia llamado por el cielo para cumplir grandes

destinos, y logré hacer que el pueblo francés conociese mi nombre.

—¿Y cómo?

—Con empresas locas y temerarias en que nada arriesgaba. En Strasburgo y en Boloña con algunas cabezas ligeras traté de proclamarme Rey.

—¿Mas pensabas conseguirlo?

—No señor : pensaba protestar de este modo contra la dominacion triunfante, hacer que el pueblo os recordase, y supiera que vivia y aspiraba al mando un sobrino vuestro. Luis Felipe trayéndoos á París, ensalzando y glorificando imprudentemente vuestro nombre, fué mi auxiliar mas poderoso.

—¿Y qué resultado dieron tus proyectos?

—Tuvieron todo el mal resultado que podian tener. Luis Felipe se apoderó de mí y me tuvo preso en el castillo de Ham. Mi prision debia ser perpétua; mas ya sabeis lo que quiere decir *perpetuidad* en Francia. Me evadí : me calificaron de aturdido: unos se dolian, otros se burlaban

de mí; nadie dudaba que era valiente. Cuando Luis Felipe á su vez perdió el trono, ¡ley de la espacion!... el pueblo proclamó la república, no una república grande y gloriosa, ni una república sangrienta y niveladora, sino el mas abyecto de todos los gobiernos, ó por mejor decir la ausencia de todo gobierno. Los cimientos de la sociedad se conmovieron, la propiedad tembló asustada, y era necesario á toda costa un brazo que levantase del lodo la corona de Francia.

—¿Y los Orleans?

—No pudieron.

—¿Y los Borbones?

—No supieron.

—¡Siempre lo mismo!

—Generales oscuros quisieron parodiar vuestra historia, mas yo comprendiendo que era necesario tomar posicion entré en Francia, y como simple ciudadano fui á Paris á vivir en el centro de esta clase de gobierno.

—Hiciste bien: ya te voy conociendo.

—Los franceses no pueden vivir sin Rey. Los mismos que acababan de quemar el trono, venían á victorearme debajo de mis balcones. Creció mi popularidad, llegó el momento de elegir Presidente, fui combatido con encarnizamiento por algunos generales; pero yo tenía sobre ellos... vuestro nombre, vuestra historia... Me eligieron Presidente: tuve el buen sentido de conservar la antigua administracion, de tender una mano protectora al clero y de empezar bajo buen pié la reorganizacion del país. Cesó el temor, nació la confianza, la propiedad se creyó segura... era Presidente y...

—No digas mas: ya se yo como de la presidencia se pasa al imperio.

—Sin embargo, los periodistas me hacian cruda guerra...

—Supongo que serán de aquellos ideólogos que tanto me fastidiaban en mi tiempo.

—Parcidos. Los periodistas me acusaban de proyectos de usurpacion. Los hombres que tanto

temia el monarca último, y que no supieron conjurar el mal ni remediarlo, conspiraron contra mí.

—No olvidarias que hay foso en Vincennes.

—No era para tanto. En una noche hice una leva de todos aquellos danzantes y los eché de Francia. Eso me granjeó el afecto del país, que se hallaba harto de los estériles discursos de aquella pobre gente.

—¿Y despues?

—¡El imperio! He hecho que Francia esté tranquila en el interior, respetada fuera; me he casado con una española (¡sangre de Guzman corre por sus venas!) tengo un hijo y me esperan largos años de gloria.

—Ven á mis brazos, gritó Napoleon. Temblé al verte, temblé al empezar á oírte. Ya te reconozco por mi sobrino, por mi sucesor. Dime, ¿y Taillierand se puso de tu parte?

—Había muerto años antes, y es lástima, era un sabio.

—Lo que sabia mejor era no tener vergüenza.

¿Cazas?

—Muy poco.

—Haces bien. ¿Y la Inglaterra?

—Es mi aliada, mi amiga.

— ¡Cómo!

—La Reina de aquel país ha venido á visitarme á Francia.

— ¡Cómo!

—Somos muy amigos!

—Amala como amaste la República... abrázala y ahógala.

— ¡Así pudiera!

—¿Y los franceses conservan el carácter guerrero?

—Si señor.

—Anégalos en gloria.

—Para entretener su curiosidad y fijar en un punto lejano sus miradas, he tenido una guerra en Crimea.

— ¡En Crimea!

—Si señor.

—Cuidado con la Rusia.

—Ya no es la que conocisteis: se va civilizando.

— ¡Con todo! Supongo que el objeto sería impedir que el Czar se sentase en Constantinopla, y que irías á anticiparte, á variar el mapa de Europa...

—No señor. Rusia no podía pensar sériamente en ocupar á Bizancio. Yo hacia la guerra para manifestar al mundo el valor, el poder, la grandeza de Francia. Apoderarme de Constantinopla era fácil; ¡pero habia que repartir con tantos!

— ¿De modo que no ensanchaste el territorio del Imperio?

—No señor.

—¿Pero te habrán pagado los gastos de la guerra?

—Tampoco.

—¿Pero te habrás traído lo bastante?

—No señor.

—No lo entiendo.

—Sin embargo. En esta guerra gané posicion, y he dado á conocer al mundo que solo hay dos poderes grandes: el francés y el moscovita. Austria y Prusia dejeneran, los estados de Italia son rebaños, la Inglaterra... ¡ pobres ingleses! han tenido que confesar que no tienen soldados de tierra, que no tienen marinos, ni gobierno, ni la prevision mas vulgar en las cosas de guerra.

— ¡ Es posible !

—Bien claro lo han demostrado: bien claro se lo dijo su Almirante Napier.

— ¡ Es posible ! Has obtenido un triunfo moral inmenso. Mas dime, ¿ cómo te has manejado para tanto gasto ?

—Apelé á los empréstitos: ademas hoy se ha descubierto una magnifica teoria: cuanto mas paga un pueblo, tanto mas crece su riqueza.

— ¡ Cómo adelanta la economía politica !

—Ahora me echan en cara, que cuando estaba cautivo en Ham, abogué por la libertad mas ilimitada.

— ¡Tontos! ¿de qué habías de hablar estando preso? Yo también en Santa Elena dije una porción de palabras gordas en ese sentido: ¡pobres gentes!

— Yo quisiera seguir vuestras huellas.

— Míralo bien, que no siempre pisé seguro.

— Os imito en amar al pueblo francés.

— Sí, ámale mucho; pero no le dejes pasar ninguna.

— Espero que estarán siempre tranquilos.

— Y si no, no olvides que la metralla es un buen anti-flogístico.

— Ya he tomado mis medidas. He ensanchado las calles de París para que pueda maniobrar la caballería, he ocupado puntos estratégicos en la población, he flanqueado el *hôtel de Ville* con dos cuarteles, he variado el empedrado para evitar barricadas...

— No va mal. No les escatimes el pan de la inteligencia... pero procura que no se les indigeste.

—Ya lo haré.

—Deja que todo el mundo hable y escriba... lo que á ti te acomode... Estudía mi historia y no incurras, Luis, querido Luis, en las faltas que he cometido.

—No lo temais señor, yo las cometeré tal vez mayores; pero no las mismas.

—No te dejes dominar por el orgullo. Mientras hay que conquistar el poder, mientras dura el peligro, son pocos los hombres que se equivocan; mas despues cuando olvidan que son instrumentos de la Providencia y quieren glorificarse á sí mismos... entonces Dios se encarga de enseñarles lo poco que son, lo nada que valen.

—Lo sé.

—Pues no lo olvides.

—Reconozco en vuestros consejos vuestra gran sabiduría.

—¡Mi sabiduría! Aquí estamos solos. ¿Sabes cuál fué el período de mi gloria?... mis campañas de Italia. Me mataron mis querellas con

Roma. Desde entonces me batí y vencí; pero me batí siempre en retirada. Mi orgullo me hizo querer que mi familia reinase en la mitad de Europa, mi orgullo me hizo emprender la guerra de España, la campaña de Rusia; mi orgullo me hizo salir de Elba y manchar con cien dias de imprudencia la historia de tantos años. ¡Qué cien dias!

—Una coalicion Europea. ¡Pero qué prestigio el de vuestro nombre! ¡qué valor el de vuestros soldados!

Confieso que fui audaz; pero no inteligente. Faltar á la fé jurada, romper los tratados, no conocer el estado político de Europa, no pensar mas que en la guerra, no haber hecho ninguna alianza séria, no haber conquistado con ningun beneficio el afecto del país, parodiar mal la grandeza del imperio, y retirarme mas humillado que vencido á morir sobre una roca!... Luis, en este mundo en que resido, he aprendido una gran verdad.

— ¿Cuál es, señor?

— Que Dios da los imperios y los quita. No lo olvides.

— No señor.

— Trabaja, no te fies demasiado de tus ministros.

— Así lo hago.

— Tampoco te fies demasiado de tí mismo. Justicia siempre, dulzura mientras la paz, corazón el día del peligro. Adios.

— ¿Y podré, señor, volver á veros alguna vez y escuchar vuestras lecciones?

— ¡Pobre Luis! dentro de poco te juzgarás mas sabio, mas político, mas afortunado que yo lo he sido nunca: dentro de poco, el amor propio, las malas pasiones... y para tí no habrá roca ni Santa Elena.

Dijo y se hundió.

El Príncipe, asombrado de lo que habia visto, salió del templo, y atravesando solitarias calles volvió de nuevo á las Tullerías llena la mente de altos pensamientos.

II.

Dos años despues.

En una de las noches mas apacibles del mes de..., de vuelta de Biarritz, descansaba el emperador Luis Napoleon en Paris, pensando ir á conferenciar con el emperador de Rusia en Stutgard. La cuestion de los principados Danubianos preocupaba su atenciou; una sonrisa, apenas perceptible, se dibujaba en sus labios al ver los progresos de la insurreccion de la India; empezaba á conocer la importancia de anudar fuertes relaciones con la Rusia y de hacer que cesasen las vacilaciones de los estados alemanes; miraba

con insolente desprecio á los reinos de Italia y Portugal por su debilidad, á España por su abatimiento, y á Bélgica y Países Bajos por que carecen de vida propia y son mas bien tolerados como fronteras, que respetados como reinos independientes.

El humo de la adulacion llenaba aun el recinto en que se encontraba. Discurria lenta y gravemente por la dorada estancia, creyéndose el mas sabio y el mas fuerte de los Reyes, acariciando en su mente ideas de engrandecimiento; y si bien no decia como Luis XIV *el Estado soy yo*, se juzgaba el Júpiter del Olimpo de los Reyes y que podia mandarlo todo con una mirada. *Cuncta supercillio moventem.*

La luna iluminaba el jardin que diseñó Le Notre, ocultando alguna vez sus rayos entre el follaje de los copudos árboles. Colocado en el pabellon del reloj, veia á la derecha la calle de Rivoli y los ministerios de Hacienda y Marina; á la izquierda el rio, el palacio del Senado y el

ministerio de relaciones exteriores teniendo, por decirlo así, bajo sus manos la diplomacia para concertar, y la hacienda para ejecutar sus planes. Al frente, la plaza de la Concordia, el monolito de Luxor que desafía la acción de los siglos, y el arco de la Estrella, el mayor monumento triunfal elevado á la gloria militar de Francia.

Al recorrer con la vista la plaza de la Concordia, le asaltó de repente una idea. En esa Plaza murió en la guillotina un rey que lanzó el guante á la Inglaterra protegiendo la insurrección de los Estados-Unidos. Cerca de ella, en el palacio Eliseo Borbon, firmó mi tío, enemigo de los ingleses, su abdicación segunda. Por esa Plaza cruzó destronado otro rey que conquistó á Argel contra la voluntad de la Gran Bretaña... Mas también en esa plaza tomó el fiacre que debía salvarle la vida, Luis Felipe, el amigo de los ingleses!... ¡Qué buen hombre y que Rey tan débil Luis XVI! ¡Cuánta fuerza necesitó Napo-

leon I para encauzar el río desbordado! Luis XVIII ocupa una urna en Saint Denis; pero visitó á la inglesa la representacion pública. Carlos X y Luis Felipe... duermen en tierra estraña. Los Borbones han envejecido. Napoleon... tuvo su Waterloo; Luis Felipe, el Napoleon de la paz, temió demasiado á enemigos pequeños, y olvidó los grandes principios en que descansan los estados... La Historia, la inexorable Historia los ha juzgado ya.

¿Y qué dirá de mí?... ¡Cuán grande me juzgará!...

—Así exclamaba, y al volver la cabeza, ve en el fondo de la régia estancia la sombra de su tío, que crece, toma cuerpo, y con grave paso se le aproxima.

—¿Vos aquí, señor?

—Si, Luis, me he preciado siempre de cortés y vengo á pagarte la visita que me hiciste en los Inválidos.

—¿Pero habeis oido?...

—Tranquilízate, Luis: ya no necesito oírte para comprenderte. ¿Estás contento de tu obra?

—Francia me debe su prosperidad, su gloria.

—Va volviendo á tomar aparente nivel.

—Los franceses están contentos.

—No, Luis, están callados.

—Marcho con paso seguro.

— ¡Ojalá! Mas no te engañes. Cualquiera hubiese pensado al verte escalar el poder, que tu mision era providencial y que te colocarías á la altura de aquellos genios que Dios destina á fundar imperios, á civilizar naciones... Yo fui... un meteoro brillante..., pero en mi carrera, además de colmar á Francia de glorias militares, fijé las bases de su prosperidad y grandeza, le di creencias, le restituí el culto, le doté de códigos inmortales, fundé la administracion, arreglé la hacienda... y, ¡ay! en medio de mis errores y aun de mis crímenes, hice mucho por el país. Mas tú, con tantos elementos, ¿hiciste todo lo que debias haber hecho ?

— ¡ Señor !

—Mucho se debe exigir del que mucho puede. ¿No ves el humo que sale del cráter? ¿No ves la revolucion que te espera arma al brazo? ¿No ves al socialismo, hijo legítimo de las teorías económicas, que se levanta para acabar con todo lo existente? ¿Qué solucion has dado á estos problemas? Y sin embargo la tienen... y el mundo la esperaba de tí.

—Yo no resuelvo, aplazo; cuando no puedo hacer paces hago treguas.

—Funesto error. Has adoptado con mal consejo mi política personal. Ya te aqueja el mal de familia, ya empiezas á no ver claro, y el prisma se ha colocado entre el rayo luminoso y tu vista. Aléjate del mal sendero: que la historia de los reyes te enseñe adonde llevan el orgullo, la ambicion, las pasiones bastardas. Da la paz al mundo, por que sino te haces amar y bendecir de los tuyos, si no haces próspera y feliz á la Francia, ¿quién empuñará tu cetro

el día que se deslice de tus manos?...

—Mi hijo.

— ¡Ah, Luis! yo tambien tuve un hijo, y pensaba lo mismo que tú. Mi hijo fué saludado Rey de Roma, y murió duque de Reischtad.

—¿Pues qué creéis?

—No puedo penetrar los ocultos designios de Dios.

—¿Pero creéis que los Borbones ó los Orleans han de volver á reinar?

— ¡Arcanos de la Providencia!

—Pero creéis humanamente posible que vuelvan á reinar?

—¿Por qué nó, si llegáran á entenderse?

—Entonces puedo estar tranquilo: no se entenderán nunca. Los unos quieren ir atrás, los otros afectan un ridículo liberalismo, bueno para debilitar otras naciones; pero funesto para el propio país. Los Borbones además han envejecido, y los Orleans...

— Y aunque así fuera, eso justifica la gran

iniquidad que se cometió con Nápoles. ¡Tú, mi sangre, asociarte á la Inglaterra, ser comparsa de Lord Palmerston para quitar la corona al Rey Fernando! Y sin justicia, propalando calumnias infames; y sin generosidad, abusando de la fuerza de dos grandes potencias contra un estado débil, con asombro de todos los hombres honrados y conculcando el derecho de gentes, intervenir en el gobierno particular de un reino independiente, lanzar anatemas sobre la cabeza de su monarca, aprestar escuadras, y querer llevar al terreno de la fuerza la mas injusta é impolítica de las agresiones!

— ¡Señor!

— ¡Luis! ¡tú propagandista! ¿No sabes que la Europa tiene derecho á preguntarte de dónde vienes y á dónde vas?

— Ya retrocedimos en el mal camino.

— Si; ¿pero sabes lo que he oído? Que os detubisteis ante un manifiesto de la Rusia

¡qué mengua! ante la noble actitud del pueblo de las dos Sicilias ¡qué bochorno!.. El Rey Fernando se ha enaltecido á los ojos de Europa; empero ¡cuánto baldon para sus adversarios!..

— Ya sabe el Rey de Nápoles que no hubiera podido resistir.

—¿Y tú hubieras podido hacerlo? Si la Inglaterra y la Rusia se hubieran conjurado contra tí, si hubiesen empezado minándote el terreno que pisas, si te hubieran apellidado monstruo, si hubiesen echado sobre tu frente un anatema, si diariamente escribiesen libelos contra tu persona y fomentasen las malas pasiones, y protegiesen á los conspiradores, y sembrasen oro, y hubiesen presentado dos escuadras en el Havre y Marsella, ¿qué hubieras podido hacer?..

— Yo deseaba proteger la libertad.

— ¡Tú! ¡tú, que la mataste en Francia!
¡tú, que cerraste la tribuna y esclavizaste la

prensa! ¡tú, te haces apóstol de la libertad en Italia y en España!.; ¡Qué sarcasmo! ¡qué horrible sarcasmo!

—¿Pues qué otro objeto?...

—Luis, Luis, tu quieres debilitar esos países para dominarlos, para lanzar de ellos á los Borbones y...

—Hablad mas bajo, Señor.

—Házlo al menos con disimulo. A los malos cómicos los silvan.

—¿Puedo olvidar la política tradicional de Francia? ¿Puedo olvidar que mi muger es española, y que ellos mismos ¡vil rebaño! se anticipan á mis deseos?

—No te fies. ¿Tú conoces á España? ¿Tú sabes que fué el principio de mi fin?

—Yo, Señor, procuro que no vuelvan á reinar en España los Borbones de la rama primogénita.

—Lo comprendo : temes que lleven á Francia á sus primos ... Te creí mas hombre.

— ¡ Pues qué!

— Dejemos eso : no los temas. Esos príncipes han tenido la mayor, la mas ilustre ocasion de atraerse las miradas del mundo. Abierto estaba el palenque, ¿por qué no fueron á Crimea? ¿por qué no adquirieron alto renombre?

— ¿Y qué tenían que hacer ellos en Crimea?

— Dárse á conocer peleando en uno ú otro campo. En la escasez de príncipes dignos, la América, harta de miserables tiranuelos, les hubiese brindado con el trono de Motezuma ó el de los Incas... España misma, abriendo su corazon á la esperanza, hubiera escuchado absorta el rumor de sus hazañas : sabria que uno de sus principes arrolló la vanguardia inglesa... que el otro... ¡Pobre España! *L'Espagne porte malheur.*

— Hoy dispongo á mi arbitrio de sus destinos, la tengo en perpétua tutela.

— Ese fué uno de los errores de Luis Felipe. Cuidado.

—La Inglaterra opina como yo. La sabiduría inglesa...

—La Inglaterra abatió, humilló, empobreció á la España. ¡Grosero error! A su política hubiera convenido mas, hacer á España fuerte y poderosa, unirla á Portugal, desarrollar su industria, animar su comercio, fomentar su marina, formando de este modo en el Occidente un pueblo grande que hiciese frente y contrastase con el poderío francés. Pero los ingleses han perdido el tino: la raza anglo-sajona podia haber influido noble y generosamente en los destinos del mundo, y ha abusado de su poder, ha descendido de su altura y se goza entre el lodo... ella que debia cernerse en las nubes.

—Ya veis como les va á los pobres en la India.

—La India les dará que hacer; pero no esperes mucho de pueblos abatidos, groseros, divididos en razas, sin verdadero patriotismo... ¡La Irlanda!.. no olvides la Irlanda. ¡El sufragio

universal!... Liberalízala un poco, que falta la hace.

—Hablad bajo, Señor, pueden oírnos.

—Cuando se vaya eclipsando la estrella de Albion, cuando llegue el día de la liquidacion general, todos los pueblos presentarán su partida de agravios... No habrá paz en el mundo hasta que la moderna Cartago sufra la suerte de la antigua.

—Yo no participo de vuestro odio hácia los ingleses.

—No: tú no los ódias: tú los temes. ¿Vas á Stutgard?

—Si señor: Moldavia y Valaquia reclaman mi atencion...

—No desatiendas otras cuestiones que amenazan la paz del mundo. Prevision, Luis, prevision.

—Resolveré la cuestion de los Principados sin contar con ellos, ni con la Turquía, ni con el Austria, ni... algo habrá que contar con Rusia y algo mas con Inglaterra.

— ¿Vas á Stutgard?.. pues no olvides que la esperanza del mundo, su regeneracion moral han de venir del Norte. No olvides que si mi mision fué de guerra la tuya es de paz; qué tu politica no debe ser meticulosa, no; pero tampoco agresiva; que de ti penden los grandes intereses de Europa, y que debes ser el gran adalid del órden en el mundo.

— ¡Cómo habeis mudado de ideas!

— ¿Sabes lo que se aprende en el sitio donde resido?... Adios, veo que empiezan á desagradarte mis consejos: si es así no te veré mas hasta el terrible dia en que despiertes de tu letargo. Adios.

Salió gravemente de la estancia; á lo lejos se le oia murmurar con voz apagada:

«Il est du sang d'Héctor; mais il en est le reste.»

III.

Cervantes.

— Señor Miguel Cervantes Saavedra ¿estais visible?

— Sí lo estoy.

— Pues venid, que nuevas del otro mundo os aguardan.

— ¿Aun se acuerdan de mí por allá?

— Habeis dejado un libro de caballería que hará eterna vuestra memoria.

— ¡Tanto gusta el loco manchego! Yo preferia el Persiles.

— Pues os equivocásteis grandemente. En Don

Quijote tomásteis bien la embocadura. ¡Cómo corre llanamente la narracion! *En un lugar DE LA MANCHA...* Por el contrario, en *Persiles* aquello de *Voces daba el bárbaro Cursicurbo* me ha hecho siempre mal efecto. *Persiles* no se lee, y D. Quijote adquiere de día en día mayor celebridad.

— ¿No sabéis, hermano, en qué debe consistir? En que el Quijote salió espontáneo de mi cabeza. Y no creáis, como dicen los doctos, que traté de imitar el asno de oro de Apuleyo, no, pinté un loco discreto, quise acabar con los perniciosos libros de la andante caballería, copié costumbres y caracteres que tenia presentes, y dejé correr mi genio en la mas amplia libertad. En *Persiles* quise pasar por docto, escribí ampuloso y culto, y por lo que veo, no he logrado dar gusto á aquellos señores. ¿Y mi Galatea?

— Ya se acabó el mundo ideal. Los pastores y pastoras no son de moda. Con todo, no falta

quien admire vuestra divina prosa, y se adormezca con vuestros versos.

— Yo he creído siempre que no eran buenos; ¡pero tan malos!.. ¿Y mis comedias?

— Mudemos de conversacion. Básteos saber que la historia de D. Quijote, como habiais vaticinado, *unos la toman si otros la dejan, los niños la manosean, los mozos la leen, los jóvenes la estudian, los hombres la entienden y los viejos la celebran.*

—¿Y se ha impreso muchas veces?

— Infinitas. Con sumo acierto se os traslucía que no habria de haber nacion ni lengua donde no se tradujera.

—¿Pero no la habrán comentado?

— ¡Cómo que no! y dos sábios, Pellicer y Clemencin.

— Creo que he visto á esos señores por estas tierras.

— Pellicer se limitó á notas cruditas, en corto número y casi siempre oportunas. Clemencin

muchas veces no os entiende : como escribio siendo muy anciano no sentia las bellezas de vuestro libro, deslie las gracias á fuerza de comentarlas, y armándose de autoridad censoria, á veces ridícula, os acusa de falta de memoria y de pecar contra la frase castellana.

— ¡ Tambien eso !

— No tuvo presente que para examinar las imágenes con ojos de artista, se debe poner la rodilla en tierra. Tambien os moteja de escesivamente libre en algunos pasajes.

— Y á fé que no le falta razon, dijo Cervantes exhalando un ¡ ay ! lastimero.

— Tambien un literato andaluz ha desenterrado vuestro célebre Buscapie ...

— No os entiendo.

— Sí: aquel libro que escribisteis para manifestar que D. Quijote es una sátira contra el Emperador y los principales señores de la corte.

Nunca voló la humilde pluma mia
por la region satírica ...

— Pues á vos lo atribuyen.

— ¡A mí!...

— ¿Y qué cosa és el tal Buscapie que publicó ese mancebo?

— Un librejo baladi, taracea de palabras y giros que empleasteis en el Quijote y en la adjunta al Parnaso, mal hilbanados, sin ingenio, sin invencion, sin gracia... Un *tour de force*.

— ¿Y qué objeto podia tener yo?..

— Acreditar y vender vuestro libro.

— ¡Pues qué! ¿ignora ese pecador la suerte feliz que tuvo y las ediciones que de él se hicieron?.. Pero dejemos eso: supongo que me habrán defendido...

— No, á fé: unos con el mayor candor han chupado el dedo que se les dió á mamar, y otros han callado lamentando el estado en que se hallan las letras en España. Dejemos esto: entre las grietas de los palacios crecen los jaramagos.

— Mas decidme, buen hermano, ¿mi libro

logró desterrar las rancias consejas de la andante caballería?

—Y acabó además con los caballeros. Ya no hay desfacedores de agravios, y cada día hay mas agravios que desfacer: ya no se encuentran doncellas recatadas, padres severos, maridos puntillosos... Al pundonor, al respeto á las leyes del decoro, se les da hoy el nombre de *Quijotadas*, y todo es infame behetría... Hay que tener mucho cuidado cuando se combaten los abusos, porque está muy cerca el uso legítimo: cuando el escalpelo pasa entre la epidermis y la carne es muy fácil que brote sangre.

—Ya lo he sabido con dolor, y tal vez á esto deba el estar hace mas de dos siglos en este punto.

—¿Ya tendreis noticia de que os han levantado una estatua?

—Cuando viví me dejaron en la miseria; hoy me levantan estatuas que no necesito y no me hacen sufragios que tanto anhelo.

— Pues eso cabalmente vengo á deciros. Uno de vuestros apasionados, hombre de fé y corazon, ha mandado hacer sufragios por vuestra alma el 10 de Octubre, (*) aniversario de vuestra muerte.

— ¡ Hombre piadoso !

— Y en la capilla del oratorio del Olivar.

— ¿ De donde fui hermano ?

— Exactamente. Allí se dirán las preces de la Iglesia y se elevará la hostia consagrada en satisfaccion de vuestras culpas. Además asistirán á orar los literatos de la córte.

— ¡ Y por aquí se susurraba que no eran muy aficionados á cosas de Iglesia !

— De todo hay.

— Dadles gracias en mi nombre, y decidles que en el lugar donde resido huele mejor el aroma del incienso, que el humo de las alabanzas.

(*) —Histórico, 1856.

IV.

La Revolución.

—¿Quiere usted decirme qué entiende por revolución?

—No sé definirla; pero si usted me promete no interrumpirme, no acosarme con preguntas, no querer saber más que lo que yo quiera decirle, podré explicar alguna cosa.

—Me limitaré á oír.

—Mírelo usted bien, hoy quiero hablar solo; á la primera interrupción callo.

—Convenidos.

— Pues bien; los que estudian el vértigo que aqueja á las sociedades modernas, ese mal estar, esa falta de nivel y de aplomo, no saben cómo definirlo, ni á qué compararlo. Apellidando unos tempestad, y no sin razon, porque deslumbra con sus relámpagos, amedrenta con sus truenos, y aniquila con sus rayos. Llamanlo otros cólera político y tampoco me parece mal esta calificacion; porque la revolucion como el cólera se presenta de repente y pavorosa, hiere sin piedad, y suele aclimatarse y degenerar en algunos países. Otros dicen que la revolucion es una fuerza elástica superior á la del vapor; que arrastra en pós de sí á la humanidad rompiendo cuanto se le opone al paso, borrando los limites de los imperios y derrocando los tronos.

Los que la llaman tempestad, creen que puede á veces purificar la atmósfera y sobre todo, que es de corta duracion y anunciadora del buen tiempo. Los que la califican de cólera, tambien la dan existencia corta y se lisonjean de que

pasará pronto esa lotería de muerte, en que sin embargo hay muchos billetes en blanco. Mas larga duracion la conceden los que la califican de fuerza elástica, porque saben que funcionará mientras haya elementos que la sostengan y espacio que recorrer... ¡Ay del día del descarriamiento!

En su juventud la revolucion es alegre, bulliosa, expansiva. ¡Cómo adula á sus futuras víctimas! ¡Cómo las adorna con flores para llevarlas mas tarde al sacrificio! ¡Qué vivas tan entusiastas á los mas bellos nombres, á los objetos mas queridos! ¡Qué himnos, qué músicas, qué fraternidad, qué alegría, qué júbilo por do quier!

Al oirla los hombres incautos ven renacidos y mejorados los siglos de oro. Nada de abusos, grita; bien público, desinterés, moralidad, ilustracion, mejoras materiales, tolerancia, dulzura, filantropía. ¡Cómo seduce á los hombres de buena fé la virginidad de la revolucion!

A poco ya el círculo se estrecha; ya hay bue-

nos y malos, nacen las divisiones, alza su frente la envidia ... ya se habla de planes encubiertos, de enemigos ocultos... se envenenan los odios, empieza el periodo de las persecuciones, de las sangrientas luchas... no caben todos en el mundo... La ambicion se viste un uniforme de general y aspira á la dictadura y todos trabajan para derrocar el idolo. ¿Dónde estais nombres sonoros? ¿Por qué enmudecisteis himnos de triunfo? ¿Qué se hizo el desinterés... el bien público... la tolerancia?..

Los hombres se cuentan, se afilian, se agrupan á una bandera. No se atreven ya á mirar la luz del sol, se acojen á los antros; ni usan la espada del caballero sino el puñal del ascino. Ya no son hermanos: apellidan malvado al que no está con ellos, y ellos entresimismos no se entienden, se temen, se maldicen. ¿Y cómo no? si ya se ven tal cual son, y han arrojado la pintada máscara que los cubria.

Llega el momento de la vejez de los partidos

y se descomponen, no saben los hombres adonde van; degradada la sociedad, corrompida la familia ignora uno si estrecha la mano de un amigo ó la de un espía. Nadie obedece: el caos, el caliginoso caos se presenta... ¡Perfidia de la vejez! Levanta su frente la inmoralidad repugnante, el ateísmo desenfrenado. Reina el desorden en todos los estados, en todas las clases. La disolución se acerca... tal vez se abre un campo de asilo, y los tráfugas corren á él. ¡Desercion! Buscan un gefe que los haga vencer sin pelear y que los sienta al festín del presupuesto.

— Si; pero es por...

— Ha prometido usted no interrumpirme. Recuérdelo usted.

— Callo.

La humanidad indudablemente marcha: las civilizaciones se suceden; pero no se parecen. El movimiento como la luz debe venir de lo alto, no es lícito destruir sin saber cómo se ha de edificar y no debe tocarse nunca á las grandes

bases sobre que descansa el edificio social.

Las mejoras son obra del tiempo, del estudio, de la buena fé, de la ilustracion; pero la revolucion no quiere mejorar, quiere destruir. El mundo marcha, sí; pero de estacion en estacion, de alojamiento en alojamiento, de etapa en etapa. Ni siempre camina hácia adelante. ¡Cuántas veces, al verle correr desatentadamente, debíamos acordarnos del caballo que yendo á galope tendido por el picadero, vuelve siempre al mismo punto de donde partió!

¡Cuán candorosos los que pretenden con bellos discursos, con sonoras palabras detener el torrente que se desborda! No se vence la accion con la palabra, y la presuncion del orador no puede contrarestar á la audacia del afiliado.

Para destruir la revolucion, y reedificar la sociedad aprovechando todos los materiales, se necesita un hombre que resuelva todos los problemas, que halle una fórmula general, que restablezca y no restaure, que castigue y no

persiga, y que proclame muy alta la verdad religiosa, la verdad moral, la verdad política.

En los desfiladeros de Tesalia habia una esfinge que proponia un problema á los transeuntes y devoraba en su cueva á los que no acertaban á descifrarle. En nuestro siglo ha vuelto á aparecer la esfinge con su problema. ¡Ay del que no acierte á resolverlo!

—Yo creo que ese problema lo resuelve una buena constitucion.

—Lo que yo creo es que habiéndome usted interrumpido dos veces no debo continuar.

—Pero señor...

—Nada, nada, usted ha faltado á nuestro convenio. Por lo demás, ¿cree usted que no conozco las once constituciones que han regido en Francia desde 1789 y las siete que llevamos en España, que no las he estudiado comparándolas entre sí y sujetándolas al analisis mas detenido? Pues créame usted, ninguna resuelve el problema de la esfinge.



V.

El Cementerio de San Nicolás.

Solían ver algunas noches á la claridad de la luna los que cuidaban del cementerio de San Nicolás y San Sebastian de esta córte, una sombra que recorria aquel fúnebre recinto, evocando á los que en él dormían. Un murmullo incomprendible, semejante á un eco lejano, hacia sospechar que los muertos razonaban y departían entre sí; mas al primer albor del crepúsculo se desvanecía la vision y todo quedaba en el mas completo silencio. Grave miedo causaba la aparicion á los asombrados guardianes: una ancian-

na aseguraba que debía ser algun alma en pena que venia á afligir á los muertos; mas un aprendiz de cirujano, hombre fuerte en la materia, opinó que por allí debía de andar Mister Hume, el famoso medium, haciendo de las suyas.

Redoblóse la vigilancia, colocáronse escuchas, aplicóse atentamente el oído, y se adoptaron cuantas medidas aconsejan la curiosidad y el miedo; pero la vision no volvía á presentarse. Una noche cuando el conserge de los muertos apercibia sus armas y se preparaba á rondar, ábrese con ruido la puerta de su estancia y se le aparece la sombra.

—¿Qué quereis de mi, dijo temblando el custodio?

—Nada, mi amigo, le contestó la vision. Que duermas tranquilo, que no me acoses cuando salgo á mi paseo nocturno, que no te inquietes, que depongas todo temor, y que sepas que ni soy alma en pena ni brujo, sino un buen hombre que vivió y murió en la fé, que fue

ministro del Dios de paz, y que espera con ansia la eterna bienaventuranza. Tengo licencia para dar algunos paseos por este mundo, Lope de Rueda y otros amigos me han hecho algunos encargos literarios, y deseo saber qué suerte cabe en el día á mis comedias.

—Entonces ya caigo: debeis ser vos D. Pedro Calderon que está depositado en este recinto.

—Así es verdad, replicó la sombra. Ya ves que aunque en mi juventud fui hombre de armas tomar, hoy soy muy pacifico y no causeo miedo á nadie. Tránquilizate, pues, y no me observes, y no me molestes, y ronca seguro porque el rebaño que cuidas no se escapará de su redil.

—Vaya, vaya, con el señor Calderon de la Barca, dijo ya muy animado el guarda. Yo tambien en mi juventud representé comedias caseras y aún me acuerdo de aquello

Hipógrifo violento
que corriste parejas con el viento.
Y lo de... Apurar cielos, pretendo ..

Me gustan mucho los versos, y sé de memoria los que hay en el cementerio.

«Templo de la verdad es el que miras»...

— Calla por Dios, hijo, exclamó Calderon: ¡si tienes influencia con el que manda en este sitio aconséjale que los borre pronto, pronto, y que los sustituya con algunos testos de Job y de los Salmos.

— ¡Pues á mí me gustan mucho!

— Y á su autor le gustarán tambien. Repito, duerme en paz y no vuelvas á inquietarme.

— Ya sabreis, señor Calderon, que en este cementerio hay muchos sabios, muchos guerros, muchos políticos.

— Déjalos en paz. Yo deseaba saber lo que quedaba en el mundo de mis antiguos amigos; pero me dicen que no hay ni aun polvo de Lope de Vega, que se enterró en la bóveda de la Iglesia de San Sebastian; ni del manco de Lepanto que fué enterrado en las Trinitarias. Hubiera visto con gusto al P. Definidor de la Merced;

pero creo que fué enterrado en Sória. Mi paisano Moreto debe andar por Toledo, y Alarcon, el pobre jorobado que valia tanto, no sé donde para. De los modernos solo he oido hablar de un tal Iriarte, un tal Cienfuegos y un tal Moratin.

— Si queréis noticias de ese género, un sobrino mio, que es del oficio, que hace comedias y tiene nùmen, pudiera dáros las.

— ¡Hola! ¿és el que hizo las coplitas del cementerio?

— No señor.

— Pues entonces dile que venga mañana.

— Ha traducido un drama francés.

— Dile que no venga.

— Y ha compuesto unos versos que se leyeron en el Liceo.

— Vaya... puede venir. Adios, me voy á retirar pronto, amanece temprano, el crepúsculo se aproxima... Adios.

— ¿Con que avisaré al muchacho?

— Bien.

—Y le diré que traiga algun drama patibulario, carne cruda, para leéroslo.

—No, por Dios.

Al siguiente dia ó mas bien á la siguiente noche, avisado por su tio, hallábase el poeta novel en el cementerio. ¿Para qué me llamará mi tio se decia? ¿Qué me querrá á estas horas y en este sitio? ¿Si será para pedirme el pico que me prestó? ¡Pero qué cuadro tan bello! La luna iluminando la mansion de la muerte, aquel ciprés, este mausoleo ¡qué efecto harian en la última escena del tercer acto! ¡qué *tableau* final tan magnífico!

—No temas nada, le dijo el tio, ya sé que no cobras hasta fin de mes... no te llamo para eso, sino porque hay aquí un señor que quiere hablarte.

—¿Y quién es?

—Ahí lo tienes... es D. Pedro Calderon de la Barca.

—¡Qué me decis!

— Sí, yo soy, acércate.

El jóven recordando versos de La Vida es Sueño esclamó.

— ¡Válgame el cielo, qué veo!
;Válgame el cielo, qué miro!
Con poco espanto lo admiro,
Con mucha duda lo creo.

— Tranquilízate: yo soy... ven á este lado y
hablaremos.

*Con asombro de mirarte
con admiracion de oírte,
no sé qué pueda decirte
ni qué pueda preguntarte.*

— Veo, dijo Calderon que conoces mis comedias. Tú debes ser de los míos. Y ¿á qué género te dedicas? haces comedias heróicas, de capa y espada, autos sacramentales...

— No señor, pasó la moda. A las comedias heróicas sucedió la tragedia al estilo de Sófocles y Eurípides; pero ya no se escriben tragedias ni comedias heróicas. Los autos sacramentales se prestaban en su ejecucion á irreverencias y los prohibió el consejo de Castilla, y las come-

dias de capa y espada desaparecieron sucediendo en su lugar las que hoy se llaman comedias de costumbres. Dos géneros hay nuevos: el drama horripilante y la zarzuela.

—Así llamaban en mi tiempo un sitio en el Pardo donde egecutaban comedias alternando la representacion y el canto.

— De ahí tomó el nombre.

—¿Y hay buenos poetas dramáticos? La versificacion dulce de Vega, picaresca de Tirso, elevada y culta de mis comedias, se conserva aun?

—No señor: los mas escriben en prosa, otros en prosa rimada á que dan en llamar verso.

—¿De modo que el liricismo se perdió?

—Enteramente. Ya veis, la poesia lirica es un género completamente distinto del dramático. Además ¿creis natural que en la escena, imitacion de la vida civil, hablen los hombres en verso cuando ordinariamente son tan prosáicos?

— ¿Con que ignoras las convenciones teatrales? Convenimos en que aquellos lienzos pintados sean Atenas, Roma, París; convenimos en que los griegos los romanos y los franceses hablen español, convenimos en tantas cosas, ¿y no hemos de convenir en que empleen el lenguaje de los dioses?.. Suena un silbido y el espectador ve desaparecer el campo y se traslada á la ciudad; vemos que el jóven envejece en el segundo acto y...

— Ya tampoco hay mucho de eso. Las tres unidades... las reglas...

— Mucho respeto he tenido á la unidad de accion; pero no asi á las otras. Las reglas... Lope las encerraba con llave cuando escribia y yo las tuve en poco. Ten entendido que los modelos preceden siempre á los preceptos: antes escribió Homero la Iliada que Aristóteles la poética. Las reglas son para el critico, el genio no se sujeta al lecho de Procusto; los preceptistas escriben á la sombra, los poetas sienten

en sí *quid divinum* y convierten las cadenas con que quieren sujetarlos, en alas para remontarse á la inmortalidad.

—Pues si no hubiera reglas...

—Las reglas las dicta el buen sentido, la recta razón; no el capricho de un retórico. Además ¿hay límites para ciertos ingenios? Dile al águila que no hienda la atmósfera, que no vuele tan alto porque no pueden seguirla otras aves de menos fuerza. ¿Y qué cosas son esas comedias hechas con escuadra y compás?

—Diré á usted, las anuncio corta vida. Los poetas en lo general son ingenios legos, faltos de estudio y de base; pintan bien algunos caracteres... pero el argumento... las mas veces no hace papel. Se han refugiado al drama y ese es campo abierto. Si alguno os invita, el público os recuerda; empero aquel ingenio, aquella invención, aquellos lances; y el interés siempre creciente, y el enredo, y el desenlace tan imprevisible como natural, y la vis cómica, y la ver-

sificación numerosa y las sentencias graves son cosas reservadas al teatro antiguo.

—¿Con que tan atildados son los modernos? ten entendido, jóven, que el que afila mucho el lapiz nunca hará prodigios como dibujante. ¿Y mis comedias?

—Ya no se representan ni se sabrian representar. En Alemania os profesan no solo cariño sino culto, os consideran como el primer poeta cómico de España y el padre de la moderna escuela.

—El padre de nuestro teatro fué Lope; mucho le debe la escena: fijó las formas dramáticas. Yo quise dar á mis comedias una accion mas artificiosa, mas dramática, mas estudiada. Hice que tuvieran una regularidad desconocida hasta entonces, que los incidentes fuesen naturales y que el desenlace estuviese encarnado en la accion. Me elevé á otra altura, á la vida ideal, á la fantástica... á veces toqué el caramillo pastoril, calcé otras veces el coturno de la tra-

gedia; y aun hice sonar la trompa épica. Siempre respeté la decencia, siempre traté de cautivar al auditorio apoderándome de su atención, inspirándole un interés creciente...

—Y tan cuerdas las razones
las palabras tan limadas,
las penas tan declaradas
tan medidas las acciones.

—Y ya que no se representen, ¿se leen mis comedias?

—Si señor, y en Alemania y en España se hacen ediciones de vuestras obras, se depura el testo ...

—Buena falta le hace. Yo no reconozco mis obras: tan mal paradas las tienen los cómicos y librereros.

—¿Por qué no dejásteis algun testo genuino reconocido de vuestras 120 comedias y 61 autos.

—Ya legué mis comedias á la Congregacion de San Pedro de presbíteros naturales de Ma-

drid, y en el archivo del Ayuntamiento se hallarian los autos. Si no se consultó el testo en las primeras ediciones, si desapareció y no pudo consultarse en las siguientes, no es mia la culpa. Ya escribí, pocos meses antes de morir, al almirante duque lo ofendido que estaba de los muchos agravios que me habian hecho librereros é impresores por los yerros agenos que me atribuian, diciéndole que desconocia *el contesto de mis comedias segun lo desemejadas* que las hallaba.

—Pues esas copias viciadas corren el mundo, y por ellas se os juzga, y se dice que no sabiais ni geografia ni historia, y hasta se os moteja de mal hablista, de falto de criterio...

— ¡Paciencia! ¡ Si al menos esos yerros fueran todos mios!

— Aunque lo fueran, Sr. D. Pedro, aunque lo fueran, debió haberseos tratado con mas equidad. Nunea se juzga á un escultor por las obras que se le rompen ó se le desgracian. Tam-

bien se os acusa de oscuro en el lenguaje y de no pintar mas que un hombre y una muger en todas vuestras comedias: el galan querellador, pendenciero, quisquilloso en asuntos de honra; y la dama altiva, grave, discreta, á veces libre, nunca apasionada.

— Vamos por partes, buen hermano, dijo Calderon.

— Advertid señor, que yo soy gran apasionado de vuestro teatro, que es muy bello, muy español. Os critican el discreteo, pero no hay quien alcance á emularos.

Difícilmente pudiera
conseguir, señora, el sol
que el amante girasol
su resplandor no siguiera...

— Efectivamente: participé algo del culteranismo de mi tiempo; pero escribiendo para un público dado, tenia que hacer que me entendiese. Ese discreteo que tanto choca en la actualidad, era comun en mi tiempo; esa metafísica

amorosa se usaba en la corte galante del Rey poeta. ¿Tengo yo la culpa de que entonces la reja y el terrero sirviesen para aventuras amorosas, de que los hombres fuesen celosos é irascibles, de que el manto cubriese liviandades, y de que las mugeres fuesen mas varoniles que tiernas?

— Pero forzosamente exagerábais esas cosas.

— No lo creas: ¿te figuras acaso que el público las aplaudiría si no las hubiese encontrado exactas? ¿Por qué no se representan hoy? porque las costumbres habrán mudado. ¿Por qué entusiasmaban entonces? porque aquella sociedad se reconocía en su retrato.

— Las mugeres de Lope eran otra cosa.

— Si á fé: Lope pintaba á las mugeres tiernas, apasionadas, todo afecto, todo corazón. Idealizaba: convenia así al género de sus fábulas, novelas en verso, idilios pastoriles... Tirso maligno, zumbador, viéndolo todo á través de un mal prisma, con ingenio travieso y retozon, no

nos pintaba la pasión sino el galanteo, no el amor sino la lascivia... Yo al contrario, no las encontré como las vieron Lope ni Tirso. Las vi altivas, discretas; amigas del hombre no apasionadas por él; enemigas y rivales entre sí, celosas hasta el furor.

— Bien pudisteis haber impreso á vuestras comedias un fin moral, un pensamiento filosófico.

— ¡Ahora estamos ahí! ¿pues qué no lo has comprendido? conociendo la época en que escribía traté de dar dirección á aquella juventud. Yo enseñaba á los hombres á respetar su palabra, á servir á sus reyes, á dar culto á su dama, á ser valientes, á no permitir que se empañara su honra.

— Recuerdo que decís:

el honor
es de materia tan frágil
que con una acción se quiebra
y se mancha con el aire.

— Observa bien mis comedias y si encuen-

tras alguna muger andariega y liviana no olvides cual la castigo y como su matrimonio es mas bien una pena que un premio. Mira en el Alcalde de Zamaca, respetado el principio de autoridad publica; en Secreto agravio y el Médico de su honra, el poder marital. Siempre me hallarás sobre la brechá: siempre moralizando al país. Gritaba á aquellos donceles: sed nobles, sed caballeros, sed valientes, sed generosos. Desleal el que falta á su rey, vil el que ofende al débil, malvado el que transige con su honra. El honor es una religion, la palabra es santa, el miedo villano. Yo pinté al caballero español ¿y todavia no hallas el fin moral?

— ¡Qué sentencias!

Que es la sangre de los nobles,
patrimonio de los reyes.

Detened señor la espada
que en la sangre de un rendido,
mas que se ilustra se mancha.

Al cuerpo lo viste el oro,
pero al alma la nobleza.

El que de vengarse trata
hasta mejor ocasion
sufré, disimula y calla.

En batallas tales
los que vencen son leales,
los vencidos los traidores.

—¿Y el teatro moderno?

—El teatro moderno ridiculiza un vicio, un defecto: su pensamiento moral es mas conocido, mas tangible. La opresion del padre, la avaricia, la ambicion desenfrenada, los casamientos desiguales, la vanidad ...

—Si están bien presentados los caracteres y felizmente desenvueltos si no se empuja hácia el vicio contrario, sino se menoscaba la autoridad, si el interés crece, si ...

—En cuanto á eso hay mucho que hablar: el teatro antiguo tenia exuberancia, follage; era loco, han querido curarlo...

—Y lo habrán hecho tonto.

—Cabalmente.

—¿Y qué tal se conservan los corrales de mi tiempo?

— En eso hemos adelantado mucho.

— ¿Y los comediantes?

— En eso, aquí que nadie nos oye, hemos adelantado poco.

— He oído hablar de Moratín y quisiera conversar con él. ¿Pudieras decirme si se halla en este sitio?

— Muy cerca: en la bóveda de San Isidro el Real.

— No tengo licencia para entrar en Madrid. Durante 159 años estuve dentro de su recinto: demolióse el templo y hace 19 años que me trasladaron aquí. Por cierto que al pasar por mi casa, (*) todavía la reconoí con gozo.

— Pues la van á derribar.

— ¡Paciencia!.. se aproxima la mañana y no puedo estar mas en tu compañía. Vuelve: tengo mucho que decirte... Adios.

— Pero señor...

Habia desaparecido.

(*) Platerías. I, ant. 95 nuevo manzana 173



VI.

El Socialismo.

— ¡Cuántos males ha hecho Proudhom predicando la doctrina socialista !

— Yo le diré á usted, el socialismo es mas antiguo que Proudhom.

— Bien ; pero él lo ha hecho popular.

— Perdome usted, cuando vino Proudhom no solo estaba el terreno preparado, sino que ya germinaba la semilla...

— Pero Proudhom ...

— Proudhom es el mas impío, el mas estú-

pidamente impío de los escritores modernos, ha recogido los errores y los delirios de todos los siglos ; pero como economista no carece de lógica y como escritor no es despreciable.

— ¡ Cuánto mal ha hecho en España !

— No tal : en España no hay una docena de personas que conozcan sus obras. Los que conocen aquí el nombre de este delirante, creen que es un héroe de barrio bajo y le comparan á ciertas personas cuyo nombre iba á decir, y callo.

— ¿ Pues sin Proudhom se hubiera desarrollado tanto la idea del socialismo ?

— Sí señor ; el socialismo no tiene de moderno mas que el nombre. Es la lucha eterna de los pobres contra los ricos, lucha que hasta hoy en España no tuvo gran importancia, por dos razones : porque el pueblo gozaba mayor suma de bien que en otros países ; porque era mas fuerte el freno que sujeta todos los deseos y que vence todas las pasiones.

—¿Lo cree usted así?

— ¡Pues no! En España ninguna carrera estaba cerrada para los plebeyos. No había castas como en Inglaterra, no había límite para las aspiraciones del pobre, ni estaban vinculados los cargos en diferentes familias como en Francia antes de su sangrienta revolución. Pásmese usted: en España, en el país de la Inquisición, habitaba el pueblo mas libre, el mas igual que se conocía sobre la tierra.

—Efectivamente: me hace usted reflexionar que no había ninguna carrera cerrada para el pueblo. Desde el sayal ó la cogulla hasta la mitra ó el capelo: desde la vara de alguacil hasta el gobierno del Consejo de Castilla, desde grumete á almirante, desde tambor á general, todo el mundo podía recorrer la escala. A nadie se preguntaba de dónde venia, cual era su punto de partida, cual la historia de su familia, cuáles los títulos de su nobleza.

—Así es verdad ¡y cuánto nombre propio

podiera citar! La beca del colegial mayor, lo mismo que el roto manto del estudiante soppista, cubrían pechos generosos y preparaban para los altos destinos de la Iglesia y del foro. A todos era lícito estudiar, todos eran iguales: el mismo traje académico cubría al rico y al pobre; y los libros y las matrículas estaban al alcance del hombre más infeliz. Hasta el mendigo podía instruirse á la sombra de un convento comiendo el pan de la caridad.

— Mirándolo por ese lado tiene usted razón.

— ¿Y cómo lo he de considerar? Vuelva usted la vista á los pobres y verá usted los arriendos equitativos de los conventos y monasterios, los arriendos largos que vinculaban las tierras en las familias y las daban cierto condominio. Observe usted los pósitos y las memorias pías que los daban semillas para la siembra y los sacaban del cautiverio de los prestamistas usurarios; note usted que los propios, baldíos y comunes eran bienes del pobre. Recuerde usted

tanto albergue, tanto asilo, tanto hospital... Los médicos y los abogados juraban curarlos y defenderlos de valde... en su obsequio se establecieron los casos de córte y otros procedimientos especiales, obsérvelo usted y verá que el pobre era objeto de los desvelos de la administracion civil.

— ; Pues ya supongo lo que haria en su obsequio la Religion!

— Figúrese usted, ; cuando nuestra religion está basada en la caridad! La Religion enseñaba á los ricos á hacer buen uso de las riquezas; y decia á los pobres que viviesen resignados porque Dios fué pobre y santificó la pobreza. Les demostraba que ricos y pobres todos somos hijos de un padre, miembros de una misma familia y con derecho igual á la recompensa eterna. Vea usted pues, por qué no habia socialismo entre nosotros: los pobres eran mejor tratados que en otras partes, y el principio religioso era mas fuerte.

— Tampoco ahora hay clases, ni...

— Ahora se procede por eliminacion. No caben en un punto los que se clasifican ó son clasificados en tal ó cual banderia, y el mundo es del mas osado. Los nuevos ricos carecen del espíritu de los antiguos; al pueblo se le ha escitado; pero no satisfecho. Las ofertas resultaron fallidas; y se ha venido á parar en que desengañados de que nada mejoran con la política, vuelvan su vista al bien estar material y aspiran á los bienes de los particulares.

— ¡Me pasma usted! ¡A la propiedad particular!

— Indudablemente. Los gobiernos han dado el ejemplo no respetando la propiedad corporativa. ¿Le parece á usted menos respetable? ¡Pues qué! ¿los que poseian los bienes eclesiásticos, no eran tan propietarios como usted y yo? ¿No consistian sus títulos en compras, donaciones, herencias y legados? ¿No estaban todos estos

títulos bajo la garantía de la legislación del país? ¿No se debía respeto á las últimas voluntades? Las cargas piadosas á que muchos de los bienes están afectos ¿no merecian consideracion? Pues todo vino á tierra: se enseñó al pueblo que nada vale la ley, ni el título legítimo, ni la posesion, ni la propiedad... y el pueblo es lógico.

— Sí, pero de la propiedad corporativa á la individual...

— No hay mas que un paso.

— Los bienes que se declararon nacionales, fueron los de frailes, los de monjas, los del clero secular, los de memorias, los de beneficencia, les de propios etc. ¿Qué resta pues? los de los grandes propietarios y los de los pequeños.

— ¡Qué inexorable es la lógica!

— Hay una diferencia, que lo primero lo hacian los gobiernos y lo segundo lo harán los pueblos; que lo primero se hacia semi-pacificamente y lo segundo se hará entre tempestades.

¡Desgraciado país! Y sin embargo en ningún otro debía haber menos socialismo.

— ¿De modo que usted cree que el socialismo español será artificial?

— Sí: buscado, proclamado, movido por instigadores. Le servirán de precedente los hechos consumados, descansará en la deducción lógica mas severa; pero no reconocerá necesidad intrínseca. Aquí no hay necesidad de aumentar los jornales y disminuir las horas de trabajo, porque nadie trabaja, ni hay los focos de Lyon y Marsella, ni aquellos talleres que aniquilan á la niñez y la privan de llegar al desarrollo natural. Aquí no hay necesidad de dar libertad al comercio, pues es mas libre que el de ningún país. Ponga usted talleres nacionales, acoja usted todos los sueños de Luis Blanc y de Fourier y verá usted que lo que faltan en España son brazos, que lo que sobra es trabajo. Vea usted esas líneas de ferro-carriles que necesitan demandar jornaleros hasta en Portugal. Vea usted incultas

y eriales tres cuartas partes de España y comprenderá usted como, aunque fuera licita, no era oportuna una ley agrária que repartiase las tierras. Aquí el socialismo equivaldría al incendio y al pillage.

— Bien claro nos lo digeron los sucesos de Castilla.

— Es cierto, el hambre no quema los trigos y las harinas.

— El hambre las come.

— En manos de los gobiernos está evitar todo pretexto, facilitar el comercio de cereales, acercar los pueblos consumidores á los productores, abrir ó cerrar la importacion ó la esportacion, evitar el monopolio, estar prevenido para un día de peligro. Yo considero la cuestion de ferrocarriles como cuestion de orden público.

— ¿Y quién puede librarnos de esos malos días.

— Solo Dios.

— Han cundido mucho en las masas tales ideas.

— Sí; los instigadores dicen: mi propiedad no será atacada la primera... pero olvidan que será atacada la segunda. Los socialistas dicen, hagámonos dueños de la propiedad ajena, y no saben que la lógica exige que otros á su vez les arranquen la propiedad que acaban de adquirir.

— ¿Y no podría conjurarse el mal?

— En todo no, en mucha parte sí; pero hay que trabajar con buena fé, con perseverancia. Hay que hacer que predomine el elemento religioso. Buen clero, santo, sábio, respetado. Que las personas inmediatas al pueblo sean probas, religiosas y notables por su arraigo. Un buen alcalde, un buen escribano, un buen médico, un buen boticario, un buen maestro... Mano fuerte contra todo intrigante... y mucho se podría hacer aun.

— ¿Y si no se hace?

— El caos.

— ¡Pobre España! ¡Qué funesto presagio!..
¿Y cree usted que si llegase al mando algun

hombre, ó algun partido podria salvarse el pais?

— Es muy dificil, el mal no está en las personas, está en las cosas.

— Algun hombre politico...

— Todos están silbados.

— Algun partido ...

— Ya conoce el pais la máscara y el diccionario de todos los partidos. Mandan por veces: los unos derriban el árbol... los otros se lamentan, pero se comen el fruto.

— ¿Con que usted no cree que los progresistas?...

— No señor: no tienen union, ni principio, ni bandera, ni cabeza.

— ¿Y los moderados?

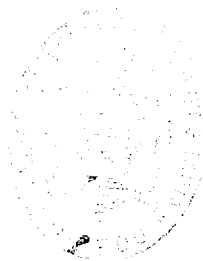
— Bajel turco con bandera cristiana.

— ¿Y los absolutistas?

— Tampoco.

— Con que ninguno.

— Ninguno.



— Y entonces.

— El caos.

— ¡Pobre España! ¡ siempre desgraciada!

— No solo nuestro país será el acometido, no. La lucha será general, la sociedad entera se estremecerá en sus cimientos. En aquel día terrible se comprenderá que los sabios nada saben, que los previsores nada preveen, que ciertas teorías son sueños, ciertos sistemas ilusion. Entonces no habrá matices ni medias tintas, la lucha Europea será entre la idea católica y el socialismo.

— No sea usted profeta de desgracias.

— Entonces no se dirá como otras veces, «mientras España se destroza nos pasearemos por las alamedas de Versalles, ó por el parque del Regente, comiendo entre placeres el *pan amargo* de la emigracion.» No: el diluvio será universal.

— ¿ Y la sociedad no se defenderá?

— Indudablemente: pero la lucha será larga

y sangrienta, á menos que Dios no se apiade y se contente con el anago.

—Terribles días. Sin embargo confiemos pues tiene en su mano los corazones de los hombres.

—Y destruye las maquinaciones de los impíos.

VII.

Los Camaradas.

¡Ay del solo! Para medrar en el mundo es necesario tener camaradas, pertenecer á cierto círculo, formar parte de una sociedad de alabanzas mútuas. Guerra á muerte al que no sea del corro, y bravos y palmadas á los de un lado, y silbidos á los del otro.

— ¿Ha visto usted la comedia nueva? ¡qué cosa tan bella! ¡qué argumento! ¡qué interés! ¡qué lenguaje! ¡qué versificación!

— ¿Y la del otro teatro?

— Abominable, tan lánguida, tan falta de plan, caracteres mal estudiados, tan poco interés, y sobre todo muy mal versificada.

— Se conoce que usted no la ha visto. Está escrita en prosa.

— Repito á usted que es abominable. Autor que no es de los nuestros, mal autor. Guerra á todo el que pretenda tener talento y no haya venido á adularnos, á solicitar nuestro diploma. El que no está dentro de nuestra iglesia es infiel.

— ¿Y qué tal maestro compositor de música, es fulano?

— Excelente, gran instrumentista.

— ¿Pero sabe la historia del arte? ¿comprende su filosofía? ¿está á la altura de los conocimientos modernos? ¿tiene gusto, inspiracion, genio?..

— ¡No lo ha de tener, si es de casa!...

— ¿Ha visto usted esa nueva obra de filosofía?

— ¿Y será usted capaz de alabarla? No tiene plan, ni método. El autor desconoce la historia, carece de crítica y casi casi de sentido comun.

— ¿Qué está usted diciendo? usted no debe haberla leído.

— ¿Y qué falta me hace? sé que el autor no es de los nuestros y me basta.

— ¿De modo que usted condena las obras *in odium auctoris*? Pues qué mas se hubiera achacado á la Inquisición ...

— Vea usted allí ese arquitecto, uno de nuestros grandes hombres ... un genio, un Vitrubio.

— ¿Pero qué obras ha hecho para merecer ese concepto?

— ¿No conoce usted ese hotel tan parecido á los del barrio de San German?

— Aquel casucho, sin gusto ni proporciones, con huecos tan mezquinos, con adornos tan diabólicos, con aquel alero, con aquellas líneas tan raquílicas.

— Si la obra es mala la culpa será de los albañiles ... como dice Saavedra ... en la traza del edificio trabaja el ingenio, en la fábrica la mano.

— ¿Será de los de usted?

— ¿Pues no? Los periodistas tienen ya sus artículos compuestos de antemano. El señor diputado (es de los buenos) tomó la palabra y elevó la cuestion á grande altura. Su discurso fué magnífico y escuchado con atencion suma, produciendo grande efecto en el congreso y en el público. En vano se trató de contestarle: razonamientos tan lógicamente presentados no dejan punto vulnerable. Felicitamos á nuestro amigo por un discurso que le coloca entre los primeros oradores de nuestro parlamento.

— Por el contrario, el diputado no es amigo, entonces se dice: el señor... quiso hablar, el ruido que habia en el salon no nos permitió oirle del todo y nos alegramos; ¡cuánta vulgaridad! Los bancos quedaron desiertos. Aconsejamos al señor diputado que no vuelva á tomar la palabra á no ser para defender al gobierno á quien deseamos tales defensores.

— De modo que así se monopoliza la inteli-

gencia, se desalienta la juventud; sabe griego, árabe, hebreo, jurisprudencia, teología, medicina, el que es del corro. Es poeta y por consiguiente sabio; gacetillero, y por lo mismo, publicista, el que es de los amigos... y los que no...

— Los que no... ilotas... párias.

— Veo que estará todo bien organizado, que habrá comisiones de aplausos, clac como en el teatro francés.

— Si, amigo; se da la orden. Las cien trompetas de la fama suenan, los periódicos llevan en andas el nombre del candidato, lo pasean por dentro y fuera de España; y en cuatro días recibe patente de sabio cualquier pobrete. El primero que lo cree es el agraciado, y luego con un poco de audacia, otro poco de mal genio, aire altivo, palabras ambiguas y carácter escéntrico tiene usted un personaje completo.

— Bravísimo.

— Pendientes de sus labios, cuando habla

nuestro hombre esclamamos, ¡qué talento!
¡qué admirable talento! Cuando calla, gritamos;
¡qué talento! ¡cuán difícil es callar!.. Se reser-
va para ocasion mejor, y no quiere mancharse
en el lodo actual.

—¿De modo que siempre encuentran ustedes
alguna gracia oculta?..

—Sí señor.

—Antes decia uno de nuestros poetas:

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento.

Pero creo que ahora es terreno llano.

—Es que la fama actual ...

—Ya. Hagan ustedes un camino de hierro, có-
janse ustedes de las manos y en pocos minu-
tos llegarán todos al templo de la inmorta-
lidad.

—Búrlese usted. Además el que no es de los
nuestros no verá su nombre inscrito en el libro
de oro.

—¿Qué libro es ese?

— Hay en Madrid un libro, el mas caro de todos los libros, de amena y curiosa lectura, que suele estar mejor encuadernado que impreso y que envejece muchas veces antes de nacer. Es el catálogo de los hombres felices, es el inventario de nuestros grandes hombres. En él hay mucho similar; pero la mayor parte es oro de 999 milésimas... Para verse inscrito en él, en la parte rica, es preciso ser del corro, tener camaradas... crear atmósfera.

— ¿Y qué libro es ese?

— La Guia de forasteros.



VIII.

Alópatas y Homeópatas.

¿Y cómo se cura usted?

—Cuando estoy bueno me curo con la homeopatía.

—¿Y cuando está usted malo?

—Me cura la naturaleza. Dieta, reposo, abrigo, silencio, y agua de cebada y flor de malva, que sirven para lo crónico y lo agudo.

—¿Y sin médico?

—Tengo mil de todas las escuelas y de todos los sistemas.

—Compadezco á usted.

—No tal: hablamos, discutimos, no nos entendemos; no hago nada y me curo.

—La homeopatía...

—Es un sistema, como fué el de Brown que queria darnos tono, el de Broussais que queria debilitarnos, y el de tantos otros, que comparando mal, hechos no bien observados, los reducen á una hipótesis y sacan á su antojo las consecuencias.

—No, señor, la homeopatía no es una medicacion, ni un sistema, es una ciencia. Su objeto es restablecer la salud de una manera pronta, dulce, durable, y quitar completamente la enfermedad por el camino mas corto, mas seguro y menos dañoso. Uno y otro método difieren esencialmente.

—Ya lo creo, la medicina racional se lisonjea de conocer la causa y de quitarla.

—Sí, pero á veces toma los sintomas por la enfermedad, usa remedios múltiples y dosis

altas, que bastan para producir una enfermedad nueva.

—En eso, amigo, estoy por la homeopatía. Para cada enfermedad su específico, el remedio único; y este remedio en dosis tan leves, que ni molestan, ni dañan, ni curan.

—Los alópatas ¡Dioclecianos! vierten nuestra sangre á torrentes. Nos martirizan con cantáridas y vegigatorios y nos hacen morir rabiando.

—Por el contrario, los homeópatas nos dejan morir. Sus anises, sus cucharaditas... engañan al vulgo, porque en todas las clases hay vulgo.

—No tal, la homeopatía es el consuelo de las enfermedades crónicas.

— ¡Puede tanto la imaginación!

—Ambos campos están frente á frente. Los alópatas dicen que curan por la ley de los opuestos: los homeópatas buscan la ley de los semejantes y tienen en su bandera *similia similibus*. Dicen que producen una enfermedad artificial semejante, que concluye con la efectiva.

— Fácil es decirlo. ¿Y no encuentra usted raras esas dosis infinitesimales?..

— No: menos por menos dá mas.

—¿Se rie usted? De modo que por esa regla, podian echar un glóbulo en el lago de Ginebra y darlo á cucharadas. ¡ Qué fuerza no tendria el medicamento !

— Ríase usted... lo cierto es que en toda Europa empieza á brillar esta doctrina...

— Yo conozco algun médico de mucho talento que la patrocina, y que se ha hecho muy rico con ella; pero **IL FAUT QU'IL AIT TUÉ BIEN DES GENS POUR S'ETRE FAIT SI RICHE.**

— ¡ Ahora se viene usted con citas de Moliere! ¿ Por qué no les dejan un hospital ?

— No por Dios : el dia que la homeopatía no se queje, muere. Vive tolerada, mirada de reojo por los médicos, anatematizada por la Universidad. El dia de su triunfo, será el dia de su muerte.

— ¿ Pero usted cree justo que los médicos homeopáticos no puedan comprobar su doctrina ?

— Lo que creo justo es que se enseñe en las escuelas de medicina, que se exijan á los profesores condiciones de ciencia y de moralidad, que salga de la anarquía en que se halla este ramo de la ciencia, si lo es; ó que se demuestre que es solo un charlatanismo pasajero. ¿Sabeis lo que sucederá con el tiempo? que la medicina racional adoptará lo bueno que haya en la homeopatía desdeñando sus exageraciones.

— Convenidos. Causa grima ver que ejercen la homeopatía gentes indoctas, que no la han estudiado, que tal vez no la comprenden y que acabarán por desacreditarla.

— Además, ¿no es ridículo ver que los médicos alópatas renieguen de la medicina secular que han estudiado, y se crijan en campeones de una doctrina nueva, sin antecedentes históricos, que no han aprendido y que no han visto practicar?

—¿ Y qué dice usted de los médicos que usan á la vez de ambos sistemas y que preguntan al enfermo por qué método quiere ser curado?

— Esos no son médicos, son prestidigitadores: no tienen fé en ninguno de los sistemas. Cuando veo á los homeópatas desacreditar todo lo existente, olvidar la esperiencia de los siglos, quemar los libros de la ciencia, burlarse de la tradicion médica y levantando su caja de glóbulos esclamar: el mundo empieza hoy, aqui está la panacea, hasta este día ignorancia, desde hoy ciencia, la naturaleza deja de ser un misterio, hemos sorprendido sus arcanos; recuerdo sin poderlo remediar á Lutero en su reforma, y á los parlamentarios en sus constituciones. ; Si viera usted cuántos puntos de semejanza !

— Lo peor que hay es la perturbacion que se ha introducido en las familias. La madre prefiere un sistema, el padre otro, cada hijo desea un género de medicacion. Llega un caso grave; el alópata dice: sangro y curo, el homeópata : si sangras se muere; y no se sabe como acertar, á quien creer, ni como cumplir con su conciencia y dar gusto al pobre enfermo.

— Esto es muy grave y debiera llamar la atención del gobierno.

— El caso es que hay necesidad de tener un médico y que Dios nos manda honrarle...

— Indudablemente; pero los textos sagrados en cuanto á medicina deben estudiarse mas.

— Bueno es que no nos haya escuchado ningun médico.

— ¡ Ya lo creo !

— ¿ Qué dirian oyéndonos hablar de medicina sin entenderla ?

— Con todo, nosotros no hacemos mas que hablar. ¡ Ay de los médicos que la practican sin conocerla !

— Perdone usted, ¡ ay de los pobres enfermos que experimentan las consecuencias !



IX.

Los Campos Elíseos.

Entre las mas bellas florestas y en un pais lleno de vegetacion y de verdura, hay un lugar en los Eliseos Campos destinado para las sombras de los reyes. Vagan por él conservando de este mundo sublunar la memoria que les sirve de consuelo y de tormento. Coronas caidas, cetros rotos se ven por do quiera en confuso tropel; y venenos y puñales, y restos deslucidos de mantos de púrpura.

—¿ Dónde están los grandes conquistadores? Enseñadme á *Ciro*, á *Sesostris*, á *Alejandro*. Y

mi conductor cogiéndome fuertemente por la mano, no me dejaba detener en parte alguna.

—Allí veo los emperadores de Roma... Dejádme.

—Imposible, me contestó, tú eres español y solo debes ver hoy los reyes de España. Aquí los tienes.

—¿Dónde están los primitivos reyes?

—Ardua pregunta, replicó. A veces entre las tinieblas de aquel monte solemos divisar á Argantonio con su venerable y blanca barba, y en esta ladera pacen las vacas de los Geriones.

—Aquellos que allí veo con largas cabelleras, deben ser, á no dudarlo, los reyes godos. Dejádme hablar con Alarico y Recesvinto, admirar á Recaredo, hacer una pregunta al oído á Witiza, y saber del pobre D. Rodrigo, qué noticias tiene de la Cava, de D. Julian y de D. Opas...

—Sigamos, me dijo, que hay mucho que recorrer, y hoy esperamos aquí noticias del otro mundo.

— Marchábamos, pues, sin detenernos en parte alguna, cuando al volver un ribazo veo un hombre de colosal estatura, con una cruz en la mano izquierda y un montante en la derecha. Este esclamé, es D. Pelayo, y aquel que anda á vueltas con el oso, D. Favila, y el de mas allá Alonso el Católico, y esos otros, á no dudarlo, pertenecen á esta raza de grandes, de religiosos, de valientes reyes de España.

— A este paso, dijo mi guía, no acabaremos nunca.

— Dejádme al menos ver á Alfonso VI, conquistador de Toledo, y la reina mora. Dejádme preguntar á Alonso VIII quien fue el pastor que por sendas estraviadas le condujo al campo del Miramamolín.

— Imposible, contestó.

— ¿Y quién es aquel que ocupa aquella silla esplendente y á quién rodea una aureola de azul y de carmin? ¿Quién son aquellos trece que están á su lado?

— ¡Pues qué! ¿no conoces al Santo Rey Fernando, y no sabes que tuvo trece hijos?

— ¡Ah! entonces ya veo allí á Alfonso el Sabio, que por tanto levantar la cabeza para mirar las estrellas, dejó caer hácia atrás la corona. Ya, ya le veo con sus tablas y Astrolabio. ¡Gran legislador! ¡Fenómeno de su siglo!.. ¡Pero cuán triste está! Parece que habla ... escuchemos.

*Como yá solo el rey de Castilla
Emperador de Alemania, que fué*

Ya veo allí á su hijo D. Sancho, usurpando la corona á sus sobrinos los de la Cerda ...

— Vamos, vamos me dijo descortesmente mi guía, no consiento...

— Por piedad, le grité, detengámonos para separar á aquellos dos hombres, que con sendos puñales se amenazan y quieren volver á envestirse. Aquel rubio, bien apuesto, que habla zarzoso, no puede menos de ser D. Pedro el Cruel. ¡Qué villanamente se portó Duguesclin! ¡qué

horrible asesinato! ;Qué proceder el del bastardo! ;qué coalicion! ;qué indignas estipulaciones!

— ¿Crecis allá en España, me preguntó mi guía, que D. Pedro era un mónstruo?

— Así lo creen los sabios; pero los tontos recelamos que cupo al pobre D. Pedro la suerte que á todos los vencidos... ; Empero que gran figura romántica la de D. Pedro! Jóven, apuesto, enamorado, valiente, uno de los pocos que se cuidaron de la legislacion del país, vió venir sobre su cabeza todo un mundo de conspiraciones en el interior, de intrigas en el extranjero. Su carácter soberbio é irascible, le hizo matar mucho... pero el resultado nos dice que no mató bastante. Los aduladores de D. Enrique forzosamente tenian que calificarle de monstruo. ;Cómo lavar de otro modo las manchas de sangre que salpicaban el rostro del fratricida! Los *literatos* de aquel tiempo se pusieron, como siempre, al lado del que repartia *el turrón*...

— No te entiendo: ese language no tiene aun carta de ciudadanía por esta tierra. Pero caminemos, que lo tomas muy despacio y hay mucho que andar.

— Dejadme, le dije, que me quite el sombrero y salute con respeto á esta heroína que se baila en ese lado, y que no puede menos de ser la Reina Católica.

— Lo es en efecto.

— ¡Gran muger! Pero la alaban demasiado. Y aquel caballero andante, emprendedor, enamorado y valiente, que se está metiendo en la cabeza una inmensa corona de papel dorado, que se le rasga por varias partes, ¿quién es?.. pero no me lo digais, ese debe ser Carlos V, aspirando á la monarquía universal. No tengo duda, es él. Y aquel rapaz que está á su lado debe ser su hijo y de Bárbara de Blomberg, el vencedor de Lepanto. ¡Grande hombre! Mas cuánta cosa inconexa . . coronas ... armaduras... cogullas.

Pero dejadme observar aquel otro, que mirando al suelo se pasea sombrío y meditador por aquella cuesta. Es sin duda Felipe II pues he oído de sus labios el nombre de Antonio Perez. ¿Con quién riñe?.. Es con su hijo y sus nietos. Ven acá, dice á Felipe III, ¿qué hiciste del reino grande y floreciente que te dejé al morir?

— ¡Señor!

—¿Por qué te entregaste en brazos de un valido tan despreciable como el de Lerma? ¿Por qué lanzaste los moriscos de España? ¿Tan para poco me creíste, que si hubiese convenido así á la prosperidad del país no hubiera sido yo capaz de hacerlo!.. Y á tí, miserable nieto, te parece que reinar es hacer comedias, cortejar cómicas y cazar en el Pardo. ¿Qué hiciste de Portugal? ¿qué de los estados de Flandes?.. Responde... Pero no respondas, que la indignacion me sube al rostro al ver ese raquítico sucesor mio entre brujas y hechizos, entre conjuros y exorcismos. ¡Miserable!.. Último encanijado príncipe de la

casa de Austria, ¿por qué dejaste la corona de un gran reino en las sienas de un francés, de un nieto de Luis XIV?..

Continuamos nuestro camino y vimos mas adelante reunidos los reyes de la casa de Borbon.

Andaba Felipe V distraido, con paso inseguro, buscando con impaciencia á Farinelo, para que alejase con su canto la grave melancolía que le aquejaba. Su hijo Luis I, asomaba apenas la cabeza por detrás de él; y Fernando VI atesoraba, cosa fácil no pagando á nadie.

Algo mas lejos se veía un rey de gran nariz y ojos centellantes. Tenia un libro en la mano y de cuando en cuando exclamaba entre sollozos: ¡esto solo me faltaba! ¿Quién es y qué lee? pregunté á mi guia.

—Es Cárlos III, y lo que lee es su historia que publica un tal del Río.

Dejé estériles querellas y fui á ver á Cárlos IV que roncaba seguro de la fidelidad de su esposa,

y llamaba en sueños á Manuel, para que le aliviase de las fatigas del mando. A su lado estaba el juego del mallo, la barra y el arcabuz. instrumento obligado de los reyes de España.

Mas allá se pasaba Fernando VII, primer rey no cazador. Se acordaba de los falsos amigos, que le metieron en tan malos pasos, como la causa del Escorial y las jornadas de Aranjuez. Desearia borrar con lágrimas las famosas cartas de papá y mamá. Quisiera olvidar su viaje en busca de Napoleon, las escenas de Marrac y los dias de Valencey ... Otras veces recordaba el amor que le tuvo su pueblo y la sangre derramada en la lucha de gigantes contra las huestes de Francia. Traia á su imaginacion los últimos años de su reinado, en que rey español (el mas español de los reyes de España) habia regido en paz y justicia el país abriendo las fuentes de la prosperidad pública. En su mente sin embargo habia algo de sombrío ... en imágen confusa se presentaba á su idea el último año de su vida:

temia por su esposa, recelaba por la suerte de sus hijas y estaba inquieto por el lugar que la posteridad le señalaría en la historia.

De repente suena gran rumor en la tranquila morada. Un nuevo habitador se acerca, y todos se levantan á saludarle. Cárlos III esclama, es mi nieto; Cárlos IV dice, es mi hijo; y Fernando VII grita, ¡es mi hermano, mi pobre, mi bueno, mi calumniado hermano!

Así era en efecto: abrumado mas por los trabajos que por la edad, encaecido el antes rojo bigote, apagada la viva luz de sus ojos, mal ceñido el manto real y rotos los principales florones de la corona, se presentó el recién llegado á sus parientes. Notábase sin embargo en su frente la calma tranquila del hombre honrado.

Corre Fernando á estrecharle entre sus brazos y Cárlos con gravedad severa le dice: no, Fernando, detente. Si crees, como dicen en el mundo, que tu hermano te ha sido infiel... si me crees tu enemigo, no me acojas en tus brazos,

no lo merezco. Empero si en este mundo has visto las cosas como son en sí...

— ¡Tú mi enemigo! exclamó Fernando, y le estrechó con la mayor ternura entre sus brazos.

Los sollozos impidieron continuar. Poco á poco se fueron aproximando y formaron corro todos los reyes de España que andaban dispersos por aquellas florestas, y despues de un largo rato volvieron ambos hermanos á anudar la interrumpida conversacion. Mas por desgracia me habia quedado detras y no percibia una sola palabra. Solo adverti el asombro con que escuchaban los demás reyes, y las palabras que cruzaban entre sí.

— ¿De qué tierra hablan estos? se decian. ¿Qué es eso de Estatuto, de parlamento, de Constitucion, de cámaras? Preguntaba un rey godo.

— Hombre, eso debe ser una cosa parecida á tus concilios de Toledo.

— No tal, respondió Recesvinto. Allí el clero legislaba y habia otra organizacion y otro objeto.

—¿Será como mis cortes de la edad media? preguntaba otro.

—No: le contestaban, si entonces habia tres brazos.

Con orgulloso desden, dijo un rey austriaco: esos serán los regidores enviados por las ciudades de voto en córtes, para adelantar sus casas. Apuesto, que aun conservan el: hable Búrgos...

—¿Y qué será eso de oposicion, de matices políticos, de parlamentarismo, de demócratas, de liberales, de serviles, de puros y no puros, de polacos, de justo medio, de union liberal... empezaron á preguntarse con muestras de curiosidad unos, con acento de dolor otros, con marcada risa los mas. Era cosa de ver al pobre Recaredo preguntando qué queria decir la voz neocatólico, y sospechando que se hubiese inventado para ofenderle por su conversion á la fé. Gritaban otros...

—Suspende un poco, dijo Fernando á su her-

mano. Esta gente nos interrumpe y no nos entiende. Alejémonos de aquí.

Hiciéronlo así en efecto: quise seguirles; pero mi guía me detuvo, y sin saber como ni por donde, me encontré en este mundo como si hubiese despertado de un sueño magnético.



X.

La verdad, la historia y la fábula.

L'histoire est une fable
convenue.

La verdad estaba apesadumbrada viendo que no se la conoce en el mundo. Trataba de consolarla la historia, que se hallaba á su lado, diciéndola que en sus anales pasaría á la posteridad. Un poco mas lejos la fábula, orgullosa de haber dominado el mundo, se burlaba de la verdad que siempre anda oculta y velada, y de

la historia que las mas veces la desconoce y falsifica.

—No hagais caso de aquella, decia la historia á la verdad, es una loca. Cuando no conoce los sucesos los inventa, huye de la sencillez y naturalidad, busca lo exagerado, se parece por lo maravilloso.

—Y tú, contestaba la fábula, ¿qué es lo que consignas en tus anales?

—La verdad.

—Sí, una verdad de convencion; pero no otra cosa. Buscas una fórmula para los sucesos, hallas una filiacion buena ó mala para los hechos, y no te detienes en apurar la paternidad legítima.

—Yo esplico los sucesos por sus causas.

—¡Qué error! ¡cuántas veces no se conoce el móvil verdadero! ¡cuántas veces van los hombres mas ó menos lejos de lo que pensaban! No se necesita siempre de una gran palanca para remover un gran peso. ¿Y quién sabe la

verdad? La historia no se leería si yo no la engalanase con mis flores.

—No lo creais decia la historia. Pasó el tiempo de la fábula: los siglos de ignorancia son su gloria, la rudeza del entendimiento, la falta de criterio la crean y la sostienen; pero desaparece ante la antorcha del analisis, ante el fanal de la filosofia. Los pueblos que dan mucho á la imaginacion y al sentimiento, los pueblos nuevos aman, como los niños, lo fabuloso; pero el hombre que llega á la edad de la reflexion rechaza lo que no tiene sólido fundamento.

—Pues bien, decia la locuaz interlocutora, descarta la fábula de la historia antigua y moderna y dime qué queda.

—La verdad.

—No: algunas fechas, tal cual nombre, algunas batallas... nada... porque esto no es la historia. La razon, la filosofia, el alcance de los sucesos, todo es fabuloso. Con leves cimientos se quieren elevar grandes edificios, y como dice

Florian de Ocampo: «basta á los escritores ver
» la correa del zapato, para adivinar quien era el
» sugeto que lo calzaba.»

— El criterio.

— ¿El criterio?.. no digas eso; antes los que escriben historia carecen por lo general de criterio. Juzgan lo antiguo por lo presente, no olvidan los adelantamientos actuales, desconocen los usos, las costumbres, las creencias, las tradiciones, los errores, las consejas, las preocupaciones de la época que nos pintan; no viven la vida de aquellos siglos y hacen que piensen sus héroes, como pensarían los hombres del día. ¿De aquí podremos esperar que brote la verdad? ¿Sabes lo que me recuerdan estos escritores? á los que escribían églogas en tiempo de Luis XIV. ¡Qué pastores aquellos con espadin y polvos!

— Convengo en que es difícil averiguar los sucesos y su enlace, esto corresponde á la escuela histórica. Su razon, su filosofía, sus mo-

tivos esto ya corresponde á la escuela filosófica. Ambas escuelas tienen varias ramas y los doctos...

— No quieren confesar las dos únicas verdades históricas: que ignoramos la mayor parte de los sucesos; que desconocemos la mayor parte de las causas.

— Eso es muy fuerte.

— No tal, convengamos en que hay que rehacer toda la historia antigua.

— Es verdad.

— Y en que hay que borrar la mitad de lo que se ha escrito de historia moderna.

— ¡ Tanto!

— Por lo menos.

— ¿ Y lo que queda será la verdad ?

— No : será menos mentira.

— Entonces perderá la fábula su imperio.

— No á fé : no tendré el dominio absoluto como antes ; pero entraré como la levadura en la masa , para ahuecarla , hacerla mas grata al paladar y menos indigesta.

—Dió un suspiro la verdad y dijo: voy viendo que tienes razon. ¡Tal me han parado los historiadores, que no me conozco! Unos fabrican los sucesos, otros los copian sin exámen ni crítica, otros por no ser menos, los narran aunque no los crean. Hay quien quiere amoldarlos al lecho de Procusto. Otros hacen nacer los sucesos de una sola y grande causa, olvidando que son como los rios que provienen de muchos y pequeños arroyos. Los mas hábiles buscan causas probables, verosímiles ... y la verdad las mas veces no es verosímil.

—¿Y qué queda á la historia? preguntó esta con voz apagada.

—La enseñanza, contestó la verdad. Puede dar lecciones á los pueblos y á los reyes, presentar los sucesos de una *verdad relativa*, como ejemplos vivos de buena ó mala administracion, de buen ó mal gobierno; enseñar á los hombres el verdadero espíritu público, los milagros de la nacionalidad; y á los reyes cómo se gobierna á

las naciones sin comprimir y sin soltar demasiado el freno. Puede ...

— Aquí entro yo, dijo la fábula. Para que esos libros se lean, es preciso que yo los engalane y atavie con mi librea; pero hay que saber usar de mis adornos, que no es lo mismo la mentira que la fábula... Entrad en una biblioteca... ved aquella fila de tomos en fólio cubierta de polvo... Coged uno: se cae de las manos de los lectores. Preguntadles por qué, y os dirán: nuestros autores eran hombres graves... se tragaban las paparruchas de dos en dos, las creían como dogmas; pero no sabían usar la fábula, ni la cantidad necesaria para que no amargue, ni la gracia y buen sabor que dá á los escritos. Eran sérios, profundos, nunca se reían, siempre hacían el papel de barba; pero no sabían interesar, porque no hablaban al corazón, ni á la cabeza, y ...

— Respetad á los muertos, dijo la historia con voz severa. Entre esos escritores está Mariana.

—Tambien Mariana es de los mios. Buenas patrañas nos cuenta de los primitivos reyes, y aunque nos dice *mas escribo que creo*, con todo, gordas se las tragaba el buen Padre. Ese escritor vive y vivirá siempre por sus buenas formas literarias, por su language, por lo desenfadado, por lo sarcástico, por lo severamente que trata á los españoles, por lo que propende á los extranjeros y por otras muchas causas, que no soñarías siquiera.

—Ademas orgullosa estás, fábula, dijo la historia, y ademas habladora.

—Ese es mi carácter, contestó.

—Y la verdad cogiendo las manos de ambas interlocutoras las dijo : vivid amigas en duradero consorcio. La verdadera verdad, está visto, ha volado al cielo. Las pasiones la ahuyentan, la debilidad humana la desconoce, la mala fé la falsifica. El orgullo y solo el orgullo hace decir á los hombres que penetran la verdad. El hombre es un enigma: no se conoce á sí mismo

¿cómo comprenderá la sociedad entera? Contentáos con la verosimilitud. Historia y fábula nacisteis en un día : teneis vínculos muy cercanos de parentesco, la crítica quiere desuniros; pero no lo conseguirá nunca : mientras dure el mundo durará vuestro consorcio.

XI.

Los afrancesados

A usted buscan, señor.

—Que suban.

—Mamá dice que es usted demasiado bueno para que venga á buscarle ese hombre.

—¿Quién es?

—Un español viejo que llaman... y que vive aquí hace muchos años. Yo le tengo un miedo..

—Dígale usted que suba.

—¡Si viera usted!... Siempre anda á vueltas

con el señor Cura; además tiene una escopeta en su cuarto...

—Bien; que suba.

—¡Y mamá creía que debía venir equivocado!

—Vamos, niña, dígame usted que suba.

En esto avanzaba lentamente por la escalera mi hombre, de más de 70 años, de aspecto desagradable, de alma aviesa, de condición desapa-cible. Afrancesado desde la invasión, sirvió de proveedor en el ejército francés, y con buenas ó malas artes se enriqueció bastante. En 1823 sirvió á las órdenes de Mr. Oudrid, intendente general, y va alguna vez á España á compadecerse de nuestra barbarie.

Al abrir la puerta de mi habitación, vamos, exclamó, se da usted aires de primer ministro. Un cuarto de hora de antesala...

— Siempre mal contento. Me hará usted sospechar que se va haciendo viejo al verle tan gruñon.

— Hoy vengo á reñir con usted.

—Pues eso no puede ser: hoy no riño.

—Haber venido á... y sabiendo que alquilo una habitacion en mi casa, no haber ido á ocuparla...

—Gracias, me hallo muy bien aquí: conocen mis gustos, no tengo nada que prevenir; además son tan buenas gentes!

—Sí, que no piensan más que en el dinero, y que todo lo hacen *francamente*.

—Pues en dándoles francos estarán contentos.

—Vaya, vaya, usted va á hacerse francés.

—Me gusta la Francia.

—Acabará usted por aborrecer la España...

—Eso nunca.

—¿Es usted también de los que piensan que el hombre debe estar, como el hongo, pegado al suelo en que nació?

—No señor.

—¿Será usted acaso optimista y creerá que no hay nada mejor que los garbanzos y los toros?

—Tampoco.

—¿No admira usted la cultura francesa, los adelantamientos de su inteligencia, de su comercio, de su industria?

—Si señor.

—Y comparando el estado de ambos países, ¿no admira usted esto? ¿No aborrece aquello?

—No señor. Soy francés en España, y español en Francia. Allá, cuando hablo con hombres de corazón caliente, con jóvenes que empiezan á despuntar en algun ramo, les grito: cuidado que hay mucho que saber; id á Francia, aprended. Francia aprendió de Inglaterra, Inglaterra de Alemania. Imitad, no copieis; que la idea se transforme en cada país segun sus necesidades, sus usos y costumbres....

—Y se reirán de usted.

—No siempre. He dado á conocer modelos, libros... he hecho el bien que he pedido, callando.

—Ya: y viene usted aquí, y se entusiasma con esto, y adios patriotismo.

—No señor, al contrario: aquí se despierta mi patriotismo y digo lo que una reina de Inglaterra á una señora italiana, que la presentaba magníficas acuarelas. ¡Qué lástima que no seas inglesa!... En España no nos falta mas que paz, buen gobierno...

—Siempre lo mismo. ¿Y ustedes que lo conocen, cómo toleran?...

—No hablemos de eso. Si saliese un hombre superior, si conociese que la verdadera fuerza de un gobierno no son los soldados, si eliminase de la escena política á dos docenas de farsantes, si diese al país creencias, hábitos de subordinación y de respeto, si abriese las fuentes de riqueza que tanto abundan... ¿Quién sabe?... No desesperemos, el problema no es tan difícil: sujetar la generación actual y educar la venidera.

—Vea usted por qué en 1808 nos unimos los hombres de talento á los franceses. Y usted hubiera hecho lo mismo.

—No, eso no: yo hubiera sido de los tontos.

—Pues usted cree, como el vulgo, que los afrancesados hemos sido desleales?

—Mudemos conversacion: mis palabras no agradarán á usted.

—No señor, no mudemos tal. Créame usted, los verdaderos patriotas fuimos nosotros. Y ¡qué tontería! usted mismo, que no es ningún ignorante, se hubiera afrancesado también.

—Se equivoca usted. Yo hubiera hecho lo que mi padre, que siendo magistrado superior y al frente de una audiencia, estuvo cincuenta días preso en un ponton por orden del mariscal Soult; que vió saqueada su casa; que vió á Mr. Bory de Saint Vincent apoderarse de los manuscritos de su célebre hermano, para plagiarlos con el mayor cinismo. Seguiria el ejemplo de mi tío, Gobernador del Consejo de Castilla, primera autoridad civil del reino, que murió en un hospital de París donde fué conducido prisionero... ¿No sabe usted por qué estamos así? Porque en España no hay estatuas para ciertos homi-

bres... Yo hubiera sido siempre español.

—Sería usted iluso, montado á la antigua, rancio.

—Lo que usted guste; pero cuando el extranjero invade la patria, los buenos, los nobles, los leales, los hidalgos mueren defendiendo la bandera de la Nación. Ni se hacen cálculos de interés, ni se cuenta el número de los invasores.

—Vulgaridad. Mi patria es donde me hallo bien.

—La mía es la patria de Recaredo; y bendigo

la augusta religion de mis abuelos
sus costumbres, su hablar, sus santas leyes ..

—Buena está la pobre.

—Eso no es del caso. Deseo la paz de sus hijos, y que conserven á España la alta prez y el esclarecido renombre que la dieron un Cisneros, un Gonzalo, un Cortés y tantos otros. Deseo que se aclimaten en ella todos los progresos de las ciencias, todas las maravillas de las artes...

— ¡Ay, amigo mio! si hubiera usted vivido entonces, si hubiera conocido aquella córte, aquellos validos... ¿Qué hubiera usted hecho si hubiese alcanzado malos reyes?

— Acatarlos y obedecerlos.

— ¡Bravo! Pero usted no me negará que todos los literatos fueron afrancesados.

— Todos no.

— Cítame usted uno, uno solo.

— Podria citar muchos. Jovellanos, Vargas, Ponce, Martinez de la Rosa, Arriaza, Capmani, Quintana, el Duque de Rivas, que casi niño pelcó como valiente, Cienfuegos, que murió en Orthez, y que no mereció que le tragesen á España cuando á Moratin...

— ¡Moratin! ese nombre basta para llenarnos de orgullo.

— No tal: soy el primero en reconocer el mérito del autor del *Si de las Niñas*. Y cuenta que he dicho reconocer, no exagerar. Sus comedias no brillan por el genio sino por el gusto. Son

diges hábilmente cincelados... Mas sea de esto lo que quiera; ¿qué se podía esperar del protegido de Godoy? El que ensalzó á las nubes al guardia de Corps; ¿qué mucho que comparase á Suchet con el Cid? ¡y en Valencia!

—Usted no ha leído el Exámen de delitos de Reinoso?

—¡Cómo que no! y he sido amigo del autor. Buen hombre, poeta difícil, buen hablista, sabio para sí, escéntrico hasta no mas.

—Pues allí habrá usted visto...

—Perdone usted, allí no he visto nada.

—¡Hombre! aquella obra tan luminosa, tan filosófica, ¿no ha dicho á usted nada?

—Si señor. En ella he aprendido las dos únicas ideas que contiene. Cuando el padre no defiende á la familia, esta no puede ni debe defenderse.

¿ Servir aquí ó allí no es todo uno?

¿ Me pondrán dos albardas? No, ninguno.

Ponga usted, amigo, en un alambique todo

el libro de Reinoso y veremos si destila una gota mas de quinta esencia.

— ¡Que esto diga un discípulo de Lista!

—Yo diré á usted. He querido mucho á Lista, como yo quiero... con toda el alma. Me ha querido como podia querer. Conservo preciosa correspondencia suya, versos inéditos, y no olvidaré nunca que le debo mi buen gusto literario. Sé lo que valia Lista como literato; pero tambien sé lo que valia como hombre. Ademas Lista no llamó á los franceses, no persiguió á los españoles, y si se afrancesó fue por miedo.

—¿De modo que usted reconoce gerarquías entre nosotros?

—Pues no.

—¿Conoció usted á muchos afrancesados?

—Si señor... Almenara, Cambronero... Conoci la superficialidad graciosa de Miñano; Suelto me leyó sus fáciles versos; traté mucho al honrado Goróstiza... Pero, paz á los muertos...

—Aun quedamos muchos.

—No: alguno que otro... piedras miliarias, en camino solitario, para marcar la direccion antigua.

—Cuando las Córtes nos abrieron las puertas de España...

—Ignoraban lo que habian ustedes de escribir contra ellas.

—Cuando Fernando VII nos llamó á su lado...

—Tampoco sabia lo que ustedes iban á hacer... En medio de todo, ¡ cuánto no sufririan ustedes en la emigracion! ¡ Cuánto, al ver los cosacos acampados en el Louvre!

—Es verdad.

—Lista escribió un magnífico soneto en que emplea el acento de la mas profunda indignacion.

—¿Lo sabe usted?

—Sí: me lo enseñó él mismo.

• Nacion indefinible en quien el cielo
Fácil ingenio y abundante cria,
Y en débil alma intrépida osadía,
Un tiempo asombro, escarnio ya del suelo.

¿ Por qué abatiste el atrevido vuelo
Al primer aquilon que el norte envia ?
Si el yugo admities fácil ¿ por qué impia
La Europa sumergiste en sangre y duelo ?
¿ Do está el valor que las historias llena ?
¿ Y aquellos en la lid temidos nombres ?
¿ Y de Marte los hórridos placeres ?
¡ Ah ! ¿ qué bien dijo el domador del Sena !
Que sois, si vencedores, mas que hombres,
Y, si vencidos, menos que mugeres.

—Magnifico, magnifico...

—Cópielo usted, no está impreso.

—Pero aquel Napoleon, ¿ con tantos elementos y no resistir !

—¿ No ve usted que hay quien señala á los cometas su órbita ?

— ¡ Cómo se separaron los reinos que habia unido !

—Eso es porque los tiranos mueren, y las naciones son eternas.

XII.

PRÓLOGO Á LÁGRIMAS.

Novela de Fernan Caballero.

¿Con que he de escribir un prólogo para Lágrimas?

—Lo que se ofrece se debe.

—Es verdad; pero no me siento con fuerzas para hablar de Lágrimas.

—¿No le agrada á usted mi novela?

—La creo una joya de filigrana y oro, un estudio acabado del corazón, un cuadro admirable de la vida social; lo mas bello, lo mas perfecto, lo mas delicado que ha salido de la pluma de usted.

—Muchas gracias.

—¡Qué coincidencia! La coleccion empieza con la Gaviota, y nos presenta la muger grosera, abandonada á sus instintos, no corregidos por la Religion, ni modificados por la sociedad, ni suavizados por la buena educacion; y concluye con Lágrimas tipo de la muger modesta y humilde, nacida para sentir y para llorar... Villamar es el pueblecito que conocen los lectores en el primer tomo, y vuelven á Villamar en el último encontrando aun á muchos de los antiguos amigos que recuerdan al instante, y á quienes saludan con placer.

—Falta el bueno de Stein.

—Es cierto; pero allí nos lleva usted á la pobre Lágrimas, esa hija de los trópicos, esa violeta que exhala siempre su perfume aunque la pise la mas grosera planta. ¿Quién no ha encontrado á su paso por el mundo á esos sugetos que usted nos pinta al daguerreotipo? ¿Quién no ha visto al grosero ricachon D. Roque la Piedra, y

al avaro quejumbroso D. Jeremias? El buen sentido habla por boca de la alcaldesa, á D. Perfecto Cívico lo encontramos en cada lugaron y su hijo ¡ojala fuese un ente ideal y no abundase tanto en nuestro país!... Lo que si va escaseando es la finura, la cortesía, el buen tono de la Marquesa de Alocaz y de sus amables tertulianos.

—De modo que usted va á escribir el prólogo.

—Yo haría mejor un juicio crítico en que demostrase la índole, el carácter, el mérito de los escritos de usted; en que hiciese ver el raro acierto con que usted describe, con que narra, con que presenta las personas y las cosas; el fin moral, la sensibilidad, la ternura de su corazón; y sobre todo el gran servicio que está usted prestando á la actual sociedad descreída pintando con tan vivos colores los portentos de la fé, las maravillas de la virtud... Pero un prólogo...

—Los han hecho otros buenos amigos...

—Los buenos amigos de usted se complacen, ó mejor dicho nos complacemos en el buen éxito

de sus obras y aplaudimos sus triunfos literarios. ¿Pero necesitaron de estos prólogos para hacerse tan populares en España? ¿Para haber sido traducidas en Francia? Y por cierto que son muy raras las obras que alcanzan este honor, mas apreciable puesto que las novelas de usted, sus cuadros de costumbres tienen un tinte local que se perderá necesariamente en otros países. Yo comprendo las obras de usted de otro modo. ¿Quiere usted pasar por literato?...

—(*) Dios me libre: no señor. ¡Yo literato! «No soy la rosa; pero, como dice Bulwer estuve á su lado y me impregné de su olor. No soy erudito, soy solamente culto. En cuanto escribo no hay arte, ni saber, ni estudio, es instintivo; tal vez espreso, como usted habrá notado, un pensamiento de culta esfera sin cuidar del lenguaje. Procuro, si, poetizar la verdad, ennoblecer nuestra pobre naturaleza. Los prólogos son ofrenda

(*) Todo lo que va entre comas es copiado á la letra de las cartas que me escribió FERNAN CABALLERO. Suyo el honor.

de la amistad, engarce de brillantes que rodea un mal retrato: » los agradezco de todo corazón.

—Lo creo así, y además son muy bellos. Pero un autor se debe al público, y este no quiere leer lo que nosotros escribimos; quiere leer lo que usted escribe. Las novelas de usted...

—Perdone usted: yo las llamo novelas, cuadros, relaciones; « pero no me he propuesto escribir novelas. He tratado de dar una idea verdadera, exacta, genuina de España y de su sociedad; describir la vida interior de nuestro pueblo, sus creencias, sus sentimientos, sus dichos agudos. La parte que podría llamarse novela solo sirve de marco á este vasto cuadro que me he propuesto bosquejar. »

—Y que dibuja usted á grandes rasgos, con una verdad, con una profundidad de miras, con una intención filosófica...

—« Mr. de Lavigne, el traductor francés de mis cuadros populares me escribió: no traduzco vuestras novelas por la invención sino por la in-

tencion... Mi intencion supera mucho á la de hacer novelas... Es la rehabilitacion de cuanto con grosera y atrevida planta ha hollado el nunca bien ponderado siglo XIX. Rehabilitacion de lo santo, de lo religioso, de las prácticas religiosas y su alto y tierno significado; de las costumbres españolas puras y rancias; del carácter y modo de sentir nacional, de los lazos de la sociedad y de la familia, del freno en todo, y sobre todo en esas ridículas pasiones que se afectan sin sentirse (porque afortunadamente una gran pasion es rara); las virtudes modestas como la de Lágrimas preferibles á las que se pavonean y se ostentan. »

—Pero usted, Fernan, pinta *en beau*: busca usted lo bueno, nos presenta usted la sociedad tal vez mejor que es... y nunca un dicho satirico, nada que hiera y se destaque de la dulce armonía del cuadro.

—«Estoy persuadido de que todas las mas hermosas sátiras, género tan universal y en que han

sobresalido tantos ingenios superiores, no han servido de nada; ni han hecho germinar ningun buen sentimiento, y si solo el malhadado desprecio del hombre hácia el hombre. Muy al contrario las referencias de lo bueno y de lo noble despiertan en nosotros sentimientos análogos, los ponen en circulacion, los inoculan...»

—Por eso las novelas de usted son dechados de moral, en tiempo en que otros novelistas se encargan de la destruccion de la sociedad degradando la familia; por eso mereció usted que la autoridad eclesiástica aprobase sus escritos, que miramos como escuela práctica de virtud, y que mas bien que buenos libros deben ser considerados como buenas acciones.

—Usted me alaba demasiado.

—No, Fernan: nadie ha pintado con tanto acierto la vida íntima, las escenas del hogar doméstico, las costumbres populares. Nadie ha comprendido tan bien como usted el mérito de acciones que pasan desapercibidas, la razon de

ciertas prácticas, la filosofía de ciertos dichos vulgares. Cuando nos pinta usted una escena terrible; ¡qué mas terrible que sus descripciones!... La paz doméstica, la felicidad conyugal tienen en su pluma un intérprete digno. ¡Y cómo describe usted la dulzura, el candor de los niños, sus juegos y sus gracias infantiles! En medio de estas escenas viene á sorprendernos un pensamiento de alta esfera, lleno de filosofía, de profunda moral y del puro espíritu del Evangelio. Y ese pensamiento es tan natural y se deduce tan lógicamente, y estaba tan cerca de nosotros, y nosotros ¡ciegos! no lo veíamos... Pero usted lo descubrió con su vista de águila y del caos brotó la luz y de la piedra árida saltó un raudal...

—Como se conoce que es usted mi amigo. ¿Y era usted el que no queria escribir un prólogo? ¿Qué mas prólogo que este?

—Pues bien... imprímalo usted.

XIII.

Las Arengas.

Suena la música en la calle: la gente se acelera para ver la fiesta. ¿Qué será? ¿por qué se oye el himno patriótico? ¿por qué se detiene la comitiva en medio de la plaza pública?... ¿Qué fiesta se anuncia?... ¿qué solemnidad se celebra?

— ¡Un entierro!... Los amigos y compañeros del que dejó de existir le pasean triunfalmente, le llevan á saludar una lápida que dice: *Plaza de la Constitucion*, y atruenan el aire con los himnos de victoria, que tocan los músicos.

—¿Y de qué comunión era ese desgraciado?

—Católico.

—¿Dónde está el emblema, el simbolo, la señal de cristiano?... ¿Dónde está representada la religion que nos acoge al nacer y nos despide al morir? No veo la cruz de la parroquia, ni el sacerdote, ni oigo las preces de la Iglesia, ni.....

—Eso es despues; en el cementerio suele estar el capellan, y al recibir el cadáver dirá el responso y pedirá á Dios por el eterno descanso

—Y esos caballos enjaezados, esos carros con tanto adorno, esos cien coches que forman el fúnebre cortejo, ¿qué aprovechan al difunto? Ayer murió: ayer acabó su pasado y empezó su porvenir. ¡Ah! ¡si pudiera hablar, si pudiera decirnos lo que sabe hoy y no sabia ayer! De seguro acusaria la vana pompa, la solemne ovacion que se está dando á sus restos inanimados. Y si la religion no dirige esta pompa fúnebre, ¿quién la autoriza?

—La sociedad.

—No: la sociedad la tolera, no la autoriza.
¿Dónde está la representación del poder civil?...

—La familia.

—La familia harto tiene que hacer con sentir la orfandad y el desamparo en que queda, con la pérdida del padre, del jefe, del protector de los hijos.

—Los amigos.

— ¡Qué! ¿ese número inmenso de personas indiferentes y distraídas, que van riendo y fumando dentro de los coches, son amigos? ¿Se revela así la amistad?... Tal vez lo dejaría así dispuesto el difunto.

—Todo lo contrario: previene que no haya pompa; que se le conduzca humildemente, que se le hagan pobres exequias.

— ¡Y entonces!

— ¡Pero cómo acceder á esto! ¿Qué se diría? Eso es bueno tenerlo presente cuando haya que tratar con la parroquia; pero al mundo hay que darle lo que es suyo.

— ¡Ya!

—Ademas, era periodista: en uno de los primeros coches van los representantes de la prensa. Se leerán versos, se pronunciarán discursos, con aquello de *no ha muerto, el genio no muere*, y las otras inocentadas que se usan en tales casos.

— ¡Tambien eso?

—Es de rúbrica.

—Y este no es de los mas gordos; que sino habria tambien coronas, album fúnebre, mausoléo, bustos...

— ¡Ya!

—Estas cosas suelen hacerse por suscripcion; de casa en casa, de oficina en oficina;.. y luego se presenta la cuenta con su cargo y data, y sobraron 16 maravedises que se dieron de limosna.

—Me recuerda usted que me dijo un suscriptor para la espada del general Córdova, que no hubo espada, ni cuenta, ni saldo para los pobres.

—Mas usted, amigo mio, que ha estado tanto tiempo en Francia, ¿por qué estraña esto?

—Diré á usted: esta moda va pasando ya, y ademas en Francia hay libertad de cultos, y otras costumbres... y repito que esto va pasando en aquel país.

—Pues de allá nos vino.

—Efectivamente; hasta la revolucion era enteramente desconocido este género de ovaciones, que como todo en este mundo tiene su historia. Suprimido el culto católico y reemplazado por el de la razon, los que no morian en la guillotina eran conducidos al cementerio en unas parihuelas cubiertas con un paño tricolor. Se borraba su nombre del registro civil, y todo estaba concluido. A lo mas algun perro, ignorante de la legislacion del país, seguia de lejos los restos de su amo. Empezaron á abonanzar los tiempos y ya alguno que otro amigo acompañaba el cadáver para ser testigo de que habia sido depositado en la tierra, y que estaba suficiente-

mente al abrigo de la profanacion y del insulto. Cuando el Directorio, se cometió el error piadoso, de pronunciar algunas palabras al despedirse para siempre del amigo, del bienhechor, ya que la religion no podia aun elevar su voz en el recinto de la muerte.

—Sí, pero luego vino Napoleon y restableció el culto.

—Es verdad; y ya las preces de la Iglesia empezaron á oirse, y esta madre oraba por los muertos, y consolaba á los vivos, interponiendo sus súplicas para desarmar el brazo del Señor. Mas la costumbre habia echado raices, y lo que introdujo un piadoso celo, se convirtió en abuso intolerable. Frente á frente del sacerdote católico se puso el orador profano, y la filosofia empezó á hablar en cuanto la voz de la religion callaba.

—¡Pero qué! ¿usted combate el que se ensalce el mérito de los muertos?

—No tal: todo lo contrario. Pero deseo que es-

to se haga donde debe hacerse, en las academias, en los liceos. en los ateneos, en la prensa... pero no en el campo santo.

—Mas cree usted que en hacer lo que se hace haya intencion siniestra.

—De ningun modo. Creo que se hace por rutina, por no detenerse á meditar un momento sobre esto... tal vez algunos buscarán, sino ocasion, pretesto para darse á conocer, para ostentar su talento, su imaginacion, su palabra fácil.

—Quiere usted decir; para satisfacer el orgullo del vivo y hacer olvidar al muerto.

—No tanto. Pero pregunte usted al que va á hablar en cuanto cese la voz del ministro de Dios, con qué intencion, con qué objeto lo hace. ¿Piensa cumplir un deber cristiano? No: ya está cumplido. ¿Tiene mas autoridad para hablar que el sacerdote? De dónde la hubo ¿Piensa decir cosas mas consoladoras, mas tiernas, mejor sentidas que las preces de la Iglesia? Imposible. ¿Qué nos va á decir? El nacimiento, la grande-

za, el talento, las virtudes, los servicios... Esto tiene su lugar en otra parte. ¿Es ocasion de alabar las virtudes de este mundo, donde solo deben mencionarse las que proporcionen al muerto eterno galardón en el otro?—Y esta voz no la oye el elogiado, ni la mayor parte de los que forman el cortejo... y es además innecesaria si se compone de amigos que saben todo lo que se les cuenta.

—Pues no había yo caído en ello.

—Lo creo. Así son muchas cosas. ¿Ha visto usted alguna vez, que concluida por el predicador una oración fúnebre se levante alguno, pretestando dolor, á completarla, á decir mejor algunas circunstancias de la vida, algunos merecimientos que pudo olvidar ó no enaltecer bastante el orador sagrado? ¿Vió usted que celebrado un matrimonio ó un bautizo, tome la palabra un concurrente para felicitar á los novios ó para predecir la ventura del hijo? Pues si allí no, ¿cómo se permite en el campo santo? ¿Cómo

con voces profanas se aleja al ángel del dolor del recinto de la muerte?

—La Iglesia no se opone.

—Sin embargo, advierta usted que el sacerdote se marcha en cuanto concluye las preces, como para protestar que todo lo que despues sigue es profano.

—Y nadie mas que usted ha pensado en esto.

—No tal: todos los hombres que reflexionan opinan lo mismo.

—Pero no todos tienen la franqueza de decirlo.

—Eso es otra cosa.

—Y á propósito, ¿qué le parecen á usted nuestros cementerios?

—Mal; tantos, tan pequeños, tan mal situados. No me gusta que se empaqueten los muertos en una anaquelera, ni que haya tantas rosas, ni...

—Pues como negocio no son malos.

—Lo creo: este ha sido campo abierto; falto

prevision, plan, concierto, y habrá que deshacer mañana la mitad de lo que se hizo ayer.

—Vea usted los cementerios de Madrid. ¡ En una Córte! Debía haber uno muy grande, muy grande...

—Calle usted por Dios, no tan grande. ¿No teme usted que se le ocurra á algun sabio, que todos los muertos ricos de España se entierren en Madrid?

— ¡ Qué rareza!

—Veo que no comprende usted las ventajas de la centralizacion.

XIV.

La Reaccion.

¡La reaccion!... ¡qué miedo!... ¡Reaccionarios!... ¡Qué mónstruos!

—¿Y qué es la reaccion? Con permiso del Diccionario que la Academia Española *limpia, fija y da esplendor*, diremos que la reaccion es el movimiento contrario á la accion, y una fuerza que rechaza la fuerza impulsora.

No se asusten, pues, las almas cándidas al oír la voz reaccion. Es el movimiento de vaiven que reciben los cuerpos, es el sacudimiento que produce el resorte comprimido cuando se

le suelta. La acción y la reacción son términos de un mismo problema, y sabremos su alcance si recordamos bien la ley física que nos enseña que el ángulo de reflexión es igual al ángulo de incidencia.

Fácil es comprender que necesariamente puede haber reacciones buenas y malas. Cuando el despotismo, de uno ó de muchos, aflige á un pueblo, la reacción que devuelva las condiciones de racional libertad será una reacción benéfica y salvadora, como las que la misma naturaleza nos presenta en muchas enfermedades. Benéfica será la reacción que nos traiga el orden despues de la anarquía, la justicia despues de la iniquidad, la calma despues de la borrasca, la luz despues de noche caliginosa.

Mas como los hombres abusan de todo, esta inocente palabra ha servido para engañar al pobre pueblo y para espantar á los meticulosos.

En el momento en que entra á mandar un

gobierno que no es de la pandilla dominante, *reaccion* grita al punto el coro amigo: *reaccion* se pronuncia á cada medida buena ó mala que se adopte; y á cada separacion de algun empleado, en la prensa y en la tribuna, en la plaza y en el café se grita desaforadamente *reaccion*. Los que enterados de la corta vida del gabinete desean medrar con el que le suceda se apresuran á renunciar sus destinos, sin acordarse que á veces el que renuncia pierde el juego. Los de imaginacion meridional nos anuncian la aparicion de los frailes, de la inquisicion y de las calderas de Pedro Botero. Los tímidos se anonadan; los amigos solícitos van dando consejos á quien ni los pide ni los ha de menester. Se dice en voz alta que en la Bolsa reina el pánico, y en voz baja que en los cuarteles los sargentos están incomodados y que se ha repartido vino y cigarros á la tropa. Aparecen los caldereros sonando los candeleros por las calles, los organillos tocan la Marsellesa, alguna mano cobarde fija un pasquin

villano, y hay aquello de no salga usted de casa.. esta noche... mañana... á la salida de los toros.

Todas estas cosas no las creen los que las propalan; pero como á vueltas de tanto pícaro hay innumerables tontos, no faltan coristas obligados que con sus voces aumentan el ruido.

Aquí la opinion se forma conjugando. Dice uno, yo soy sabio, y todos siguen, tú eres sabio, aquel es sabio. En cuanto alguno esclame viene la reaccion, el verbo se conjugará por todos sus modos y en todos sus tiempos.

Mas la verdadera reaccion se presenta. Una revolucion lleva al mando al partido que se quejaba, y se desmorona lo existente, y se destituyen en masa corporaciones enteras, y se veja, se persigue, se destierra... pero guardaos de llamar á esto reaccion, llamádlo inocente desahogo, adelanto social, progreso. ¿Creeis que la misma palabra debe servir para explicar y definir la misma cosa? Pues no faltaba mas, que dijo el otro señor.

—Pobre país, dijo uno de los amigos, amedrentándote con espectros terroríficos, ó meciéndote en ilusiones engañosas, unos y otros te seducen, te desgobiernan y te explotan.

—Déjese usted de jermiadas.

—Ahora mismo se habla de reaccion, de planes reaccionarios. Se dice... y cuando se dice...

—Acabe usted por Dios.

—Que se aspira á la monarquía absoluta.

—¡Qué inocentada!

—Que se trata de reformar la Constitucion.

—¿Para qué? En momentos difíciles se echa un velo sobre la estatua de la ley.

—Que la libertad de imprenta va á ser coartada.

—Para hablar y escribir lo que agrade al que mande, siempre habrá suficiente libertad. Por lo demas, lo mismo muere la imprenta á manos de un jurado acomodaticio, que por los escesos de las turbas.

—Que las leyes, las mas venerandas leyes van á ser conculcadas.

—Ba, ba; desde el año ocho acá, no ha habido mas ley que la órden del dia.

—Que las elecciones van á ser ilegales.

—Ciceron nó sabia cómo los augures se podian mirar sin reirse. ¿Se puede hablar seriamente de esto?

—Que el país está disgustado.

—Mientras esté callado y pague, lo demas no importa.

—¿A dónde nos llevan?

—Adonde nos llevaron los demas.

—¿Por dónde saldremos?

—Por la ventana, si no se puede por la puerta.

—¿Qué será de nosotros?

—Lo que quieran los soldados.

—¿Y el poder civil?

—El poder civil representado por la magistratura venia á despertar á los militares de sus sueños de dominacion y de gloria. Un magistra-

do echó grillos á Hernán-Cortés; otro pidió cuentas al Gran Capitan.

—¿Pero qué será de nosotros?

—Lo que quieran los soldados, repito.

—Y si los soldados se desbordan.

—Ahí está Luis Napoleon para contenerlos.

—¡El propagandista de Italia!

—No tenga usted miedo, moverá la superficie; pero no agitará el fondo.

—¡Hacerse revolucionario!

—No tanto: es el gran campeón del orden Europeo.

—¿Usted no teme?

—Nada.

—Cuando empezaremos á temer.

—¡Ay amigos, cuando nos falte un Napoleon en Francia y otro en el bolsillo.



XV.

La hermana de la Caridad.

A principios de 1856 recorría las calles del duodécimo distrito de París, uno de los mas pobres, un entierro que salía de la calle de L'Épée des Bois, no lejos del Jardin Botánico. El cadáver encerrado en humilde féretro era conducido en el carro de la misericordia. Precedía la cruz, simbolo de la redencion, y seguía formando el acompañamiento el clero de varias feligresias, un mariscal de Francia, las autoridades del dis-

trito municipal, las hermanas de la Caridad y un número inmenso de obreros con sus blusas, y de mugeres con sus hijos en los brazos. Las ventanas estaban coronadas de gente, las calles obstruidas, todos los talleres habian suspendido su trabajo; todos los concurrentes tenian el sombrero en la mano con el mas profundo recogimiento; todas las mugeres lloraban, todos los niños levantaban sus manitas al cielo. El carro iba deteniéndose á cada paso: hombres y mugeres deseaban tocar al féretro un rosario, una medalla, ó un lienzo para conservar una reliquia, un recuerdo piadoso.

¿Quién es? ¿cómo en una ciudad en que solo se da culto al poder, se paga este tributo de respeto y de cariño á una persona humilde? ¿cómo en un pueblo descreido se postran ante la cruz que precede al cadáver? ¿cómo estas gentes materiales sienten, se enternecen, lloran? Nunca hubo un duelo tan general, tan espontáneo, tan inmenso. ¿Qué poderoso fué nunca tan profun-

damente sentido?... ¿Quién es?... Y una niña que estaba á nuestro lado, nos dijo.

— Sor Rosalía.

— ¿Y quién es Sor Rosalía?

— ¿Quién no sabe en Francia quién es Sor Rosalía? dijo un inválido que se hallaba cerca, con su pierna de palo y su blanco bigote.

— Perdonad, soy extranjero.

— ¡Y qué! ¿á vuestro país no ha llegado el nombre de Sor Rosalía?..

— ¡Ah! sí, es una hermana de la Caridad.

— ¡Una hermana de la Caridad! El ángel de la caridad, la muger que por mas de 50 años ha hecho mayores servicios al pobre y al desvalido, la heroína que ha salvado la vida á tantos desgraciados... Permitidme que calle y que dé rienda á mi dolor: mis ojos áridos y enjutos vuelven hoy á llenarse de lágrimas...

— Llorad, buen anciano, le digo, esas lágrimas os honran.

— ¿Cómo no quereis que lllore? replicó. Dos

veces me salvó la vida. ¡Si vierais!... Yo vestí el uniforme de los valientes, de los que morían y no se rendían. Mis compañeros cayeron á mi lado en la batalla del Monte San Juan... Herido, mal herido, fui trasportado á Francia... los cosacos habitaban en Paris... y lo que es peor franceses indignos los auxiliaban: yo, apoyado en mis muletas, pasaba un dia por este barrio.. «Matarle» gritaron, y me ví rodeado de furibundos, sin defensa, sin auxilio... Una voz se oye, la de un ángel. «¡Franceses, asesinareis á un valiente!... Abajo esas armas, y estrechándome entre sus brazos... *Bien: decia, quereis matarle, pues matadnos á los dos...* Era Sor Rosalía: las armas desaparecieron y la debí la vida... ¿Quién daba tanta fuerza á una débil muger?

—La caridad.

—Otra vez: el cólera afligia á Paris, los médicos insuficientes, la poblacion diezmada... Yo iba á morir sin consuelo y sin auxilio... Abro los ojos... ¿Sois vos, Sor Rosalía?—*Si hijo mio.*—

Huid de este lugar infecto.—¡Huir! ¿has huido tú alguna vez el día de la batalla? Estos son mis días de combate

Unas mugeres que estaban á nuestro lado tomaron parte en la conversacion. Una decia: á ella debemos la casa de espósitos, el hospital, las escuelas para los niños, los obradores para los pobres.—Cuando entraba en nuestras casas, decia otra, la paz y la ventura entraban con ella; era nuestra amiga, la madre de nuestros hijos, el médico de nuestras dolencias. Sí, decia una anciana: ¡nos visitaba, nos consolaba, nos socorria!

—¿Y qué prudencia? decian unos viejos, ¿qué consejo el suyo; quién resistia á su palabra vencedora?...

—¡Qué ingenio tan fecundo para buscar recursos, para interesar al rico en favor del pobre, para poner al desvalido al amparo del poderoso! esclamaban unos obreros, ¡cuán filantrópica!

—Os equivocais, no era filantrópica era cari-

tativa. La filantropía es una virtud humana, oficial: la caridad es la verdadera hija del cielo, divina.

—Teneis razon, me decia otro interlocutor. Por eso ella no solo ejercia la limosna sino la caridad. ¡Qué respeto á la desgracia! ¡Qué miramientos con el infortunio! Su óbolo no nos mortificaba, no nos envilecia. Era una madre que socorria á sus hijos; era la madrina que regalaba á sus ahijados, era una amiga...

¿Pero cómo se hallaba al mismo tiempo en todas partes? En las cárceles, en los hospitales, en la zahurda del pobre, en la casa del rico. ¡Qué abnegacion la suya! ¡qué ternura, qué compasion, qué bondad! ¿Quién daba fuerzas á una pobre muger anciana, estenuada, para tanto?

—El espíritu de Dios, contesté yo. Esa muger debia creer humildemente, esperar con confianza, amar con ternura.

—No os acordais, decian otros, ¿cómo atravesaba las barricadas en 1830, y 1848? El plomo

la respetaba. Dejádla pasar, decían aquellos furibundos, dejádla pasar... ya sabe á donde va. *Basta, decia, basta. ¿No tengo suficientes viudas y huérfanos de que cuidar?*

— ¡Con qué tranquilidad murió! ¡Y cuán triste es morir!

— ¡Pero cuán dulce el haber muerto de este modo! ¡Morir llorada por los pobres, bendecida por los pobres! ¡qué muerte tan feliz!

— Señor me gritaba el inválido, señor, reparad la cruz que lleva sobre su féretro. ¡Sor Rosalía era caballero de la legion de honor!

— También Napoleon el Grande condecoró con esta cruz á Sor Marta.

— El Emperador con vuestra compatriota la Emperatriz Eugenia, vino á visitar á Sor Rosalía á la calle de L'Epée de Bois... ¡Mas qué poco caso hacia ella de las vanidades del mundo! ¡Qué fé! ¡qué modestia! ¡qué recogimiento! ¿Y en España teneis tambien hermanas de la Caridad?

— ¡Pues no hemos de tener! ¡Y cómo nos

hacen ver lo poco que valemos! ¿Qué hombre tiene su denuedo?... ¡Tan débiles y tan fuertes! Para ellas no hay imposibles; cuanto mayor es la desgracia, mas tesoros despliega su caridad.

—Aquí las amamos mucho... ¡Cómo se portaron en Crimea!

—Yo siempre que en mi país veo una de esas mugeres admirables, me quito respetuosamente el sombrero, y si mandase haria que los soldados las presentasen las armas... ¿Y á dónde va el entierro?

—Al cementerio del Monte Parnaso.

—Pues vamos allá, mis buenos amigos. Yo tambien quiero orar por su descanso y echar sobre su ataud un puñado de tierra.

XVI.

Quiero ser diputado.

— ¿Tiene usted amigos en algun distrito electoral? Hay elecciones....

— ¿Y por dónde quiere usted venir?

— Por cualquier parte. Yo deseo representar el pais, no la localidad.

— Sí; pero es necesario fijarse. ¿Es usted conocido en algun punto? ¿Tiene usted nombre?

— ¡Cómo lo he de tener aún sino he sido diputado!

— ¿Influencia?

— ¡Cómo, sino he sido gobierno!

— ¿Se ha distinguido usted en las letras? ¿En las ciencias? ¿Tiene usted algun principio fecundo, alguna idea salvadora? ¿Representa usted la nobleza, la propiedad territorial, la industria, la.....?

— Vaya, usted sueña.

— Pero antes de lanzar su nombre á la palestra, antes de esponerse á sufrir una derrota, seria bueno que viese usted si disfruta la renta necesaria, y si tiene esperanza de triunfo.

— Bagatelas. La renta... me delato como tratante en carbon, comerciante en madera, fabricante de fósforos. Pago unos trimestres de subsidio... hombre, para todo hay bulas... hoy por tí mañana por mí, y como decia el médico de Moliere *Qu'il me passe mon emétique...*

— Lanzar su nombre...

— ¿Y qué vale mi nombre? ¿Quién le conoce? ¿Qué abuelos deshonro? ¿Qué hijos ofendo?

Vencido ó vencedor hago ruido, me doy á conocer y algo es algo.

— ¿Pero con qué elementos?

— Diré al gobierno (sea el que fuere) «que cuente conmigo, que sobre todo el *statu quo*: que el que se opone al gabinete se opone á la Constitución, á la legalidad, al orden.» Si me cree el gobierno y me prohija, aunque nadie me conozca en la provincia, aunque me llamen cunero, cuento con el Gobernador y el Secretario que visitarán los pueblos; con los alcaldes, con los celadores de montes, con la guardia civil, con el país oficial. Desenterramos antiguos expedientes de cuentas, destituimos á tres ó cuatro empleados, hacemos viajar á cuatro ó cinco electores, y si aun va mal, mudamos el distrito, ganamos la mesa de cualquier modo, y gritamos luego viva la legalidad, viva la libertad.

— Usted promete.

— Si el gobierno conociéndome no me protege, pensando que á lo mejor me declararía *inde-*

pendiente, hombre de conciencia, dejándole burlado y poniéndome á mirar el sol que amanece, levanto la bandera de oposicion, pongo una alocucioncita... « El gobierno es retrógado, digo, quiere órden : es caro porque las contribuciones crecen; nos lleva á la reforma, y la Nacion es tan próspera, tan feliz, tan llena de justicia y de moralidad que no necesita reforma alguna. Además, ¿qué tal seria ella cuando su mismo padre la llevó á la inclusa? Fuera quintas. Fuera puer-tas, fuera... » y alboroto la gente. Amigos oficio-sos me recomiendan, el comité trabaja, los bue-nos me apoyan; desde luego el boticario es de los míos, cuento con la gente terne, prometo empleos, y sobre todo fio el éxito á mi osadía.

— Usted promete ¿pero qué es usted en el mun-do para aspirar á la honra de representar á su país? ¿Qué sabe, qué puede, qué vale? ¿Cómo se atreve usted á entrar en el templo de la le-galidad por el postigo del fraude? ¿Qué va usted á hacer allí? ¿Para qué quiere usted ser di-

putado? ¿Tiene usted dotes de orador? ¿Tiene usted...?

— Amigo, el mundo ha cambiado esencialmente ¿se cree usted en los tiempos en que cuando hablaba un hombre de treinta años de la cosa pública solía decirsele por toda respuesta, ¡bá! ¿qué entenderá el mocoso? Ahora hay dos caminos para la honra y para el provecho: la prensa y la diputación. Si yo supiera escribir sería periodista ¡Bravo oficio! Escritor.... Publicista.... ¿No los ve usted poblar el congreso y el senado, los tribunales y las embajadas?

— ¿Pero cómo usted no sabe escribir?

— Sé hablar. ¡Es tan fácil ser orador político! Yo los conozco excelentes y ¡oh dolor! son tartamudos; con que figúrese usted lo que podré lucir. Aquello de *profesion de fé, moralidad, derechos imprescriptibles, respetabilidad, amor patrio, independencia, honor nacional* es de mucho relumbron y bien ó mal amasado hace su efecto. Los espectadores aplauden, el presidente agita

la campanilla.... Ya, ya me verá usted colocado en la tribuna ser el terror de los ministros, capitanear las huestes, hacer coaliciones y aspirar á los primeros puestos, al banco azul, al lecho de espinas.

—Usted delira.

—No lo crea usted, yo no voy á ser diputado modesto, trabajador en las comisiones y votante mudo ; no. Yo pienso callar los primeros dias, tomar el pulso á la situacion y levantarme á hablar cuando mi mision se limite á decir en voz alta lo que todo el mundo se dice al oido. Llevaré en el bolsillo la estadística del Congreso: tantos de oposicion, tantos del ministerio actual, tantos del futuro, tantos dudosos, tantos flotantes.

—¿Pero conoce usted las necesidades de la provincia?

—¿Y para qué? Aqui está todo por hacer. Si mi provincia es del litoral, de fijo necesita un puerto; si es interior y tiene rio, necesita un ca-

nal; sino tiene rio, ferro-carriles ó cuando menos grandes caminos y vias secundarias de comunicacion. Menos contribuciones, menos empleados, mas.... como en todas las provincias hace falta lo mismo no hay que estudiar mucho.

—De modo que los instintos de usted son de oposicion.

—Si, amigo; ningun ministro busca al diputado del gobierno, ninguno le adula, ninguno le teme. « Ese es de casa, lame la mano que le castiga, le contentaremos con poco, que tengan paciencia sus hijos, sus hermanos, sus sobrinos; hay atenciones mas urgentes. » El de oposicion es considerado, los embajadores le convidan á su mesa, el público le aplaude, suena su nombre en los corrillos, las damas lloran en las tribunas al escucharle y oye por donde quiera ese... ese.... va á ser pronto ministro. Además es muy fácil decir que los ministros lo hacen mal cuando no se les deja hacerlo bien. Y entre otras ventajas hay una que no tiene precio: el dipu-

tado ministerial es un agente de negocios, los electores le asedian. El diputado de la oposicion dice á sus comitentes, ¿no ven ustedes que voto en contra del gobierno? Paciencia; preparar la opinion á mi favor y cuando yo suba al ministerio entonces...!

Veo que usted lo va entendiendo.

Poco salon, mucha sala de conferencias, pocos discursos, muchos epigramas: aire satisfecho, miradas de intelijencia, algunos apretones de mano; gran olfato, gran oido, sentir nacer la yerba..., escoger bien el dia de la batalla y no dormirse despues de la victoria.

¿Pero cuales son las doctrinas de usted?

Está usted muy atrasado: está usted en J. Jacobo ó por lo menos en Benjamín ¡Doctrinas! Mire usted; los antiguos decian: el parlamento debe tener las llaves de la bolsa; cuando el pueblo vote sus tributos, estos no serán grandes. ¡Pobres escritores!

—Perdone usted. Ellos creyeron que el pue-

blo votaria los impuestos que habia de pagar; no que los empleados votarian el presupuesto que habian de consumir.

—¿No se ha sostenido que es corto el presupuesto de dos mil millones, y que debemos pagar á la moderna?

—Es cierto.

—Se decia que estos gobiernos eran de discusion y que las leyes anteriores eran los caprichos de un hombre solo. ¿Y ha visto usted discutir leyes?... Autorizacion para el código penal, para la ley de instruccion pública, para la ley de enjuiciamiento civil, para...

—Pero á veces, ¡qué debates tan animados, qué escenas de gran espectáculo!

—Sí señor: hay dias de batalla. El gobierno es el enemigo: si cede cae, si resiste disuelve y nuevas elecciones y nuevos conflictos y nuevas ambiciones. ¡Ay, amigo! la tela de Penélope. ¡Pero qué cosa mas bella! Viene de provincia un abogado sin negocios, dice cuatro cosas, y

al instante ministro de... de todo, por que los abogados así manejan la gracia y la justicia, como la hacienda, la gobernacion y el fomento. Llega un militar, y todo le viene estrecho.... guerra, estado, marina; y esto no tiene remedio.

— Sin embargo; prohíba usted que los empleados y los militares sean diputados. Exija usted gran riqueza territorial á los que vengan á representar el país. La alta milicia, el alto clero y la suprema magistratura tienen su asiento en el Senado.

— El país no lo consentirá.

— El país no lo constituyen doscientos hombres que gritan, sino diez y seis millones de personas que callan.

— Pues yo quiero á toda costa ser diputado, y luego ministro. ¿Cree usted que no haré un buen ministro?

— Lo ignoro.

— ¿No los ha conocido usted peores?

— Tal vez.

—¿ Y no se ha pasmado usted?

— ¡ Yo! La historia me enseña que el caballo de Calígula fué consul.... figúrese usted si estaré curado de espantos.



XVII.

El baile.

¿Vamos esta noche á casa de?...

—¿Y qué hay hoy? ¿Baile? ¿té? ¿chocolate?
¿rahout? ¿soiré? ¿se hace música?

—Hoy se baila. La esquila dice; **ON DANSERA.**

—¡Y en francés y todo!

—Allí estará la linda Marquesa de...

—Que parece un escuerzo.

—Y la Duquesa y la Condesita.

—Con su aire gitano.

—La simpática viuda... y un escuadron de
mamás, de tías y de venerables abuelas...

— ¿A qué irán esas señoras á los bailes? ¡Cuán bien las sentarian las tocas mongiles, la caja de tabaco y el rosario de cuentas gordas!

—Se conoce que vienes de provincia.

—¿En qué?

—Esas dueñas que quieres destinar á retiro y meditacion son las mas elegantes, las mas pintadas, las mas amables, las mas entrometidas, las mas escotadas, las mas jugadoras y las mas glotonas de la reunion.

—Pronto va á ser hora.

—¿Vamos?

—¡Hace tanto frio; se empieza tan tarde!... Aquí se exagera todo: en Francia estas reuniones empiezan temprano... En fin... vamos.

La escalera estaba poblada de tiestos, engalanada con espejos, cubierta de magnificas moquetas. Cien mecheros la iluminaban: veinte robustos astures ostentaban ricas libreas, cubiertas las callosas manos con guantes blancos de Dubost. Los dueños de la casa amables como

siempre, cariñosos como nunca, hacían los honores con indecible alegría. ¿Quién es ese? se decían á veces á media voz, advirtiendo algún intruso. Otras veces sufrían el tormento de las presentaciones.

La sala se llenaba de crinolinas: las flores de las jóvenes, los brillantes de las viejas, la rosada tez de las niñas, las almidonadas pechuguitas de las madres, todo estaba mezclado en confuso tropel y un escuadrón de jóvenes y ancianos representantes de la antigua y moderna sociedad, renuevos y restos, invadían los refulgentes salones. Suenan los instrumentos, el baile va á empezar.

—Ya sabe usted, Fany, que me debe un rigodon.

—Es verdad, se lo prometí á usted en casa del embajador; pero no puede ser.

—¿Por qué, señorita?

—Yo no bailo si no los lanceros.

—Hija, si ese baile es nuevo, si no lo saben

mas que las personas favorecidas de Terpsicore.

— ¿Pues qué quiere usted? Los lanceros. Búsqueme usted *vis á vis*.

—Si lo sabrá...

—¿Qué ha de saber esa fea?

—Tiene usted razon, las feas no saben bailar.

—Observe usted como viene vestida. ¡Jesus! la han vestido sus enemigos.

—Tiene usted razon.

—Y se conoce que hace frio., ¡qué vestido tan alto! parece una monja.

—Sobre eso diré á usted... Bien puede un pintor estudiar el desnudo. ¡Como tiene tan buen cutis.

—¡Buen cutis! ¿no ve usted el mejunge que se ha dado?

—Entiendo poco de pinturas. ¿Con que bailaremos?

—No sé.

—Está usted encantadora. Ese vestido gros

color de rosa la sienta á usted tan bien... ¡Qué adorno tan bello! ¿Es de Carolina, ó de la Petibon? ¡Qué *bouquet* tan admirable!... Está usted divina.

—¡Y bien que me hizo pasar la tal modista! Hasta las once no me llevó el traje, y la falda aun no está mas que hilvanada.

—¿Pues por qué no traje usted otro vestido? ¡El azul del otro día la sentaba á usted tan bien!

—¿Qué está usted diciendo? Dos días con el mismo vestido. ¡Qué horror!

—¿Bailamos ó no?

—Bailaremos.

—Es que no quisiera yo que Federico...

—No sea usted burlon.

En baile.

—¿Y quién es aquel señor viejo que ha tomado ya tres helados y que de cuando en cuando echa el lente á las muchachas?

—Es una ruina: ¡pobre señor! Causa inocente de grandes males.

— ¡Ay! ¡ ay! mire usted á Oteló, vestido de frac ¡ qué miedo!

—Ese es un personaje.

— ¡Quién lo había de presumir!

—Ahora me va usted á enseñar ese literato que mete tanto ruido.

—Véalo usted allí... no: el otro... ese...

—¿Y es periodista?

—Claro: ¿y quién no es hoy periodista? ¿Quién puede hoy ser algo sin ser periodista? Tenemos magistrados y militares periodistas, y dicen que habrá obispos del gremio.

—Y qué ha escrito ese mozo.

—Una comedia silbada, una zarzuela bostezada, versos diabólicos, y ahora...

—Ahora y toda la noche está al lado de aquella señora mayor. ¡ Qué gusto sacará!...

—Está contemplando sus brillantes...

— ¿Qué dice usted?

—Lo que usted oye.

—¿Y la poesía? y el idealismo? y...

—Amiga, el espíritu del siglo, como diría Martínez de la Rosa.

—Me da frío ver como baila aquel muchacho, tan encorvado, con tanta vulgaridad.

—Ese aprendió á bailar teniendo por pareja una silla...

—Gracias á Dios que se va desahogando la sala....

—Es que hace un rato que se ha abierto el buffet.

—Voy á buscar á mamá para que me lleve.

—No haga usted tal cosa; ya lo han tomado por asalto. Mire usted el pañuelo que trae aquella señora... para los nietos. Pues estos chicos...

— ¡Qué escándalo !

—No escrupulizan.

En esto volvió mi amigo. Abollado el sombrero, descompuesto el vestido, sin haber hallado donde sentarse, ni con quien bailar en toda la noche, deseaba vivamente dejar la deliciosa morada.

—¡Qué bullicio, me dijo, qué confusion! no se puede andar, ni menos bailar. Una comision de niños se apodera de los helados y de los dulces al entrar las bandejas, y la sala del ambigú es un *pandemonium*.

—Sin eso no seria brillante la reunion. ¿Qué te parecen las bellezas de la córte?

—Reniego de ellas.

—No ves lo bien vestidas que van.

—Lo que veo es que van bien desnudas.

—¡Qué finas!

—¡Y con qué apetito! ¡Vea usted! ¡aquí comen y digieren alambre como los avestruces y en su casa ¡cuánto dengue! ¡cuánto melindre!

—Mañana tienen día ocupado: hay que pedir para la Inclusa. ¡Damas de honor y mérito!

—Honor sí, mérito *comme ça, comme ça!*

—¡Con todo!

—No las viste en las tiendas de terliz vendiendo y rifando...

—Pobres señoras. ¿Quién las habrá engañado?

—La caridad.

—No tal: la caridad puede llevarlas á la boardilla del pobre á recibir las bendiciones de la desgracia; pero á vender bollos y licores, á pregonar como las placeras... á eso, jamás.

—Si la revolucion nos trae el socialismo ya tendrán oficio.

—Eso si. Pero dime; ¿no ves aquel escuadron como se va en desórden?...

—Ése es otro género: pertenecen á la partida del trueno. Han concluido el ambigú, y no hay monte, ni golfo, ni cientos, ni ecarté, ni el enano que ahora está en moda, y se marchan...

—Buen viage. Yo creí que habia concluido la falange de damas jugadoras...

—Es eterna.

—Tan amables con el que gana, tan solícitas para formar baca, ó compañía, con el afortunado jugador, tan distraidas que siempre se olvidaban...

—Quieres decir... aun hay semilla ; desgracia-

das! Nada saben, nada han aprendido en su juventud, nada valen, repelen en vez de atraer. La lectura no las divierte, la conversacion no las presta atractivo, la devocion en ellas es fórmula, la caridad pasatiempo, ¿qué han de hacer?

—Resignarse.

—Eres severo. Déjalas á las pobres y compadécelas.

—Sea: ahora se ha aristocratizado mas el baile.

—Es el buen momento: la noche avanza, han dejado el campo los que venian solo á hacerse presentes, los que venian á cenar y queda la gente de provecho.

—Sí; pero les va entrando el sueño á las mámas y dan la órden de retirada.

—Así parece.

—De modo que esto acaba cuando debia empezar.

—Es verdad.

—¿Pues á qué se va á un baile?

—A todo menos á bailar.

—¿Sabes á quien compadezco? A la señora de la casa, ¡qué cansada estará la pobre!

—Felicitémosla por su brillante fiesta y vámonos.

—¿Y mañana dónde?

—No faltará, vámos, vamos.



XVIII.

Todos pecadores.

Al ver el caos en que está envuelta la sociedad española nos preguntamos algunas veces ¿quién tiene la culpa? Y no con ánimo de acriminar al que la tuviere, ni de herirle y mortificarle, no; que no caben en pechos generosos tan ruines ideas. Examinamos lo bueno y lo malo de la antigua organizacion, que no somos ciegos adoradores de ídolos antiguos: examinamos lo bueno y lo malo del órden actual, porque tambien hallamos cosas buenas á vueltas de otras

funestas, y haciendo un análisis detenido, ó mejor dicho la anatomía del cuerpo social, el escalpelo nos revela el asiento del mal que debe producir necesariamente la muerte.

Hacemos completa abstracción de personas, ni un nombre propio se ocurre á nuestra mente. No calificamos intenciones, suponemos que todas serán rectas, que hay muchos caminos para llegar al bien; que pueden emplearse al efecto diversas fórmulas y que se puede servir á la patria de distintas maneras. Tolerantes con las personas no creemos que pueda volverse la vista atrás, ni desconocemos el gran trabajo que obra el tiempo creando y deshaciendo elementos; ni somos tan candorosos que opinemos que pueden revivir algunas de las instituciones que nacieron y florecieron lozanas en condiciones diversas y que hoy no podrían tener vida propia.

Tres elementos deben quedar fuera de discusión, la Religión de nuestros padres, el trono de nuestros Reyes, la propiedad. Deseamos que

se conserve la fé mas ortodoxa y la sumision al gefe de la Iglesia; y alta posicion, decoro y rentas para el clero. Deseariamos que los hombres instruidos de nuestro clero depusiesen la modestia que les obliga á ser la luz debajo del celemin y que nos diesen ejemplos de sabiduria al par que de ilustrada piedad. Los tiempos son dificiles y el clero para ejercer dignamente su mision necesita ser santo y ser sabio. El clero de España fué el elemento civilizador, y en los concilios de Toledo y en toda nuestra historia pueden verse gloriosas páginas que deben servir de enseñanza, de ejemplo, de admiracion.

El trono, puerto á donde tienen que acudir las naciones en su naufragio, debe mirarse como una institucion salvadora y debe ser enaltecido y respetado. Mas á la par que deben robustecerse sus derechos, deben los Reyes conocer sus obligaciones. Hoy es grave carga reinar. Los Reyes no son gefes de partido, se deben á su pueblo y necesitan ser el modelo, el dechado, el

ejemplo de todo lo bueno. ¡Ay del pueblo que tiene malos Reyes! ¡Ay de los Reyes que no saben, no quieren ó no pueden hacerse amar y respetar de sus pueblos!

La propiedad... sin propiedad no hay familia, y sin familia no hay Estado. Acojemos la voz propiedad en su acepcion mas lata desde el dominio del suelo hasta la emision de la idea; mas sujetamos estas propiedades á los eternos principios de justicia, á la ley moral, á la ley civil.

Ibamos continuando en estas reflexiones cuando entran en nuestra estancia varios amigos. Uno cesante, de buen criterio, de corto estudio, de sano corazon. El otro mas leido que ilustrado se creia capaz de arreglar el mundo de una pluma. Mas liberal hoy que ayer, despreciador de lo antiguo, murmurador de lo presente y esperándolo todo del porvenir, tenia regular fondo y mejor corazon que cabeza. El otro... mas dejémoslos hablar y nos dirán quien son.

La vista de un periódico y el recuerdo de uno

de sus anteriores artículos escitaron una conversacion muy animada. Hechos mal observados, incompleto juicio, viciado criterio, calor, recriminaciones, ódios mal apagados fueron animando la conversacion hasta el punto de tener que mediar en el debate, y de echar mi peso, que no es poco, en la balanza.

Orden, señores, les dije. Al orden. ¿No hay bastantes miserias? Usted, señor avanzado, ¿no conoce lo bien parados que nos tienen? y usted, señor retrógrado, ¿no vé la culpa que aquellos gobiernos tuvieron y que por su falta de juicio caimos en el abismo?

—Es que nosotros no tenemos la culpa, dijo el absolutista.

—La tendremos nosotros, replicó el liberal con sarcástica sonrisa.

—Ustedes hicieron maravillas.

—Y ustedes hacen milagros.

—Orden, volví á decir, ó levanto la sesion.

Apaciguóse un poco aquella gente, quise dar

otro giro á la conversacion... en vano. No se pueden reunir tres españoles sin tratar de la cosa pública y sin tener tres opiniones sobre ella. ¡ Feliz situacion !

—Vaya, señores, les dije, la peor política la de las recriminaciones, el peor consejero la pasión.

—Si no puede ser: si esta gente, dijo el avanzado, está siempre soñando con las ollas de Egipto. No conocen el desarrollo, el movimiento de la época; porque están sujetos con un fuerte clavo al mundo se creen inmóviles, y no comprenden que, aunque no quieran, tienen que girar con él.

—Y usted, amigo, no cabe en el mundo, niega usted los principios, combate todo lo existente, conculca el orden, no reconoce la sociedad, destruye los vínculos de la familia, delira cuando habla, destruye cuando obra.

—Yo reconozco la ley del mundo, el progreso.

—No: la anarquía en todo.

—Ustedes han querido detener la máquina y

la han hecho correr con mayor velocidad.

—Ustedes han forzado el movimiento y no pueden detenerla cuando llega al precipicio.

—Ustedes tienen la culpa.

—No, sino ustedes; y si no, de buena fé, que lo diga, que lo diga el señor.

—Interpelado de este modo contesté: yo creo que todos, todos pecadores; el que esté sin pecado que tire la primera piedra.

—La antigua monarquía, dijo el uno.

—La antigua monarquía deseaba el bien, tenía recta intencion... mas bien recta intencion que luces. El último monarca, despues de una guerra de seis años, en un país empobrecido, dividido, trabajado por las intrigas de Francia é Inglaterra, con sediciones que contener, con una emigracion amenazante, hizo mucho abriendo las fuentes de la prosperidad pública y dando la paz al país.

—Eso digo yo, repuso el absolutista entusiasmado.

—Cuidado, contesté, que entonces habia tambien desórden moral, camarillas, caprichos de un hombre solo, lucha intestina. Faltaban base, sistema y principios. La fuerza de aquel gobierno era la obediencia pasiva, su brazo el ejército... y se oponian á la obediencia pasiva la fuerza de inercia y á la subordinacion militar las insurrecciones. De cuando en cuando se veian al lado del último monarca hombres de gobierno: Garay, Salazar, Ballesteros, Ofalia... pero otras veces, ¡cuánto ignorante!

—Pues yo y muchos apreciábamos aquel gobierno, dijo el absolutista.

—Pasion no quita conocimiento. Además, ¿es usted responsable de lo malo que haya sucedido? Aplauda usted lo mucho bueno que hizo y que estaba en ánimo de hacer; pero conozca usted que tenia sus defectos. No es por ellos por lo que merece aplauso sino á pesar de ellos. Lo exiguo de los presupuestos, el fomento á las artes, la ley de minas, la esposicion de la indus-

tria, el canal de Castilla... Entonces se iba consolidando el orden público, se iban estinguendo los ódios y se reconstruía la patria que se habia desmoronado. Mas luego retoñaron las malas pasiones, la revolucion francesa, el espiritu de propaganda, la enfermedad del Rey.

—Entonces nosotros, dijo el avanzado, salvamos el trono...

—¡Ka! no señor; entonces se comprometió el trono. Se buscó un partido para enaltecerlo, se persiguió á otra gente, y la ley de la conservacion hizo nacer diferencias, clasificaciones, hostilidad abierta. Se deshacian clases enteras, se agraviaba á leales servidores, se empujaba á la insurreccion á hombres pacíficos, se desesperaba á otros, se dejaba sin pan á la mitad del pais oficial, y ¿qué habian de hacer? ¿Qué hubiera usted hecho?... ¡Cuánta imprudencia!

— ¿Pero usted cree que sin las persecuciones no hubiera habido guerra civil?

—Lo creo.

— ¿Y la cuestion dinástica?

— Se hubiera resuelto pacíficamente en un Congreso: se hubiera buscado una convinacion, una fusion, un enlace; y no hubiera habido ni cuestion dinástica, y menos cuestion social y menos guerra civil.

— ¡Cuánta sangre se hubiera evitado, dijo el retrógrado! ¡Cuánta perturbacion!

— ¡Qué heroismo el de nuestro ejército, dijo el progresista!

— ¿Pues y los nuestros? contestó el absolutista.

— Basta, amigos, basta... todos pecadores. Rogaria á ustedes que abandonasen el terreno en que se han colocado y viesen la cuestion desde mayor altura. Que viesen el mal que nos aqueja y qué causas lo originan, y cuál su estension; cuáles serán las consecuencias para el país, cómo podrian conjurarse, qué valor tienen las panaceas de los empiricos, hasta donde puede entrar en la organizacion social el elemento anti-

guo; qué modo, suave, elástico, flexible, pudiera usarse para que todo se hiciera con pulso, con meditacion, con deseo del bien, con verdadero patriotismo. La vida de las naciones es mas larga que la nuestra que se nos escapa por instantes. Se está operando un trabajo de reconstruccion social, y con una política noble y elevada, con la union sincera de todos los españoles, con legalidad y libertad verdaderas puede salvarse el país. Aun quedan estensos horizontes...

—No los veo, dijo el absolutista.

—El que hubiese vivido siempre en los desfiladeros de Pancorbo no sospecharia que existiesen las llanuras de Castilla; y sin embargo las tiene bien cerca.

Dejen ustedes cuestiones candentes... todo eso pertenece á la historia. Los agravios deben encerrarse en lo mas hondo del pecho y se les debe decir: callaos, que el interés y el honor de mi país exigen este sacrificio. Si la nacion ha

de existir con vida propia es necesario reconstruirla. Hay que edificar sobre una base muy ancha en que todos quepan. Buena fé en los que manden, buena fé en los que obedezcan, no volver la vista atrás y confesar que todos, todos pecadores.

Y ustedes, señores, que están callados ¿no creen que en sus respectivas clases hay mucho que hacer? Usted, señor Canónigo, usted, señor Marqués, y usted que anda siempre al rededor del trono, ¿no convienen ustedes en la exactitud de mis juicios?

—Yo diré á usted, contestó el título de Castilla. Hasta tanto que los nobles no ocupen su alta posición, y no sean la clase que rodee al trono y reciba esplendor de él, no haremos nada. Esa aristocracia del dinero, esa democracia, esos abogadillos...

—Pues podrá quejarse la nobleza, dijo el progresista. El estamento de Próceres en tiempo del Estatuto, y el derecho propio á sentarse en

la alta cámara dieron existencia política é influencia en los negocios públicos á los que antes se contentaban con ser satélites de astros superiores, con dar la camisa á los Reyes, llevar la palmatoria y ocupar las antesalas.

— ¡Pobres señores! dijo el absolutista. Privados de sus señoríos, de su jurisdiccion, de los diezmos, de las alcabalas; obligados á presentar sus títulos, á litigar desposeidos, viendo puesta en duda su propiedad, menospreciada la antigua posesion, rechazada la prescripcion inmemorial, vejados por los pueblos, atropellados por los fiscales son como las pirámides, tuvieron mucha base y acabarán en punta.

Ademas, dijo el noble, ¿Qué seremos dentro de dos generaciones? Hoy somos todavia grandes propietarios territoriales; pero ¿qué seremos cuando una y otra particion fraccionen nuestras casas? ¿No será ridiculo ver á los descendientes de los Cerdas, ó de los Girones reducidos á oficinistas ó artesanos? ¿Cuanto pesarán

entonces los ilustres nombres! ;Cómo abrumarán gloriosos títulos que no pueden ser llevados dignamente!... Este dia será de triunfo para los contratistas que serán la nobleza titulada y sin ascendientes, es verdad, sin historia, sin gloriosos recuerdos, asaltarán las primeras posiciones. ¿Cómo ganaron sus títulos nuestro ricos-omes? Dando botes de lanza, venciendo á los moros, ayudando á la reconquista del país.... ¿y esos otros?

—Esos otros, dijo el progresista, contratando el suministro del soldado, haciendo....

Basta, grité yo con voz imperiosa. ¿Y á usted señor Canónigo, que le parece?

—Que la nobleza se vá; carece de vida propia, no respeta sus blasones, vende las ilustres casas de sus mayores. El noble en provincia es un ente despegado de la sociedad, viviendo en una mala atmósfera, aislado entre los suyos, vano, altanero, despreciador de los demás y no conociendo la sociedad en que se halla ni las exigencias de la

época. El noble en la corte es fácil, blando, maleable, ; y estos han de contribuir á hacer las leyes ! ; Y estos han de ser legisladores mientras vivan ! ; Y han de ser los que estén entre el pueblo y el trono ! ; Cual es su poder , su influencia , sus medios ?

—Algunos han comprendido el espíritu del siglo y se han hecho liberales, dijo el progresista.

— ¡ Liberales con medias de seda ! replicó el absolutista.

—Pues los hay.

—Tambien hay locos que se suicidan.

—No estoy lejos de convenir , exclamé yo , en que la nobleza se va. Que se respete y será respetada; pero necesita reorganizacion pronta, para utilizar en bien del pais el corto influjo que la resta. Ignoran lo que pueden ser.... Con todo conozco muchas honrosas escepciones y sugetos muy respetables y muy dignos.... Conviene educarla, inspirarla ideas generosas , hacerla que ocupe los primeros puestos en la Iglesia , en la

toga, en las armas, en la diplomacia. Unan mérito propio al mérito de sus abuelos; que se hagan respetar por sus virtudes, por sus talentos; que hagan el bien desde alto; que sean un cuerpo, una clase, y que se convenzan de que no son una casta, sino una institucion. Sobre todo que sean españoles y que no importen los vicios de otros países sin traernos sus virtudes; que no se afeminen en educacion raquítica y que los sucesores de Villandrando y de Paredes no sean engendros miserables,

Rama enfermiza de lozano tronco.

—No es nada amigo lo que usted pide, dijo el Canónigo.

—Pues sino se conforman con eso, sino reconocen que deben mirar como modelo, en algunas cosas no en todo, á la aristocracia inglesa, que se resignen á ver rasgadas las banderas de sus familias y á ser sustituidos por hombres

parvenus, llovidos de las nubes, hijos de la ambición y no del mérito.

Es necesario que recuerden que han contribuido al mal y qué.... todos, todos pecadores.

— ¡ Pobres ricos!.... Esclamó el Canónigo.

— ¿ Pues qué, padre, dijo el Marqués, se creen ustedes mejor parados? Desde que concluyeron las comunidades religiosas ¿ qué obras ha publicado el clero? ¿ en qué se ha distinguido? ¿ qué influjo ha tenido en el gobierno? ¿ qué ascendiente en las masas? ¿ Digamelo usted?

— Con todo, dijo, el liberal, yo conozco mas de un cura progresista.

— No hable usted de eso, replicó el retrógrado, De cura liberal y de muger patriota abrenuncio.

— Señores, dijo el Canónigo, ya ven ustedes el estado á que se halla reducida la Iglesia, las mezquinas dotaciones, la falta de operarios. Dias mas serenos, tiempos mas bonancibles traerán otra cosa.

— Esas son palabras blandas que no me conven-

cen, dijo el Marqués. He oído á hombres sabios que el episcopado debe ponerse de acuerdo, acabar de establecer los Seminarios, procurar que en ellos se dé una educacion cristiana, científica, igual en todos. Preparar á los alumnos no solo para su propia santificacion, sino para la de los demás; enriquezerlos con la doctrina del Evangelio y con el estudio de las ciencias, demostrándoles que estas, bien aprendidas, son el mayor comprobante de los libros sagrados. Hacerlos fuertes en la controversia, que es hoy indispensable; alejar de su corazon toda idea de enriquecimiento y llenarlos de la mas pura de la mas ardiente caridad. Hacerles conocer el mundo en que viven, darles buena educacion, maneras distinguidas, y que los hallemos dignos en los régios alcázares, y dignos en las zahurdas de los pobres. ¿No le parece á usted, señor Canónigo?

—Yo creo, dijo este, qué tal es el espíritu de nuestro episcopado. Prelados ilustres, y miembros respetables de ambos cleros existen, que

figurarian dignamente al lado de Monseñor Wisman, y que...

—Lo sé... los conozco... los respeto, dije... En cuanto á la gobernacion del país deseo que tengan la influencia que les corresponde. La mision del clero es que todos creamos, que nos moralicemos, que nos santifiquemos, que el pueblo obedezca á las autoridades constituidas, que sea tolerante, sufrido, sumiso; y para eso no basta predicar con la voz, hay que predicar con el ejemplo. Sé que es una clase muy digna y muy respetable; pero quisiera que fuese una institucion poderosa y sobre todo muy disciplinada, porque sino, repito mi antiguo tema... ¡Todos pecadores...! Es necesario estar prevenidos, amenazan malos días, el protestantismo asoma la cabeza, la libertad de cultos no estará lejana... Caridad, virtud, ciencia, abnegacion.

—¿Y qué dice usted del trono? preguntó el cortesano ¡Qué buenos señores! ¡Qué amables!

—Hoy los monarcas deben estar sobre el

quien vive, no promover ó provocar imprudentes crisis, no acariciar ni repeler á los partidos, no jugar con fuego, conocer bien las personas y las cosas, y unir á las virtudes privadas las virtudes públicas: gran corazon, ánimo entero, amor al trabajo, anhelo por el bien, y sincero deseo de la felicidad general. Acciones nobles, pensamientos elevados, ejemplos sublimes. Conocimiento de la posicion en que Dios les ha colocado para no permitir que nadie la invada y la menoscabe; y no olvidar que el Rey del cielo ayuda á los reyes de la tierra cuando marchan por el sendero de la justicia y le piden humildemente el don de gobierno. Sino lo hacen así, todos pecadores.

—¿Y usted cree que con estos medios se alcanzaria algo? ¿Y no nos habla usted de la tabla de derechos, ni de la constitucion, ni del parlamentarismo? dijo el del progreso.

Ya diré á usted lo que hay de cierto, lo que hay de no bien explicado, ó no bien entendido,

y lo que hay de falso que no es poco. Entonces comprenderá usted que todas esas clasificaciones, todos esos apodosos que se lanzan unos y otros á la cara, son medios villanos de exclusion para alejar á muchos de la mesa del presupuesto y tocar á mas repartiendo entre pocos.... Si hubiese un destino de 40,000 reales para cada español ¡ qué pocos partidos habria! Ya á nadie se hace el bú con ideas terroríficas... á lo que aspiran las oposiciones es al mando. Pero ya es tarde, otro dia....

Nos damos por invitados para otra reunion, dijeron todos los concurrentes.

— Me voy á Palacio, dijo el cortesano.

— Y yo al congreso replicó el patriota.

— Y yo á misa, dijo el absolutista.

Fuéronse en efecto.

— ¿Hasta cuando, me dijeron el marqués y el cura?

Señores, ustedes los que representan clases privilegiadas no olviden la conversacion de hoy.

Si el trono es fuerte, la nobleza ilustrada y el clero virtuoso y sabio, mucho se conseguirá aun. El trono fuerte pondrá á cada uno á su nivel, estará sobre todos; los nobles se captarán el respeto del pueblo, y el clero le hará religioso, sufrido, trabajador, tolerante.

No olviden ustedes que existe una inmensa revolucion en las ideas, en las instituciones, en las costumbres; que hay cuestiones árduas, candentes, que afectan al orden moral y al orden político, difíciles de plantear, mas difíciles aun de resolver. Los cambios de gobierno, tanto en las personas como en las formas no los miren ustedes sino como fases diversas, y términos del mismo problema. El mal es muy hondo.... reconoce por principio la negacion de la idea católica, y se necesita grande estudio, sería meditacion, abandono de toda idea y de todo interes de partido para comprenderlo bien.

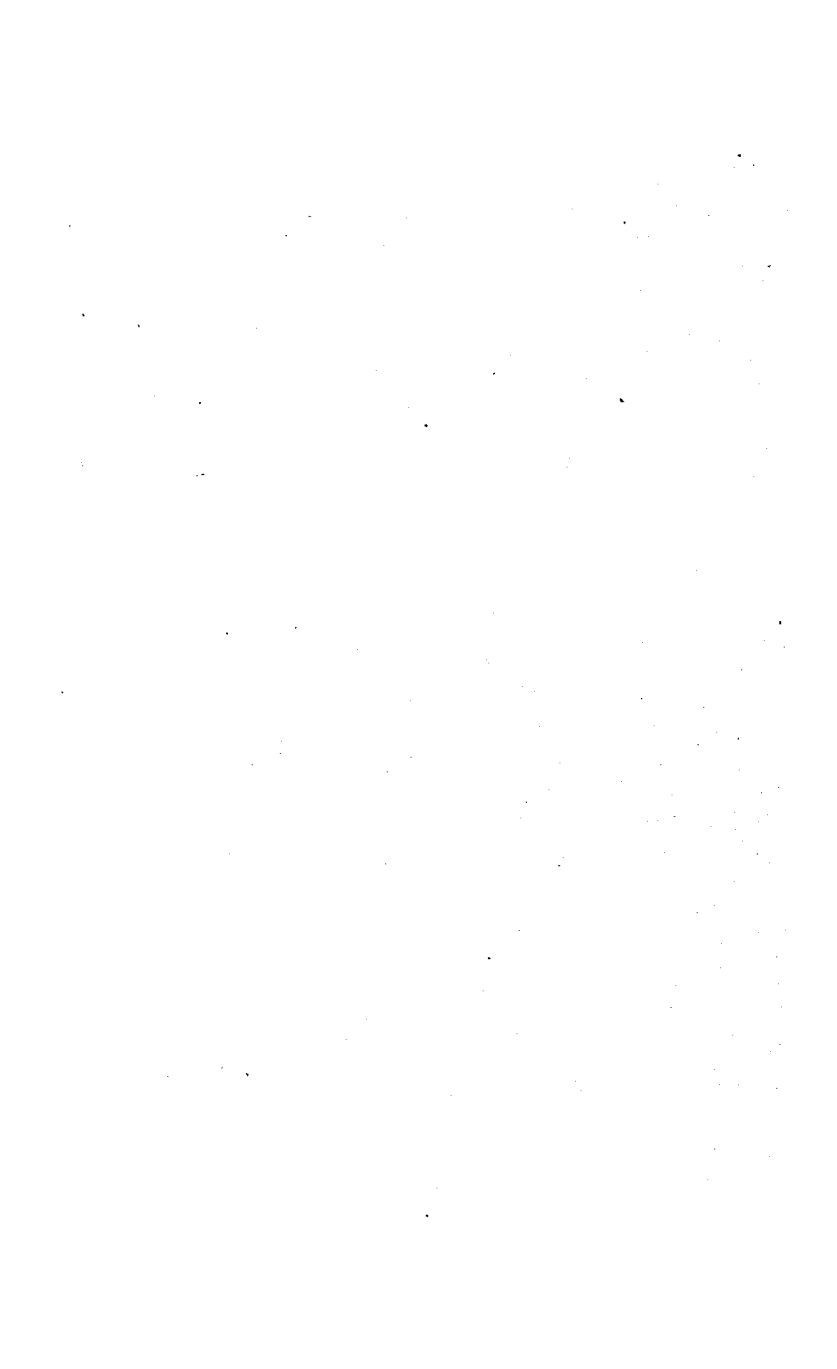
Desconfien ustedes de los vendedores de elixires políticos, de los que dicen que saben pala-

bras mágicas para transformar la condicion de los hombres en el mundo; y sobre todo de los sofistas que quieren *tromper la raison par le raisonnement*.

Siempre habrá elementos de disolucion, heces que cuando fermentan los líquidos suben á lo alto... pero.... tolerancia con todos.... que todos, todos pecadores.



DISCURSOS ACADÉMICOS.



DISCURSO

en contestacion al que leyó el Excmo. Sr D. Felipe Canga Argüelles, sobre institutos monásticos, al tomar posesion de la plaza de individuo de número de la Academia de la Historia, en la sesion pública celebrada el 16 de Mayo de 1852.

SEÑORES:

El individuo que acaba de dirigirnos su voz tenia antiguos títulos á la consideracion de la Academia. Hacia muchos años que era Académico correspondiente, habia prestado servicios á las letras y enriquecido nuestros archivos con documentos interesantes. Representaba á su distinguido padre, uno de los mas asíduos, mas celosos y mas doctos Académicos, que supo conquis-

tar un nombre ilustre en la hacienda y en la literatura. Y como si tantos títulos no fueran suficientes para entrar en este recinto, dispensó uno de los servicios mas importantes á las letras, contribuyendo á conservar los restos de los archivos de los monasterios y conventos, que se custodian hoy en la Academia, y que fomentarán la ilustracion pública.

Notable ha sido, señores, que el nuevo Académico, que ha podido apreciar mejor que nadie las ventajas ó inconvenientes de los institutos monásticos, nos haya recordado los servicios que prestaron á la sociedad, á las letras y á las ciencias. No ha entrado en su propósito considerarlos como creados por la Providencia para los altos fines de la santificacion de los hombres. En este día, en este sitio y con esta ocasion, teniendo que hablar del mismo asunto, me limitaré al exámen de los beneficios que debió España á los institutos monásticos en los siglos medios y en el siglo XVI, tanto bajo el aspecto social, como

hajo el aspecto literario. Magnífica tésis, que no puede encerrarse en un corto espacio sin reducir y achicar sus proporciones.

Para la primera época conviene que demos una rápida ojeada á una parte de aquellos tiempos, que por su oscuridad é importancia son hoy objeto preferente del estudio de los literatos. Habia pasado la civilizacion romana; los godos fueron á su vez reemplazados por los sarracenos. Existia un pensamiento dominante: la guerra. Enmudecian las letras, y el entendimiento humano habia retrogradado. El poder Real débil, fraccionado, subdividido; la aristocr cia orgullosa y prepotente; la clase media sin existencia fija; el pueblo atado al terreno 6 siguiendo la mesnada del señor. El idioma era informe, el papiro egipcio se habia perdido, y no se habia inventado, 6 por lo menos introducido, el papel de lino ni de algod6n: los escasos c6dices estaban solo al alcance de los ricos. Hallábanse localizados los hombres á sus pueblos por una le-

gislacion que apenas salia del recinto de sus muros, y no existiendo la brújula ni la imprenta, no habia quien dirigiese los rumbos de los mares ni los rumbos de la inteligencia.

Concluia una civilizacion para dar lugar á otra tan diversa de la antigua como de la presente; mas se iba operando lentamente un trabajo de reconstruccion social, y todos los rayos convergian á este foco. Y si la misma guerra civilizaba uniendo hombres de varios pueblos, de diversas costumbres, de distintas creencias, depositando la idea comun que debia florecer mas tarde, ¿no será licito colocar entre los elementos civilizadores á los institutos monásticos, que representaron la mansedumbre en épocas de fiereza, la ilustracion en tiempos de ignorancia?

Quando una institucion nace espontánea en un país, es porque el país la necesita, ó por lo menos, porque está dispuesto para recibirla; pues las ideas, á la manera de las plantas, no germinan cuando no está el suelo bien preparado

para sustentárselas. Cuando los hechos están en armonía con el principio lógico de las ideas, se generalizan en la opinion, se robustecen, viven. ¿Y negaremos que estaban los institutos monásticos en armonía con las necesidades sociales?

Ya hemos visto la anarquía feudal, la prepotencia de los señores, el abatimiento del pueblo. Pues bien: en esa época el espíritu religioso hizo florecer unos establecimientos en que desapareció la diferencia de clases, que igualaron al señor con el siervo, al rico con el pobre, y que confundían al noble y al pechero cuando los cubrían con el sayal ó la cogulla.

En medio de un mundo aristocrático habia una necesidad social de que existiese un elemento democrático; y si el estado llano pudo librarse del yugo de los señores, si pudo tener existencia política, consideracion social é influencia legítima, se debió á las órdenes monásticas, que entraron por mucho en los elementos de civilizacion de aquellos siglos. Predicaban la igual-

dad, haciendo ver con el Evangelio que todos los hombres son hijos de un padre, miembros de una familia, sucesores de una herencia. Profesaban la igualdad en su acepcion mas genuina, y hacian aplicacion práctica del principio á su gobierno interior, eligiendo de la manera mas popular y democrática sus prelados y jefes.

Los hombres que habian labrado la tierra; que habian agrupado á su alrededor una poblacion nueva; que habian llenado el desierto de colonos, que dispensaban á los pobres pan, á los enfermos salud, bien merecian el respeto y el amor de los pueblos. A los templos acudia el esclavo fugitivo de su señor; al pié de los altares se hacian las manumisiones; ante los monjes se otorgaban los contratos, que se custodiaban en sus archivos: y en la lucha eterna entre los pobres y los ricos, siempre estaban los monjes al lado del menesteroso, como representantes de una religion en que son bienaventurados los que lloran.

Era necesario abatir el elemento aristocrático, fuerte por su poder y su riqueza, y vemos fuertes y ricos á muchos de estos centros, con sus vasallos y sus siervos, y vemos apetecer mas el vasallaje del monasterio que el de los señores, prefiriendo al régimen feudal el régimen de los monjes. Ocupaban estos un lugar distinguido, ya en los concilios y asambleas nacionales, ya en los consejos de los príncipes; eran influyentes, porque siempre el espíritu manda á la materia y la ciencia á la ignorancia; pero su influencia, como la de todo el sacerdocio, sirvió para dulcificar la suerte de la humanidad. Conservaban la pureza de la fé en medio del judaismo, entonces tolerado, y del mahometismo aborrecido; y bastará recordar la tregua de Dios para ver cuántas dificultades habria que vencer para apagar los rencores, extinguir los odios y desarmar las venganzas.

La caridad es muy fecunda, muy ingeniosa. Así vemos que para cada necesidad social nacia

un nuevo instituto. ¿Había que librar de bandidos el camino del Santo Sepulcro y facilitar el peregrinaje á Jerusalem? Nace en el siglo XII la orden del Temple. ¿Invaden los moros el territorio castellano ganado con tanta sangre? Para defender á Calatrava habia en el mismo siglo monjes del Cister, y surgia el pensamiento de las órdenes militares. ¿Las potencias berberiscas apresaban en los mares y talaban en sus rebatos y algaradas las costas, cautivando los habitantes? Pues en este siglo y el siguiente nacieron las dos órdenes redentoras, que tantos servicios prestaron á la humanidad. Donde se necesitaba un auxilio nacia un instituto; y el peregrino, y el enfermo, y el huérfano abandonados de la sociedad, encontraron un albergue, un médico, un padre.

Negar que estos institutos satisfacian las necesidades de la época, que contribuyeron á la civilizacion y á la cultura, y que bajo el aspecto social y humanitario prestaron eminentes servi-

cios á la sociedad , seria negar la evidencia; y con justicia se los considera como elementos de civilizacion , siquiera se los despoje de la parte religiosa , siquiera se los mire solamente bajo el aspecto filosófico.

Empero el mundo , que les debió la libertad, les debió tambien la ciencia. ¿A qué estaba reducida la ciencia en aquellos siglos? ¿Qué se sabia? ¿Quién lo sabia? ¿Cómo se propagaba? Hé aquí, señores, cuestiones que merecian por su importancia una discusion especial; pero que no puedo tratar , conociendo la índole de mi discurso y la necesidad de ser breve.

En filosofia aun no habíamos debido á los árabes las obras de Aristóteles ; en legislacion eran tan desconocidas las Pandectas , que se atribuyó su reaparicion á un hallazgo ; en literatura estaban casi olvidadas las lenguas de Grecia y Lacio. Las ciencias matemáticas , la física , la química eran mundos que aun no se habian descubierto : las artes no empezaron á alborear

nasta despues de las últimas cruzadas.

Habia que emigrar en busca de la ciencia: las escuelas de Paris y Bolonia brillaban en el conocimiento de lo que entonces se cultivaba, de los estudios eclesiásticos; y la fama de Pedro Lombardo en Paris, y de Graciano en Bolonia, se habia derramado por las demás naciones, y habia atraído discípulos de todos los países. Allí brillaron distinguidos monjes españoles, que volvieron á su patria, y á ejemplo de aquellas escuelas se crearon las universidades de Salamanca en 1200, de Alcalá en 1293, de Lérida en 1300, de Valladolid en 1346.

Dado el impulso á las ideas, su estension y su perfeccion son obra del tiempo. El entendimiento humano, destello del Criador, no conoce límites: cuando empieza á caminar cede á la fuerza que le impele, crece con las dificultades, supera todos los obstáculos, y anhela nuevas tierras á donde dirigir sus pacíficas conquistas. Dése la antorcha del analisis, dése el espíritu de re-

tramiento y de estudio, y brillarán uno en pos de otro todos los ramos del saber.

Mas antes de empezar la obra es preciso allegar materiales, y este es el primer servicio literario que debe el mundo á los institutos monásticos. Sabemos que la iglesia de Jerusalem conservaba una copiosa biblioteca; que la de Hipona, en Africa, poseia una excelente coleccion de códices, cuya custodia recomendaba San Agustin al tiempo de su muerte; y con estos ejemplos no es estraño que desde el principio comprendieran los monjes su mision conservadora. En los claustros se refugiaron los pocos hombres que sabian escribir, y allí se hicieron esas copias que pueblan el mundo. Y si se conservaron los clásicos griegos y latinos, y las obras de los Padres, y los concilios, es porque fueron librados por ellos de la devastacion y de la ruina. Es cierto que muchos códices de autores del siglo de Augusto sirvieron para que sobre ellos se escribiesen antifonarios y libros de

coro : ¿y qué prueba esto, señores? La escepcion, no la regla; el error del individuo, no el de la clase. Y qué, ¿no se ha abusado tambien por el contrario? Un testigo irrecusable, Mr. Guizot, nos dice que tambien fueron borradas las obras de San Agustin para escribir encima los versos de Horacio y de Virgilio.

Este argumento se ha reproducido bajo mil formas para combatir el hecho histórico mas averiguado que existe, á saber: que la Iglesia católica ha sido siempre amante de la ilustracion, y la ha fomentado en todos los ramos y en todos los tiempos. Plugo á la Reforma ponerlo en duda; mas en vano. La Iglesia resucitó las letras fundando gimnasios, elevó las ciencias, buscó en el seno de la tierra las obras de las artes, y para usar de las palabras de Mr. Audin, en su célebre historia de Leon X, «ofreció los muros de la Sixtina á los primeros pintores del orbe; construyó en Roma un palacio para los libros, otro para las estátuas, otro para los cua-

dros: buscó mas allá de los mares las obras de los escritores antiguos, y resucitó la lengua de David, y la de Homero, y la de Virgilio.»

Mas volvamos á nuestro propósito. Cumpliendo su mision conservadora, custodiaban los restos de la antigüedad griega y romana, y cediendo al impulso natural en el hombre, depositaban sus propias ideas. Los sucesos que pasaban á su vista iban á perderse para siempre, y cuidaron de dejarlos consignados. La historia de las primitivas civilizaciones siempre es pobre y grosera: refiere hechos; no los comenta; no los ilustra. Así, segun el testimonio de Ciceron, se escribieron los primeros sucesos de la historia griega. Cuando se perdieron las letras, empezaron así todas las historias de los pueblos modernos, y así debia empezar la nuestra. El entendimiento humano marcha siempre á la perfeccion; pero segun la célebre espresion de Madame Stael no marcha de una vez hácia arriba, sino que da vueltas en espiral. Cuando admira-

mos las obras de Herodoto y de Tucídides, de Jenofonte y de Polibio, no recordamos que aquellos antiguos fueron en su tiempo modernos, que otros les habian precedido, porque antes de la luz hubo el caos.

Nuestra historia desde la pérdida de España hasta Alfonso el Sabio se halla en los cronicones, escritos en su mayor parte por los únicos que tenían tiempo para escribir, por los únicos que tenían la buena fé y el candor necesarios para escribir historia. Son rudos, incompletos, informes; empero aquella rudeza fija los hechos con notable exactitud, y es la única guia de la época á que se refieren. Estos hechos desnudos y descarnados sirvieron luego para que sobre ellos lozanease la imaginacion de los historiadores, que los revistieron de formas agradables, los ensancharon y envolvieron en las tinieblas de lo maravilloso: estos hechos, conservados ademá por la tradicion, alentaron la musa popular de España, que en sus cantares de gesta di-

vinizó los héroes castellanos é inflamó el espíritu de reconquista. Contribuyeron los cronicones, los historiadores y los poetas á formar la entidad histórica, como la imprimacion, el empaste y el colorido contribuyen á formar la totalidad de un cuadro.

Son rudos, es verdad; pero, en medio de aquella rudeza y desnudez, prefiere algunas veces el historiador filósofo su sencilla narracion á los juicios formados por algunos escritores, que hacen el marco antes que el lienzo, que quieren colocar los sucesos en el lecho de Procusto, que sacrifican la verdad á una idea preexistente en su ánimo, que juzgan los tiempos antiguos por los actuales, sin atender á las diferentes condiciones de la vida de los pueblos, sin respirar la atmósfera de los siglos que describen.

Del mismo modo que sin los escritos de San Isidoro, Braulio é Ildefonso casi nada sabríamos de la España gótica, sin el cronicón de Isidoro Pacense, sin el de Albelda, el de Alonso el Magno

ó del obispo don Sebastian , sin el de Sampiro, Pelayo y el monje de Silos , sin el Iriense y los Anales compostelanos y algunos otros , se perderian las primeras y mas gloriosas centurias de la historia nacional. Sin la crónica de los cuatro obispos no hubiera escrito el diligente Morales la última época de su historia. Sandoval y Nicolás Antonio, Loaisa y Aguirre, Ferreras y Berganza y Saez y Cisneros, Florez y Risco publicaron muchos de estos cronicones , verdaderas reliquias de la historia , si bien se desea una edicion esmerada y metódica , en que se cotejen con los originales , se ilustre , se esclarezca su cronologia , se eliminen las infidelidades de manos posteriores , y se forme con ellos el primer libro de los sucesos de España , el que debe figurar á la cabeza de la crónica del rey Sabio y de las posteriores , constituyendo uno de los mas ricos florones de la historia nacional. Pues bien , señores : ya lo veis : la mayor parte de estos documentos se escribieron en el claustro , casi

todos se conservaron en el claustro, y en su mayor parte han sido publicados por hombres de religion ó de órden.

Y no es solo en España donde no se puede dar un paso en la historia sin acudir á los escritos de los monjes: lo mismo sucede en todos los paises, y no citaré á escritores católicos en abono de esta verdad. El célebre protestante Juan Marshan dice: *Absque monachis nos sane in historia semper essemus pueri*: Tomás Tanner asegura que sin los monjes hubiesen emigrado las letras de Inglaterra. Mas ¿á qué citar autoridades, cuando si damos una ojeada á la historia de Inglaterra, hallaremos á Ingulfo, Beda y Guillermo de Malmesbury; si á la de Italia, vemos á Paulo Diácono y á Marsiak; si á la de Francia á Adon, á Oderico de San Evroul y Flavigny, si á la de Alemania, á Regimon y Kintekund, y otros beneméritos escritores pertenecientes en su inmensa mayoría á los monasterios de sus respectivos paises.

Mas no solo la historia, sino los demás ramos del saber, fueron cultivados por los solitarios: ¿Olvidaremos á Berceo, monje de San Millan, tan célebre por sus poemas? ¿Olvidaremos que un monje ayudó en Toledo á la traslacion del Koran del árabe al latin por órden del venerable Pedro, abad de Cluni? ¿Olvidaremos lo que les debe la agricultura? ¿Olvidaremos que fueron los maestros de la juventud, que tanto á los conventos de España como á los de Italia acudia á oir lecciones y recibir ejemplos? Aun, señores, en las parroquias rurales de una parte de España se hallan las escuelas en el atrio del convento ó en el pórtico de la Iglesia, cobijadas bajo su techo, manifestando el consorcio de la religion y de la ciencia, y haciendo ver que no hay verdadera ciencia donde no hay sólida piedad.

Concluamos: en los siglos bárbaros los institutos monásticos prestaron eminentes servicios á la religion y á las letras.—Permitidme, señores, que en los estrechos límites á que tengo que

reducirme para no fatigar la atencion de la Academia, haga solo indicaciones generales, cuyo desenvolvimiento exigiria un libro, indicaciones que como los mijeros en los caminos, sirven para señalar la direccion y fijar la distancia. Empero dejadme al menos que cite en el siglo XII á San Bernardo , y en el siglo XIII á Santo Tomás , dos grandes lumbreras de la religion y de la ciencia. ¡Hombres eminentes, á quienes los doctos cuentan entre sus maestros, la humanidad entre sus bienhechores, la religion entre sus santos!

Si alborearon entonces las letras, fué en el claustro; si se enseñaba á la juventud, era en el claustro; si la arquitectura tenia ocupacion digna, era elevando los conventos y las basílicas, empleándose en su adorno la pintura y la escultura. Cuando se quiera estudiar la historia de las artes en España, habrá que recorrer las desiertas ruinas de los monasterios.

Y si desde los tiempos que acabamos de considerar pasamos á las épocas del buen gusto, á

los siglos de la ilustracion, veremos tambien cuán digno lugar ocupaban los institutos monásticos.

Generalmente terminan los escritores la edad media en 1453, en la toma de Constantinopla, en la separacion de Oriente y Occidente: otros estienden esta época hasta 1492, en que por la toma de Granada concluyó la dominacion árabe en Europa. Mas el verdadero limite de las dos épocas, literariamente consideradas, debe tomarse de la invencion de la imprenta; de ese descubrimiento que mudó la faz del mundo. Arda en buen hora la biblioteca de Alejandria; las obras reproducidas por la imprenta no se limitan á una localidad: el mundo podrá caer en el error; pero no podrá volver á sumirse en la barbarie.

¿Se creerá acaso que los monjes tratarian de oponerse á este descubrimiento, de impedir el acceso de la ciencia, de crear obstáculos á la idea impresa? No, señores; la imprenta naciente se acogió á la Iglesia y tuvo su asilo en los mo-

nasterios. Con grande entusiasmo la hospedó en Roma Leon X, que la llamaba luz del Cielo, y ya se imprimia en la ciudad eterna en 1467, cuando no se verificó en Paris hasta 1473. Los monjes benedictinos introdujeron la imprenta en Inglaterra y en Italia, y en el mismo siglo XV se estampaba en los monasterios de San Cugat y Monserrat en Cataluña, de Sahagun y Lavid en Castilla, de San Juan de la Peña en Aragon, y en otros varios.

Todos los trabajos de los siglos medios fueron la confeccion laboriosa del último tercio del siglo XV y del gran siglo XVI. ¡ Qué época tan magnífica para España! ¡ Qué epopeya tan sublime la del glorioso reinado de Fernando é Isabel! ¡ La unidad del reino, la agregacion de dilatados dominios, el movimiento intelectual impreso á la época, el lanzamiento de los árabes de España, colocado el guion de Castilla sobre la torre de la vega de Granada, el descubrimiento de un Nuevo Mundo á través de mares procelosos!

Pues entonces, señores, vemos á los institutos monásticos producir hombres eminentes, á la altura de su siglo, que supieron comprenderlo y dirigirlo. Recordemos que fray Hernando de Talavera, el amigo, el confesor de la Reina Católica, robustecía su alma varonil, y aconsejaba la recta administracion del reino. Y despues de recordar á fray Diego Deza y otros beneméritos varones, inclinemos, señores, la frente ante el gran Cisneros, ante el político profundo, ante el domador de la aristocrácia orgullosa, ante el publicador de la *Biblia Poliglota Complutense*, ante el vencedor de Oran, ante el hombre que favoreció mas á las letras y á las ciencias, aumentando, por no decir creando, la universidad de Alcalá.

Si queremos saber las doctas tareas que debe el mundo á los claustros, hay que ver lo que escribió Pedro Diácono de los varones ilustres de Monte Casino; lo que Tassin de la historia literaria de la Congregacion de San Mauro; Echard

y Turon de los hombres ilustres de la religion de Santo Domingo; Visch y Tessier de los cistercienses; Rivadeneira, Alegambo y Sothwel de los jesuitas; Ziegelbauer de los benedictinos, y lo que escribieron, entre otros, Wading, Lepaigne y Petrejo, de los franciscos, premostratenses y cartujos.

Si se quiere saber lo que escribieron, lo que hicieron para el adelantamiento de las letras en España, recórranse las crónicas de las órdenes, las historias de los monasterios. Mas no se crea que voy á escribir su inmenso catálogo, cuando bastará saber que cada orden, cada convento, cada iglesia, cada santuario, cada ermita tuvieron su historiador: cuando bastará saber que los benedictinos se gloriarán siempre de la historia de su orden, escrita por el P. Yepes, y de las obras del obispo Sandoval; y los gerónimos de la historia de su orden, escrita tan elegantemente por el P. Sigüenza.

Mas se dirá que esas eran monografias, his-

torias locales, sin interés, sin instruccion, sin utilidad para la historia general del país. Notable error, señores: escribieron la historia de su nacion al escribir su historia; conservaron la tradicion; nos dieron á conocer la localidad, y sobre todo, salvaron en sus ricos apéndices documentos importantes, sin los cuales podrá mentirse; pero no escribirse la historia. Es cierto que muchos de estos libros no merecen atencion; pero otros si, y se descubre en ellos recto juicio y sana crítica, porque sus autores participaban del movimiento literario de la época, respiraban el aire que les cercaba, y viajaban en la nave que los conducia.

En este siglo brillaron como maestros del bien decir un fray Luis de Granada, un fray Luis de Leon, el franciscano Estella, los agustinos Malon de Chaide y Marquez. Y ¿cómo olvidar entre los génius del siglo XVI á la muger mas grande, á la célebre escritora, á Santa Teresa de Jesus?

En esta época, fray Pedro Ponce enseñaba á hablar á los sordo-mudos, dos siglos antes que L'Epée y que Sicard; y fray Antonio Villacastín brillaba al lado de Juan de Herrera; y fray Juan de Tapia, despues de recorrer mendigando nueve años de puerta en puerta y de país en país, logró reunir lo necesario para fundar en Nápoles, el año de 1537, el conservatorio de música de Nuestra Señora de Loreto, primero de su clase en Europa; y el jesuita Acosta nos describía la historia natural del Nuevo Mundo; y los misioneros atravesaban los mares y sacrificaban su vida por la fé, enriqueciendo al mundo con las mejores observaciones astronómicas, los mejores mapas, y las descripciones mas exactas de paises, sin ellos desconocidos.

¿Y quién, señores, pudo dedicarse con mayor preparacion al estudio de la historia? Observemos el magnífico cuadro que presenta el monje literato. Ved un hombre purificado por la virtud, frio observador de un mundo á que

no pertenece, del que nada tiene que temer, nada que esperar; veraz, imparcial, recto, concedor del corazón humano. Vedle dedicado al estudio, retraído, silencioso, codiciando la ciencia para llegar á la perfección, y anhelando la perfección para llegar á la Suma Verdad.

Tales fueron los modelos que hoy nos cita el señor Canga, al mencionarnos los nombres de Mariana y de Florez. Mariana, el grande Mariana, á quien nadie ha quitado, á quien tal vez nadie quitará el cetro de la historia de España, es el mayor personaje literario del siglo XVI. Educado en la religión; concedor por sus estudios teológicos de las cosas de Dios y de su Providencia; sabedor de los sucesos del mundo por sus estudios profanos; rico en idiomas sabios, estudió las lecciones de su siglo, recorrió diferentes países, vivió en Roma entre maestros, enseñó durante algunos años en París, y merced á su ingenio claro y á su alma de fuego, brilló en primera línea como historiador, como

filósofo, como político y como literato.

Como historiador, ¡qué unidad, qué grandeza, qué perfección en el plan! ¡Cómo se ve en su libro al fuerte pensador, al narrador fiel de los sucesos, que rompía con muchas de las preocupaciones existentes; pero que aun contaba mas de lo que creía! *Yerro*, como él mismo dice, *digno de perdon, por seguir las pisadas de los que nos iban delante*. ¡Qué juicio tan recto! ¡Qué imparcialidad á veces tan severa! ¡Cuánto no hubiera podido hacer en nuestros dias!

Como filósofo, que es como principalmente le juzgan los extranjeros, dejad que la falsa ciencia acuse su obra *De rege et regis institutione*, por cláusulas tal vez sobrado libremente espresadas, pero seguramente mal entendidas y torcidamente interpretadas. ¡Cómo se preparó con el estudio de las lenguas sabias para sus obras teológicas, y cuánta profundidad no descubre en sus obras políticas sobre alteracion de la moneda, espectáculos, pesos y medidas! Como lite-

rato, ¿dónde se halla hablista mas eminente?
¡ Con cuánta felicidad da á la frase el sabor y giro latinos, y ensancha nuestro idioma hablando con concision y propiedad la lengua erudita de Castilla !

Florez, y perdonad, señores, si por seguir al señor Canga, hago esta transicion tan fuerte, y salgo de los límites á que me habia reducido; Florez es sumamente benemérito de las letras, y como diligente erudito, y como laborioso anticuario, y como publicador de muchos y muy notables documentos históricos, vivirá siempre en el aprecio de los literatos. Mas, respetando la memoria de Florez, nunca convendré en que se le ponga frente á frente con el coloso del siglo XVI. Mariana y Florez son dos ilustres literatos; pero, señores, soy franco, en mi juicio, son cantidades heterogéneas que no pueden calcularse juntas.

· Mas volvamos al siglo XVI. Un gran suceso llama la atencion del orbe: la Reforma. La Igle-

sia católica acude á conservar el depósito de la fe, á restablecer la disciplina y á reformar las costumbres , y se reúne en Trento el último y el mas importante de los concilios ecuménicos. ¡ Grande espectáculo ! Los prelados de todos los países católicos, los teólogos mas sabios del mundo , los superiores de las órdenes conferenciando solemnemente , bajo la presidencia del Espiritu del Señor , sobre los puntos mas importantes de la religion. Fácil es brillar en la oscuridad ; pero ¡ cuán difícil brillar en medio de la luz !

Pues bien : en este gran palenque llevaron los padres españoles la mejor prez. ¿ Y cómo no, cuando allí estaban , sin hablar de Covarrubias y de Antonio Agustin, de Guerrero, de Benito Arias Montano, tan célebre en el mundo de las letras ; ni de otros hombres eminentes del clero secular ; un Melchor Cano , tan conocido por sus obras teológicas ; un Bartolomé Carranza, tan notable por su ciencia como por sus vicisitudes y desgracias ; un Bartolomé de los Mártires, tan

rico en celo apostólico y tan influyente en las decisiones del concilio; el célebre Contreras, confesor del duque de Alba; el ilustre Lainez general de los jesuitas; el agustino Muñatones confesor del príncipe D. Carlos; y Salmeron, y los dos Sotos, y Zamora, y el franciscano Orantes, confesor y amigo de D. Juan de Austria, á quién acompañó en la célebre jornada de Lepanto, **LA MAYOR HAZAÑA QUE HAN VISTO LOS PASADOS SIGLOS Y ESPERAN VER LOS VENIDROS?**

Basta, señores, despues de tan grandes sucesos ¿qué pudiera decir que ocupase dignamente vuestra atencion? En tiempos de ilustracion contribuyeron los institutos monásticos al desarrollo literario, crecieron con las circunstancias, y no damos un paso en la historia civil de este gran pueblo sin encontrar un instituto ó un fraile. Si nos acordamos del Cid, ¿cómo olvidar á San Pedro de Cardena? Si recordamos á Colon, ¿cómo pasar en silencio el nombre de su protector y

amigo el guardian de la Rábida, en Palos, fray Juan Perez de Marchena? Si volvemos la vista á Cortés, ¿no hallamos á su lado á fray Bartolomé de Olmedo? Si examinamos la dominacion española en América, ¿quién no ve la sombra irritada de fray Bartolomé de las Casas? ¿Quién al mencionar á Cervantes, olvida que fray Juan Gil rescató de las mazmorras de Argel al que habia de ser mas tarde regocijo de las musas?

Detengámonos, señores, en el siglo XVI, aun á riesgo de pasar en silencio los grandes hombres de los siglos posteriores; aun á riesgo de no recordar los servicios que debe la humanidad á un Calasanz y á un Vicente Paul; aun á riesgo de olvidar que Galileo se reconoce deudor á un religioso español de interesantes observaciones; que Vico, el célebre autor de la *Scienza Nuova*, estudió con los jesuitas y se formó en las obras de un fraile español; que fray Pedro Ureña aumentó la sétima nota al sistema musical de Guido Aretino, monje de San Benito; aun á riesgo

de olvidar, entre otros, á un Burriel, á un Risco, á un Sarmiento, á un Feijoo, á un Villanueva, y al benémérito y modesto P. la Canal, que hace poco era ornamento de la Academia, y cuya amistad fué tan grata á mi corazon, como útil á mis estudios. Detengámonos, porque la historia de los tiempos modernos no se escribe sin pasion, detengámonos, porque los sucesos, como los cuadros, no se ven desde muy cerca; detengámonos, porque la lava de los volcanes no se puede tocar hasta que se enfria.

Empero, despues de haber visto á los institutos monásticos brillar entre las sombras de los siglos bárbaros y entre los resplandores del siglo de oro, convengamos con nuestro digno Académico el Sr. Canga Argüelles en que han sido elementos de civilizacion, y en que han prestado eminentes servicios á las ciencias y á las letras.

DISCURSO

en contestacion al que, sobre el Califato de Córdoba, leyó el señor don Modesto Lafuente al tomar posesion de la plaza de individuo de número de la Real Academia de la Historia en sesion pública del 23 enero 1853.

SEÑORES:

La Academia se complace en contar en el número de sus individuos al Sr. D. Modesto Lafuente, que ha merecido alcanzar grande reputacion literaria, que ha consagrado su vida al estudio, que solo y sin auxilio acometió la árdua empresa de escribir la Historia de nuestra nacion. El que ha dado tantas muestras de talento, de recta critica y de buen gusto, no podia menos de

pertenecer á una docta corporación, que alienta todos los esfuerzos, que premia los merecimientos literarios, y que procura mantener viva la llama del saber histórico.

Si necesitásemos otra prueba de los conocimientos y del mérito del nuevo Académico, el discurso que acabamos de oír nos la suministraría muy brillante. Con notable elegancia nos ha presentado el cuadro de una época en que dos pueblos, dos civilizaciones se disputaron el dominio de España: paralelo importante, lleno de erudición y de filosofía; panorama magnífico, que ha ido sucesivamente desplegando á nuestra vista las diferentes escenas de la vida civil, política y militar del pueblo árabe y del pueblo cristiano.

Voy, señores, contando mas que nunca con la indulgencia de la Academia, á suceder al Sr. Lafuente en el exámen de este periodo, y á manifestar el importante servicio que hicieron los árabes á las letras.

Es claro que para conocer una época en que

dos pueblos se disputaron el mando, no basta oír á los escritores de una de las naciones; hay que examinar lo que se escribió por ambas partes, y la historia de los árabes, y sus guerras, y sus relaciones con los cristianos deben ser objeto de un estudio llevado paralelamente, olvidándose al hacerlo del interés, del orgullo, de las pasiones de una y otra gente, aplicando el cuchillo del análisis á lo que alumbra la antorcha de la crítica.

Este linaje de estudios se halla, por desgracia, muy atrasado: el idioma árabe no está aun tan generalizado como fuera de desear, y entre nosotros (mengua es decirlo) se halla casi olvidado, cuando debiera ser objeto de culto literario. Los códices desaparecen: el Escorial, ese gran depósito de donde han salido la mayor parte de los que adornan los museos y archivos extranjeros; el Escorial, que custodió los códices pertenecientes á D. Diego Hurtado de Mendoza y á Benito Arias Montano, y los cuarenta mil del rey Cidan,

apresados en 1612 cerca del puerto de la Mámora, vió en 1671 consumirse entre los horrores de un incendio la mayor y mas rica parte de su tesoro literario, y por las vicisitudes de los tiempos vió despues correr varia fortuna á mucho número de sus mas notables documentos.

Para conocer este periodo importante de la historia de España, buscaban los estudiosos las cortas, diminutas y no siempre satisfactorias noticias de los autores españoles coetáneos á las diferentes fases de la dominacion árabe, y examinaban, entre otras obras de menor interés, el Cronicon del Pacense, las obras del arzobispo D. Rodrigo, las del Tudense, la Crónica latina del Cid, hoy rescatada por la Academia, la Crónica general, los poemas anteriores al siglo XV, y ese rico venero de costumbres, de recuerdos y de glorias que se conserva en nuestros romances.

Por desgracia el resto de Europa no sabia mas que nosotros, y Fernando VI encargando en 1748

al siro-maronita Casiri el índice y la ordenada descripción de los manuscritos árabes del Escorial, y Carlos III dándolos á luz, hicieron conocer al mundo esta riqueza literaria, y se tuvo noticia de mil ochocientos cincuenta y un códices, escritos la mayor parte por árabes españoles por origen, por nacimiento, por domicilio ó por escuela; códices referentes casi todos á cosas de España, muchos de los cuales pertenecieron á las bibliotecas musulmicas de Granada.

Dado el impulso, el abate Andrés, en su historia sobre el origen y estado actual de la literatura, llamó la atención de Europa sobre los árabes españoles; y en nuestros días el erudito Conde publicó la historia de los árabes de España, obra á que debió acompañar el texto original, obra que dejó incompleta, habiéndose publicado los dos últimos tomos despues de su muerte por papeletas mal coordinadas, cuyos defectos no pueden atribuirse al autor sin faltar á la buena fé literaria.

Reivindiquemos, señores, para España la gloria de haber llamado la atención del mundo sobre este género de estudios, que si no han ilustrado mucho la historia patria, han derramado gran luz sobre otros importantes ramos del saber. Casiri, Andrés, Conde, pueden haberse equivocado en algunos puntos. ¿Para qué negarlo? Caminaban por sendas escabrosas, fueron los primeros, los maestros, la guía. Si hoy se alzasen del sepulcro, al ver la injusticia con que son tratados, ¡cuánto no dirían á los críticos modernos, y cómo protestarian, hombres del siglo XVIII, al verse juzgados por la generacion presente!

Empero de estos puntos de partida proceden las últimas investigaciones. Unos autores se propusieron en el extranjero traducir á Conde, otros utilizaron los datos de Casiri, otros vistieron con la librea de la novela la historia de los árabes de España, otros gastan sus fuerzas en hallar defectos en nuestros escritores, y no falta quien trata de imponernos magistralmente sus opiniones,

pensando que el mundo estaba en el caos, y que á él solo fué revelada la luz.

Para juzgar este gran proceso hay que publicar los documentos, como lo hizo un docto Académico dando á luz la historia de Almakary; como lo hace Dozy imprimiendo las de los Almohades y Almoravides. De este modo se verá lo que escribieron los árabes, se les comparará entre sí y con los escritores españoles; la arqueología nos mostrará las huellas que dejaron en el país, y el estudio y la recta crítica harán que, mas felices que hasta aquí, veamos levantar parte del velo que oculta los sucesos de aquellas remotas edades.

En tanto, con los datos que hoy poseemos, emplearé los cortos instantes que he de ocupar todavía la atención de la Academia, en la investigación del adelantamiento literario que debimos á los árabes, prefiriendo la historia de las ideas á la narración de los hechos.

Al dirigir la vista á aquellos siglos; al consi-

derar el estado político de Europa, la escentralizacion del poder, la insubordinacion de unos, la abyeccion de otros, la corrupcion de las clases mas respetables, el silencio de las musas, la general ignorancia, ¿quién habia de creer que la invasion sarracena no agravaria los males intelectuales del país? ¿Que en medio de los instintos de ferocidad y de guerra, de las divisiones civiles, de tanta tribu, de tanta raza, de tanta variedad de gentes, habian de encontrarse príncipes dignos del trono, unidad en el mando y proteccion á las artes y á las letras? ¿Y que los hijos del desierto, recordando en el perfumado suelo de Córdoba los placeres de Damasco y de Bagdad, habian de ser el conducto por donde volviese á Europa el tesoro del saber, que habia desaparecido de ella?

¡Altos secretos de la Providencia, que no es dado sondar á la mezquina comprension del hombre! ¿Quién hubiera dado asenso al que tales cosas contara, cuando nuestros padres,

vencidos y derrotados en Guadalete, precedidos por los obispos, huían del alfanje y de la cimitarra, llevando el arca santa con las venerandas reliquias y corrían á refugiarse á la parte Norte de España, al país mas fragoso, al de mas virtud bélica, donde no penetraron los fenicios ni los cartagineses, y en cuya dominacion tardaron dos siglos los romanos y otros dos siglos los godos?

¿Quién creeria que habíamos de ser deudores del renacimiento de las letras á los árabes, cuando empezó la magnífica epopeya de la reconquista, y resonaron en las montañas de Auseva los gritos de gloria y de venganza, y se peleó por la fé de Recaredo, por la independencia, por la libertad? ¿Cuando se desnudó en Covadonga el acero que despues de ocho siglos debia envainarse en Granada?

Mas la Providencia, que hace brotar el bien del mal, que purifica la atmósfera con las borrascas, que lleva en alas del huracan las semi-

llas á fecundar países remotos, despues de fatigar á los árabes españoles con guerras intestinas para dejar respirar á los cristianos y prepararlos á descender á tierra llana; despues de hacer que los africanos amenazasen la tranquilidad de la dominacion árabe, y de darles dos fronteras que guardar, la del Estrecho y la del país conquistado; despues de hacer que, á semejanza de los metáles, se fundiesen calientes y se separasen frios, dispuso que llegasen al apogeo de su gloria, y diesen culto á las letras, y honrasen el valor y la hermosura.

Habia el pueblo árabe, antes inculto, misero y disperso, formando pequeños Estados y hordas independientes y enemigas, constituido por fin un cuerpo en tiempo de Mahoma, y consolidado su nacionalidad en el califato de Omar. Oscuros los árabes porque eran ignorantes, débiles porque estaban divididos, desplagan de pronto carácter bélico, cuando el fanatismo los auna y preocupa su imaginacion, y se hacen con-

quistadores, y subyugan en pocos años todo el Oriente romano, y la Persia, y el Egipto. La sed de conquistas es seguida de la fiebre del saber, y vemos mas tarde á Bagdad convertida en otra Atenas en tiempo de Almamon, el Augusto de sus reyes. De Bagdad se traslada la ciencia á Córdoba, y sus califas solicitan por medio de embajadas pacíficas las obras del entendimiento humano, que se recogen con entusiasmo, y se conservan y se traducen. Se dotan estudios, se fundan bibliotecas, y se busca, se protege, se honra á los sabios de todas las escuelas y de todos los paises. Ya no son las tribus bábaras y estacionarias, ya no son los conquistadores de territorios; son los conquistadores del saber, son el conducto de que se vale la Providencia para conservar y propagar las luces.

La cadena de los siglos no se ha roto, merced á los árabes. La sucesion, la tradicion de la doctrina, las conquistas del entendimiento humano iban á perderse: morian con sus dioses

informes los conocimientos egipcios; desaparecian con sus dioses sensuales las ciencias de Grecia; los hijos del septentrion desdeñaban las letras y las artes; mas los sectarios de Mahoma recorren el mundo y recogen los restos del saber próximo á extinguirse. Los egipcios les enseñan la química, oculta bajo el disfraz de la alquimia; aprenden de los griegos la geometría y la astronomía; de los indios el álgebra; de los chinos las artes, y se declaran deudores á Aristóteles, cuyas obras conservan, traducen y comentan, de la filosofía, de la Historia, de la medicina. ¡Magnífico espectáculo, señores, el que presenta *la idea* triunfando de la barbarie; la luz del saber próxima á extinguirse; pero sin llegar á apagarse: la ciencia sobrenadando en el naufragio universal, viajando con las tribus nómadas, ocultándose en las tiendas de los guerreros, hasta que, pura, y esplendente, y vencedora, concluye por dominar al mundo civilizando al hombre!

Los árabes no eran inventores ; su ley misma se oponía á ello. Mahoma les habia dicho que la ciencia del sabio y la espada del fuerte sostienen la máquina del mundo ; pero tambien habia limitado el vuelo de su inteligencia diciéndoles que toda innovacion era un extravio , y que todo extravio conduce al fuego eterno. No esperemos , pues , que su principal mérito sea la invencion. El gran servicio que les debe el mundo es el haber recogido los escritos de la antigüedad , haber hospedado las ciencias y las artes , y haberlas trasmitido á la Europa , que se hallaba en el caos. Ellos siguieron el largo trayecto que recorrió la ciencia , que alumbró sucesivamente á los indios , á los chinos y á los persas , á los caldeos , á los fenicios , á los egipcios , á los griegos , á los romanos. Ellos conservaron con singular aprecio , entre otras , las obras de Euclides , de Tolomeo , de Aristóteles , de Dioscórides , de Hipócrates , de Galeno. No esperemos que el papel , ni la brújula , ni la pól-

vora sean invenciones suyas: el mundo moderno se las debe: ellos las trajeron á España, las conservaron, las transmitieron.

Como en todo pueblo jóven y sencillo, en el pueblo árabe educado en un clima ardiente, la imaginacion precedió siempre á la reflexion. Vémoslo propenso á lo maravilloso, cultivando su idioma rico y musical, dando mas importancia á la forma que á la esencia, encantándose con los romances y la fábula. La poesía formaba parte del ambiente que respiraban: sensuales y valientes cantaban el amor y los combates.

Cuando volvieron la atencion á estudios mas severos, no lograron borrar la huella de su carácter: siempre dominaba la imaginacion y el fuego oriental. Si se consagran á la filosofía del Stagirita, la visten con comentarios que la desfigurán, y prefieren las sutilezas y argucias del entendimiento á la reflexiva investigacion de la verdad. Si se dedican á la historia, no saben formarse sobre los modelos de Grecia y Roma;

carecen de orden, de precision, de miras elevadas; se pierden en el intrincado laberinto de sus genealogias; interrumpen la narracion con diálogos, versos y adornos inútiles, y son minuciosos, redundantes, con la exuberancia de su lozana imaginacion.

Cultivan la medicina de los griegos, la enriquezen aplicando á ella la química y las ciencias naturales; pero se apartan de la sencilla y atenta observacion de sus maestros; no saben generalizar los hechos, condensarlos en aforismos ó axiomas; son polifármacos y amigos de cuestiones sofisticas y de métodos supersticiosos.

Su misma arquitectura, que fué poco á poco separándose de la bizantina, nos descubrió la riqueza de imaginacion de aquel pueblo: se pierde en menudas, prólijas y esquisitas labores, ostentando en miles de columnas y en recargados follajes el abuso de ornamentacion.

Si continuásemos recorriendo todos los ramos

del saber, veríamos igualmente que tenían los defectos propios de su carácter; esa lozanía que acompaña siempre al renacimiento de las letras, que precede á los estudios sérios, que forma parte del fanatismo literario. Empero dieron al mundo el espectáculo, que no se volverá á ver, de recoger la ciencia moribunda, de conservarla, de cultivarla, de trasmitirla.

En Córdoba, señores, y bajo el turbante musulman, empezó esta restauracion del saber. El jóven Abdo-r-rahman I, último vástago de los Beni-Omeyas, educado en la adversidad, trocado el regalo de su infancia por la áspera vida de los desiertos de Tahar, depositario del valor, de la cultura, de la ciencia, de la galanteria de los suyos, traslada á Córdoba el lujo y las aparatosas fiestas de Damasco y de Medina, erige suntuosos palacios, se rodea de los hombres mas sabios de su tiempo, y presta seguro y honroso asilo á las ciencias y á las letras, miradas con desden por los godos españoles. ¡ Monarca sensible, que ama

las dulzuras de la paz, que á la sombra de la palma cuya cima mecieron tal vez las mismas auras de Damasco, recuerda en medio de su prosperidad la patria que ha perdido, los sitios que no volverá á ver, el horrible festin en que fueron sacrificados sus mas próximos parientes, los amigos de que le dividian la distancia y los mares!

Una sucesion de grandes monarcas consolida este mismo espíritu de templanza y de ilustracion, hasta que ocupa por cincuenta años el trono Abdo-r-rahman III, el califa, el sucesor de Mahoma, el príncipe de los creyentes, el centro de unidad de los hijos del Profeta, el emir Al-mumenin. Entonces llegaron los árabes españoles al apogeo de su gloria: las ciencias tuvieron culto, las artes florecieron bajo aquel hombre, que, próximo á morir, tras tan largo y tan glorioso reinado, manifestó que apenas contaba en su vida mas que catorce dias de completa felicidad.

Su hijo, heredando las dotes de su padre,

mas pacífico, mas agricultor, mas amigo de la prosperidad material del país, literato, poeta, bibliófilo, fué el príncipe mas amante de las letras, mas favorecedor de los buenos ingenios. Mas estaba escrito que, despues de tan larga sucesion de príncipes, habia de recaer el trono en Hixem II, niño de diez años, en quien se habia de eclipsar la gloria de sus mayores. En vano Almanzor, el Cid de los árabes, en sus espediciones de primavera y otoño descubrió el instinto y el genio de la guerra, llevando la desolacion hasta los confines de Galicia y trayéndose como trofeo las campanas de Compostela, que rescatadas mas tarde por San Fernando, fueron conducidas en hombros de moros á colocarse en las torres de aquella célebre basilica. En vano, alternando los deberes de guerrero con los placeres del entendimiento, se constituyó protector de las letras, fundó academias, estableció escuelas y cultivó todos los ramos del humano saber. ¡Mezcla notable de ilustracion y de ferocidad, de

dulzura de carácter y de espantosa barbarie! Sostuvo en las sienes de un monarca imbécil una corona vacilante; pero degradó la institucion de la monarquía envileciendo al soberano: logró adormecer, pero no extinguir, las rivalidades de los súbditos: no supo educar á sus mismos hijos, que le fueron rebeldes; escitó, en vez de apagar, el ardor bélico de los españoles, los irritó con el agravio, los aleccionó en la guerra, y cuando murió en Medinaceli casi abandonado de sus tropas, se lamentó de no haber comprendido lo que convenia á los intereses de los suyos, estableciendo entre el pueblo musulman y el cristiano un inmenso desierto, valladar y frontera de ambos campos.

Mas ¿qué se hizo del saber de los árabes de España despues de la muerte de Almanzor? ¿Qué fué de sus bibliotecas? ¿Qué de sus escritores y poetas? Todo desapareció instantáneamente..... Tanto en la prosperidad como en la decadencia hay escalas, hay grados, hay transiciones en

otros pueblos: en los árabes, no. Del mismo modo que fué maravillosa y providencial su cultura, fué prodigiosa y providencial su ruina. Cayó sin dejar reliquia el pueblo árabe, que estuvo, por decirlo así, acampado en España, y en vano se le busca, en vano se trata de encontrar sus artes y sus ciencias. Si en otros siglos brillan los musulmanes españoles, son ya hijos de otra civilización diferente, no conservan la doctrina de los árabes, ni pueden confundirse con ellos. Muerto Almanzor, se desbordaron las ambiciones, levantaron la cabeza las pasiones bastardas, rompieron el yugo los africanos, se despedazó el cetro, faltó la unidad, sucedió el fanatismo grosero á la cortesana galantería, el error á la ciencia, la cimitarra al plectro. Semejantes al relámpago, brillaron, desaparecieron.

Mas los árabes habían llenado su misión: estaba hecho el bien: la semilla germinadora había caído sobre tierra fecunda, y la Europa se había salvado de la ignorancia. Un monje lla-

mado Gerberto viene en el siglo X á Barcelona, pasa á Andalucia, estudia allí las matemáticas y la filosofía, y cultiva las ciencias, las letras y las artes. La maledicencia le persigue, la ignorancia le acusa de mágia, y él rico de ciencia, la lleva á los palacios, la esparce por Italia, y, por uno de los mas ocultos designios de la Providencia, asciende al pontificado con el nombre de Silvestre II. Sentado en la silla de San Pedro el hombre que habia estudiado entre los árabes, fomenta el renacimiento de las letras, dota escuelas, y presenta á la Europa, no bien despierta de su letargo, las obras de Aristóteles, el libro que ha reinado hasta nuestros dias, el que explica las sensaciones, la generacion de las ideas, el criterio de la verdad, las leyes del entendimiento, y el que tanto ha contribuido á los progresos de la ciencia ideológica.

El ejemplo de Gerberto fué seguido, y se dió el espectáculo de una peregrinacion literaria al emporio de las letras y las ciencias. Gerardo de

Cremona estudia en las escuelas de Toledo; Campano de Novara recoge las obras de Euclides y se consagra á la astronomía; Athelardo, Daniel, Moley, Othon y gran número de ingleses, franceses y alemanes vuelven á sus respectivas naciones ricos de ciencia, y la propagan fundando escuelas, academias y liceos.

Esta atmósfera no podía menos de ser respirada por los españoles: el benéfico contagio de la ciencia debía infiltrarse en ellos, y vemos á Arnaldo de Villanova instruirse entre los árabes en las ciencias naturales, y á Raimundo Lulio, el omniscio de su siglo, estudiar en sus obras y aleccionarse en sus escritos. Vemos á la población cristiana adoptar en los puntos dominados el lenguaje de sus conquistadores, y hallamos con leyendas árabes monedas de nuestros reyes estendidos en aquel dialecto muchos instrumentos, y contratos, y comentarios á la Biblia, y hasta una coleccion de cánones para uso de las iglesias de España.

No es mi ánimo, señores, entrar en pormenores sobre este punto: llenas están las obras de los críticos modernos de esta parte de la historia literaria. Basta para mi propósito una indicación, un recuerdo de lo mucho que debió el mundo á los árabes españoles; de la ciencia que conservaron, que propagaron por Europa; de lo que les deben nuestros escritores; de lo que les debió Alfonso el Sabio, tanto en sus obras históricas como en su libro de las Armellas y en sus célebres Tablas; de lo que les debió la poesía provenzal; de las escuelas, de las academias, de los colegios que fundaron; de los elementos de civilización que introdujeron en el mundo. Los españoles no podemos volver la vista á ninguna parte sin encontrar el influjo árabe. Esas vegas de Granada y de Valencia, ese admirable sistema de riegos, esas prácticas agrícolas, nuestras artes, nuestra arquitectura, nuestro mismo idioma nos lo recuerdan á cada momento. Mas no vengo, señores, á repetir mal lo que otros

han dicho bien, ni á ostentar erudicion, ni á perderme en doctas investigaciones...

Me basta ver en todo esto la mano de la Providencia dirigiendo los destinos del mundo, llamar la atencion de la Academia hácia un punto brillante de la civilizacion oriental, considerando el califato de Córdoba como el periodo mas grande, mas ilustre de la vida del pueblo árabe, que en tierra estraña floreció en la prosperidad, que hizo el bien, y que desapareció tan pronto como dejó de ser necesario.

El señor Lafuente nos ha dado á conocer bajo otro y muy notable punto de vista el periodo del califato, y al considerar su decadencia, nos ha presentado al pueblo cristiano federándose, ensanchando sus buenos fueros, y hostilizando y venciendo á sus dominadores. ¡Ojalá que no hubiese habido entre nosotros tanto pequeño Estado, tanta falta de homogeneidad en el poder, tanta division, tanta guerra civil! Y no hubiéramos visto esas treguas, esas paces, esas alian-

zas indecorosas; ni á los soldados españoles combatir en auxilio de los mahometanos contra soldados de España. Entonces la destruccion de Almanzor y la ruina del califato hubieran sido el verdadero triunfo de nuestros padres, y no hubieran mediado cuatro siglos desde que Alfonso VI debeló á Toledo hasta que los Reyes Católicos conquistaron á Granada.



DISCURSO

en contestacion al que leyó el Sr. D. Manuel Colmeiro sobre arbitristas españoles, al tomar posesion de la plaza de individuo de número de la Real Academia de la Historia, en la sesión pública del día 26 de Abril de 1857.

SEÑORES :

Un precepto de la Academia me impone el grato deber de dirigiros mi voz en este solemne día en que celebra el aniversario de su fundacion, y en que tiene el placer de recibir en su seno al Sr. D. Manuel Colmeiro, distinguido escritor, que ha sabido alcanzar reputacion envidiable.

¹ Empezó la sesion de este dia con la entrega que los testamentarios del Excmo. Sr. D. José Manuel Quintana hi-

No vengo á quemar vano incienso ante el pedestal de la estatua de Felipe V, nuestro insigne fundador: permitidme, empero, que le diga con modestia lo que hicimos; con dolor lo que nos falta por hacer.

¿Podré contar, señores, por breves instantes con vuestra atencion, con vuestra indulgencia?

Oigo á mi alrededor una voz que pregunta dónde está la historia que ha escrito la Academia... No, señores; Felipe V era mas ilustrado, y no dió á la Academia el encargo de escribir la historia del pais. Sabia que ninguna corporacion en ninguna parte del mundo ha escrito historia, pues faltaria en ella la unidad de pensamiento, la uni-

cieron á la Academia, de la corona con que fué laureado por S. M., y que dejó legada á esta corporacion.

Terminado este solemne acto, leyó el Sr. Colmeiro su discurso de recepcion. Al contestarle, debia el Académico que hablaba á nombre del cuerpo, tener en cuenta que aquella sesion era inaugural, pues en ella se celebraba el aniversario de su instalacion por Felipe V, y que estaba ademas dedicada á la distribucion de premios y al anuncio de nuevos programas.

dad de lenguaje, la vida, el calor, el fuego que no se divide ni comparte. Mas el escritor necesita encontrar los hechos recogidos con diligencia, purificados por la crítica, ilustrados con doctas observaciones; y esto es lo que cumple hacer á la Academia, esta es su mision, para eso se reúne en este recinto. La Academia es juez del campo y no lidia en el palenque.

Aquí, bajo estas bóvedas silenciosas, se vive la vida de los siglos que pasaron, y evocando las sombras de los varones ilustres, se olvida toda pasion, todo sistema, toda lucha de escuela, para que no se altere ni descomponga el rayo luminoso al atravesar el prisma. Aquí oimos el eco de la voz de Campomanes y Jovellanos, de Vargas Ponce y Muso, de Navarrete y del P. la Canal y de otros ilustrados varones que trabajaron con tanto celo como fortuna en depurar la historia patria. Trabajo, señores, fuerza es decirlo, tan útil como oscuro; tan necesario como ignorado; tan sencillo y modesto como conviene que sea

todo lo que tiene relacion con la verdad y la ciencia.

Lejos de mí la idea de hacer el alarde de vuestras obras y de los trabajos en que os ocupais con tanto empeño en estos momentos. El público ha disfrutado ya una parte de vuestros doctos afanes, de los frutos de vuestra aplicacion, y del consorcio y hermandad en que estais con todos los cuerpos sabios del mundo. Y nuestros archivos y nuestras ricas y envidiables colecciones de manuscritos, y la célebre de Salazar que está á nuestro cuidado, y las diplomáticas, litológicas y numismáticas son diariamente consultadas por los hombres estudiosos, nacionales y estranjeros (porque la ciencia no tiene patria), y han contribuido á dar prez y gloria á las letras. Aunque con dolor por lo mucho que se ha perdido, con orgullo por lo mucho que se ha salvado, recordaremos que de los monasterios y conventos suprimidos tenemos una coleccion riquísima de diplomas y documentos que luchaba con el polvo

y la polilla, y que hubiera desaparecido en men-
gua de la patria sin el auxilio del Gobierno, sin
el celo de la Academia... Tal vez los trabajos de
la Corporacion salen á luz con otro nombre y sin
mencionar á quien se deben: cosa comun, seño-
res: todos beben los raudales, nadie pregunta
quién fabricó la fuente.

Mas si algo se ha hecho, cada dia que pasa
echamos de ver lo que falta para coronar la obra
de Felipe V. Entre otros elementos menos im-
portantes, nos falta un museo arqueológico. Co-
nocemos las dificultades que se oponen á nues-
tro objeto; pero dejadnos al menos que lo de-
sémos.

Se han perdido y se pierden diariamente los
monumentos históricos de los diferentes domi-
nadores del país. Manos sacrílegas profanan los
que se descubren, y la sórdida avaricia priva á
la patria de los títulos de su gloria... Y, sin em-
bargo, en esos monumentos, en esas ruinas está
la verdadera historia antigua de España: en ellas

leemos la grandeza, la ilustracion, el poderio de aquellos hombres, y sorprendemos la vida interior, el lujo, la civilizacion de pueblos y de razas que han desaparecido, pero que al desaparecer nos dejaron marcadas sus huellas para que estudiemos su peregrinacion sobre la tierra.

¡Pueda mi voz ser bastante poderosa para llamar la atencion sobre esta necesidad literaria del país, y para que se corone la obra de Felipe V en beneficio de las letras, para gloria de la nacion.

Para llenar dignamente los claros que abre el tiempo en nuestras filas, hemos tenido que elegir personas beneméritas que vengan á ocupar estos escaños. El ojo investigador de la Academia descubrió bien pronto al modesto escritor que despues de haberse dedicado al ministerio de la enseñanza, despues de haber publicado obras notables sobre economía y administracion, habia dado á luz un trabajo interesante, fruto de inmen-

so estudio sobre la constitucion y gobierno de los reinos de Castilla y de Leon. El escritor que conoce tan bien la organizacion del pais, de antemano tenia su puesto señalado en este recinto. La Academia lo acoje hoy con gozo y lo presenta á su ilustre fundador como uno de los que mas han de contribuir á realizar su pensamiento.

Permitidme, señores, que, siguiendo las tradiciones de esta Academia, ocupe vuestra atencion breves instantes acerca del discurso que acabais de oir, y que presenta á vuestra meditacion importantes observaciones sobre la influencia que ejercieron en los reinados de la casa de Austria los hombres especulativos que daban á los reyes consejos políticos y arbitrios para llenar las arcas del tesoro con menos perjuicio de los contribuyentes.

Entonces aun no existia lo que hoy llamamos ciencia económica, y que no sabemos cómo se apellidará dentro de cien años. Mas la riqueza se

producia, se distribuía y se consumia antes que la ciencia nos hubiese revelado los gérmenes de la producción, los prodigios del crédito y las causas de la decadencia ó de la desaparición de la fortuna pública. Estas materias son complejas; en ellas se oculta muchas veces el punto luminoso, y es difícil dar solución al problema, porque lo que ayer se consideraba principio inconcuso, hoy se considera paradoja. No es esto decir que los axiomas económicos necesiten demostración; pero sí que todos los sofismas económicos tuvieron sus campeones; que en todos los países, los hombres exclusivos que creían tener vinculada la ciencia, apellidaban ignorantes ó ilusos á los que no esclavizaban ante ellos su razón, destello de Dios, y no adoraban los ídolos de barro.

El mundo se agita, la idea avanza, y los estados florecen cuando reciben, si no la mejor teoría, la mas análoga á su estado moral, intelectual y económico. ¿Quién se hubiera atrevido á

poner en duda las máximas de Sully viendo que salía del caos la Hacienda de Francia, y que prosperaba el país? Pues bien, señores; ¿no recordais que Sully era opuesto á la industria y al comercio, y que su máxima favorita fué que la labranza y el pastoreo debian ser los dos pechos del Estado? Sully atesoraba, y llenaba de dinero las cuevas de la Bastilla (dinero que arrancaba á la circulacion); impedía la prosperidad de la industria cerrando las puertas á las mercaderías extranjeras; combatía el lujo por leyes suntuarias y quería alejar la población de los telares, siendo el mas opuesto á toda idea de libertad de comercio, á todo principio de libre cambio. Si examinásemos la administracion de Colbert, fundador de un sistema mas lato y mas atrevido; de Law, con sus capitales ficticios; de Quesnay y de Turgot, veríamos que estos hombres grandes profesaban principios opuestos, y que si hubiesen florecido al mismo tiempo, no se hubieran podido entender ni conciliar.

Pues bien , señores , cuando tanto se vacilaba , cuando tantos ensayos costó en otros países llegar á adquirir los verdaderos principios de la ciencia económica , ¿extrañaremos que en el nuestro haya habido errores ? ¿Miraremos con desden los esfuerzos de algunos españoles y guardaremos nuestros elogios para los extraños ? Si alguno , y nadie con tanto derecho como el nuevo Académico , escribiese la historia de la economía en nuestra patria ; si para ello empezase examinando el estado del país y el general de Europa ; si consultase la legislacion de España desde el Fuero Juzgo (que puede sostener bien la comparacion con las capitulares de Carlo Magno) ; si estudiase el espíritu de nuestros fueros y cartas-pueblas ; si consultase los cuadernos de Cortes , las ordenanzas no recopiladas sobre artes y oficios , navegacion y comercio ; si formase la estadística de nuestras florecientes fábricas de Toledo , Talavera y Sevilla ; si calculase la importacion y exportacion de nuestras mercaderías ; si

nos pintase el movimiento de nuestras célebres ferias de Medina del Campo y Medina de Rioseco; si para esto se despojase de todo prisma, de toda prevencion, de todo marco hecho de antemano; si tuviese el valor (que sí lo tendria) de decir la verdad, toda la verdad, ¡cuánto no aprenderíamos en este libro! Entonces veríamos lo mucho que se ignoraba en España; pero tambien lo mucho que se sabia. Disculpa tienen los extranjeros en juzgarnos tan mal: los españoles no levantan el pendon por las calles, no anuncian sus obras á son de clarin: son graves en las letras, poco amigos de mostrar sus fuerzas, y modestos en sus estudios como en sus hazañas.

En esta obra se revelarían errores ¿quién lo duda? pero errores que debieran marcarse en el mapa de la inteligencia como en las cartas náuticas se señalan los bajíos. Empero al lado de estos errores se hallarian ideas luminosas, aceptables hoy; pensamientos útiles, y se conocería que si la ciencia empezaba á destellar en Euro-

pa, nuestra España seguía el movimiento de los siglos. Una prueba... oigo que se repite; una prueba. Sí, señores. El príncipe de los historiadores de España nos dijo *que la Historia no pasa partida si no la muestran quitanza.*

Empecemos á examinar lo que algunos proyectistas pensaban sobre poblacion; es decir, sobre uno de los puntos mas capitales de la ciencia económica.

En 1599, reparad bien la fecha, Cellorigo sentaba la inconcusa verdad que la falta de poblacion no procedía de las guerras, sino del abandono en que estaban las cosas necesarias para la vida, y se lamentaba de que *el mercader no trate y el labrador no labre.* En 1646, don Gaspar de Criales y Arce, arzobispo de Reggio, en Nápoles, imprimió su célebre carta á Felipe IV sobre las causas de la despoblacion, achacándola en gran parte á los mayorazgos ¹.

¹ Carta que escribió á S. M. el arzobispo de Ríjoles, impresa en 1646. en 4.º

En 1686 se publicaba un memorial, en que se halla este valiente párrafo: « A diferentes motivos atribuyen muchos la falta de gente en España: á la espulsion de los moriscos, al descubrimiento del Nuevo-Mundo y á las colonias que en las Indias se han hecho, y tambien á las muchas religiones que hay en España; y aunque no se puede dudar que todo esto habrá ayudado, pero no ha sido la causa principal de que ha procedido... Tan continuadas han sidó las guerras en Holanda y Francia como en España, y vemos á Holanda tan poblada y llena de gente que causa admiracion. Francia, ademas de las guerras con sus confinantes, tuvo cuarenta años continuos la mas cruel guerra civil que se lee en las historias, y hoy está mas poblada que nunca. Aunque España tiene muchas religiones, mas tienen y con mayor número de conventos Francia é Italia, y ni en una ni en otra se reconoce falta de gente... La despoblacion ha tenido otro origen, y fué el haberse perdido en España

las fábricas y los géneros que se labraban , y faltar con la ocupacion el sustento...»

Veamos ahora si eran tan imperfectas las ideas que tenian sobre la moneda. Ya sabemos las pragmáticas sobre su alteracion , los medios peregrinos para consumir la moneda de vellon, que fué el cólera económico de aquellos reinados; ya sabemos que se propuso sustituir el vellon con granos de cacao; que no faltó quien indicase que se hiciese moneda de hierro, y sobre todo, que lo que aquejaba á aquellos gobiernos era la idea de que careciese de plata la nacion cosechera de este metal, y la esterilidad de los varios medios empleados para evitar su estraccion. Pues no faltaba entonces en España quien conociese los buenos principios. Mariana y Luis Vives pueden ser consultados con fruto; pero aun hallaremos presentada la doctrina con mayor lucidez en otros autores menos conocidos.

Aingo de Ezpeleta dice estas notables palabras , que no rechazará, sin duda , ninguna es-

cuela económica: « La raridad y falta de mercaderías crece y aumenta su valor, y la multitud lo baja y disminuye; también la racidad y falta de dinero le da estimacion moral, como la multitud le envilece y desestima »

Otro escritor de tiempo de Felipe IV decia: « Observad la ley de la moneda; tiene mas que la de nuestros comarcanos: ocho reales nuestros valen nueve en Francia é Italia. »

« A la alteracion de la moneda sucede siempre la miseria. » « El principe no puede alterar el valor de la moneda en cantidad que esceda á su justo derecho de regalia. » Estos principios los hallareis á cada paso en los escritos económicos que publicó Sampere en su Biblioteca y Camposmanes en sus Apéndices á la Educacion popular.

« La causa de la estraccion de la plata, dice Ezpeleta, es la necesidad que tiene España de mercaderías extranjeras, y no poderse saldar su diferencia con mercaderías del pais. »

Siento, señores, fatigar vuestra atencion con

tanta cita; pero ya veis que no estábamos en la ignorancia en que se nos supone, y que nuestros escritores económicos, ó mas bien nuestros proyectistas, de cuando en cuando vislumbraban la verdad. Difusos, oscuros, atestados de citas impertinentes, ajenos las mas veces á toda buena forma literaria, se caen de las manos de los lectores y duermen entre el polvo. Así se ha creído mas fácil desacreditarlos que leerlos.

Permitidme continuar este exámen. ¡Cuánto pudiera decir acerca de la legislacion mercantil de Bilbao; de las ordenanzas marítimas de Barcelona; de lo mucho que se escribió sobre erarios públicos, aplicacion, aunque imperfecta, del crédito; de los tributos y rentas Reales, y de las buenas ideas que destellan de cuando en cuando sobre tasas, y gremios, y ferias y otros puntos de inmediato enlace con la ciencia de la riqueza! Mas, apremiado por el tiempo, y no pudiendo hacer otra cosa que indicaciones generales, voy á limitarme á decir dos palabras

sobre nuestra acta de navegacion y acerca de las ideas que se tenian del comercio en aquellos tiempos.

En Aragon, Jaime I, en 1227, concedió preferencia en los fletes á las naves de Barcelona sobre todas las que cargasen en aquel puerto. En 1268 se esceptuó el caso de que los patrones de buques extranjeros cargasen por su cuenta, y en 1454 se estendió el privilegio de preferente flete á todos los buques del reino de Aragon.

Enrique III, en Sevilla, en el año de 1395, ordenó que todos los mercaderes genoveses, placentinos, catalanes, franceses ó ingleses que cargasen en dicha ciudad ú otra del reino, hubiesen de preferir los buques nacionales á los extranjeros ¹. Don Juan II, en 1427, promovió

¹ Zúñiga no menciona este documento. Córñide en su memoria inédita sobre la pesca de la costa de Galicia, dice que se conserva una copia en el archivo de la ciudad de la Coruña.

la construcción de navíos y galeras, balleneles y otras fustas, y « que se reparen las fechas y las atarazanas donde están. » Los Reyes Católicos concedieron una prima, ó como entonces se decía, un acostamiento, á los que construyesen buques, dándoles 10,000 maravedises por cada 100 toneladas, por pragmática de 1495 renovada en 1498. También concedieron preferencia en el flete y cargamento á los buques de 600 toneladas sobre todos los extranjeros, aunque fuesen de mayor porte. De este modo fueron preparando los ánimos para la pragmática de Granada de 1500, famosa acta de navegacion que impone la pena de perdimiento del casco y carga á todo barco extranjero que fletase para puertos del reino ó fuera de él. Y nótese que esta acta de navegacion precedió mas de un siglo á la de Cromwel, basada en los mismos principios. Felipe IV, en las Cortes de Valladolid, para facilitar el que se armase en corso, renunció el quinto de las presas: ¡tanto era el empeño en

fomentar y privilegiar á la marina mercante del país, base de la de guerra!

COMERCIO.—Ceballos, en su *Arte Real*, asentaba buenas ideas económicas sobre el comercio é industria, diciendo: «Así como el sacar las mercaderías labradas de España sería de mucha utilidad, y lo mismo los materiales que sobran, así es de mucho daño el sacarnos lo que es menester y traernos ropas y vestidos hechos.»

Don Antonio Somoza y Quiroga aconseja que se destierre el uso de ropas y telas extranjeras, como lo ejecutó el Cristianísimo rey de Francia con tanto rigor, que mandó quemar todos los paños de Segovia que se hallaron en poder de los mercaderes de Francia ¹.

Mas, para no molestar vuestra atencion con tanta cita, permitidme que me limite á hablaros de un suceso que sin duda tienen olvidado los escritores estraños que historian la ciencia eco-

¹ Valladares, Semanario, t. 2, pág. 243.

nómica. Cuando atacan con tanta injusticia al emperador Carlos V.; cuando le consideran el causador de los males económicos de su época, ¿cómo no recuerdan que era menos partidario del sistema prohibitivo que Francisco I, y que en el tratado de Madrid de 14 de enero de 1526 se ingirió una estipulación mercantil de la mayor importancia? El art. 27 de este tratado nos dice que los paños fabricados en Francia *se podían libremente traer, vender y distribuir* en los reinos y señoríos del Emperador, y que los paños fabricados en *Cataluña, Rosellon, Cerdeña y otros lugares de la corona de Aragon* no se podían vender ni aun introducir en Francia. Nada mas justo que la reciprocidad; pues no se pudo lograr, y solo se obtuvo el derecho de introduccion y tránsito, siendo textuales las palabras: *mas no para debitarlos y venderlos en Francia, salvo para venderlos fuera de la jurisdiccion de dicho Rey Cristianísimo*. Tambien las naciones tienen su amor propio; tambien los escritores

franceses omiten hechos tan capitales, tal vez por no recordar la ocasion de este tratado ¹.

Véase, señores, cómo se vislumbraban entre los proyectistas y llegaban hasta el poder los albores de la ciencia económica.

No hemos de pedir que ideas tan avanzadas fuesen generales en todo el país, fuesen admitidas sin exámen y sin grave contradiccion: eso sería pedir un imposible. Baste para nuestro propósito saber que habia hombres pensadores que anteveían los buenos principios, y que habia la suficiente libertad para enunciarlos y para criticar severamente á los gobernantes. ¿Lo dudáis tambien? *Impia* llamaba un escritor en tiempo de Felipe II á su pragmática sobre los pobres. *Injusta y funesta* llamó otro escritor del tiempo de Felipe IV á su pragmática sobre

¹ Sandoval, en la historia de Carlos V, inserta, traducido, el tratado de Madrid. Háblase en la coleccion Leonard, t. 2, pág. 220, en el t. 12 de la coleccion de leyes y ordenanzas de Mr. de Isambert, y en otras colecciones menos importantes.

las tasas. «Aunque tuviese V. M. *las Indias en Arganda serian inútiles,*» decía al mismo rey el arzobispo Griales y Arce. Verdades duras en el fondo y en la forma.

Estos escritos, que con el nombre de cartas, memoriales, discursos, avisos y remedios se publicaban entonces, tienen además otro mérito para la ciencia económica; la riqueza de datos estadísticos que encierran, y la noticia que conservan de los géneros que estaban entonces en uso, y de los puntos de *produccion y de consumo*.

No confundireis, sin duda, á los proyectistas ó políticos, como los apellida el nuevo Académico, con los arbitristas. Los proyectistas enunciaban pensamientos mas ó menos aceptables; los arbitristas los exageraban hasta el ridículo: los unos pintaban el retrato; los otros la caricatura.

No estrañamos, pues, que el que combatió los libros de la andante caballería nos presente con inimitable gracejo este linaje de hombres

que tanto se prestaban al ridículo. ¿Quién no recuerda el arbitrio del ayuno general una vez al mes, el cálculo de sus productos y la donosa conclusión? *¡con el ayuno agradarian al cielo y servirian al Rey, y tal podria ayunar que le fuese conveniente para la salud!* Y el alquimista y el matemático no eran personajes ideales; no. Por aquel tiempo, el capitan Lorenzo Ferrer Maldonado, el doctor Juan Arias de Loyola, el portugués Luis Fonseca Coutiño y otros muchos servian de modelo á Cervantes, á Guevara y á Quevedo, que los trataron sin piedad.

Y no debemos buscar á los arbitristas solamente entre las personas comunes. ¿Qué era sino un arbitrista el conde-duque de Olivares al publicar su famosa pragmática del inventario general de bienes que debian hacer todos los empleados? Ese escrutinio general, ¿no huele á arbitrio? Y ¿no lo eran esas innumerables licencias para buscar tesoros y esa facilidad de privilegios mineros?

Es verdad, señores, y digámoslo por si nos escucha alguno aquejado de este mal, que entonces se dedicaban á esta industria todo un Carlos Colona, un Gregorio Lopez Madera y otros insignes y esclarecidos varones; siendo esto tan antiguo, que ya era minero el arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo, de quien nos dice Fernan Perez del Pulgar. «Entendió muchos años en el arte de la Alquimia... en la cual é en buscar tesoros é mineros consumió mucho tiempo de su vida y gran parte de su renta.»

Basta: he seguido paso á paso el discurso de mi ilustrado compañero y amigo, espigando alguna parte de la mies que dejó por recojer. La idea económica no reinaba en España porque el período de los economistas no habia llegado aun; pero en vez de merecer nuestros estadistas la severidad con que son tratados, dan lugar á sérias meditaciones y tienen cabimiento en la historia económica del país.

Una sola palabra... habeis sido indulgentes

conmigo hasta aquí... sedlo un momento mas.

Sucede con las naciones lo que con los individuos. Cuando el mal se agrava, cuando no se creen suficientes los consejos de la ciencia, se entregan los enfermos á manos empiricas, y obedecen los preceptos de los curanderos. Este es el momento en que la vana garrulidad ocupa el lugar del frio razonamiento, en que el hombre audaz desaloja al hombre modesto, y en que á los productos de la reflexión y del cálculo reemplaza lo desconocido, lo maravilloso, lo absurdo. El mal económico era patente; los remedios no eran atinados ni eficaces, y entonces los proyectistas y los arbitristas aparecieron en la escena... Mas no se crea que este fenómeno es peculiar de los tiempos que nos describe el nuevo Académico: se presenta siempre igual cuando los Estados se hallan en las mismas ó semejantes condiciones. Puede variar en algo la fórmula, puede ser diverso el sofisma que sirve de base; pero siempre que el mal aparece, hay quien se atreva á cu-

rarlo empíricamente, y nunca falta para los Estados, en los momentos supremos, un vendedor de elixires.

Ni se crea, señores, que esto es peculiar á nuestra patria. Fácil me sería en este momento, recorriendo la historia económica de Francia, Inglaterra é Italia, encontrar los mismos proyectos que hoy nos parecen ridículos, y los mismos ó semejantes estupendos arbitrios, frutos delirantes de cabezas enfermas. Aun mas: ¿me atreveré á indicar una conjetura? Al ver que muchos de nuestros arbitristas procedían de Italia y de Flandes, y que casi todos habían estado en contacto con aquellos países, creemos que en ellos nació esta plaga que se difundió por todas partes. Las guerras tan largas y costosas que sostuvieron aquellos pueblos, la necesidad de medios para sustentarlas, obligarian á los naturales á buscar recursos, y tras de los proyectos nacerian los arbitrios.

De todos modos, no olvidemos, señores, que

podieron otros países anticiparse en algunos ramos del saber; pero si en algunas naciones amaneció mas temprano, en todas hubo noche...

Para que esta noche desaparezca del todo; para que á las tinieblas ó al fulgor fosfórico suceda el verdadero sol de la inteligencia, deben trabajar de consuno con las academias y cuerpos sabios todos los que amen su patria y tengan un corazon honrado y sientan en su mente la inspiracion, el entusiasmo, el genio.

Facilitense á la juventud estudiosa los caminos de la ciencia; ábranse nuevos mares á nuestras quillas, nuevos mundos á nuestros Colonos.

¡Premios á la juventud! ¡Honor á las letras! Derrámese sobre la cabeza del pueblo el bautismo de la inteligencia; pero no se olvide que el medio saber es peor que la ignorancia, y que no se alcanza la verdadera ciencia cuando no se busca con recta intencion, con modestia, con piedad.

La Academia, fiel al deber que le impuso Fe-

lipo V, estimula á la juventud: hoy corona al vencedor en público certámen, y abre de nuevo el palenque convocando á sus premios á nacionales y extranjeros. ¡Estrangeros! ¡Ojalá luzca pronto el día en que todos los pueblos se enlacen por medio de la ciencia! Dentro de poco no habrá fronteras para los productos de los talleres... que no las haya para los productos de la inteligencia... que en el mundo de las letras no haya mas extranjeros que los ignorantes.

INDICE

	PÁGINAS.
ADVERTENCIA.....	V
PRÓLOGO.....	VII
Carta del señor Aparisi al Autor....	XVII
Los Dos Napoleones.....	1
Dos años despues.....	15
Cervantes.....	29
La Revolucion.....	37
El Cementerio de San Nicolás.....	45
El Socialismo.....	65
Los Camaradas.....	79
Alópatas y Homeópatas.....	87
Los Campos Eliseos.....	95
La verdad, la historia y la fábula...	109
Los afrancesados.....	119
Prólogo á Lágrimas.....	131

Las Arengas	139
La Reaccion.....	149
La hermena de la Caridad.....	157
Quiero ser Diputado.....	165
El Baile.....	177
Todos Pecadores.....	189
DISCURSOS ACADÉMICOS.....	213
Discurso en contestacion al que leyó el Excmo. Sr. D. Felipe Canga Ar- güelles, sobre institutos monásti- cos, al tomar posesion de la plaza de individuo de número de la Aca- demia de la Historia, en la sesion pública celebrada el 16 de Mayo de 1852.....	215
Discurso en contestacion al que, so- bre el Califato de Córdoba, leyó el Sr. D. Modesto Lafuente al tomar posesion de la plaza de individuo de número de la Real Academia de la Historia en sesion pública de 23 de Enero de 1853.....	247
Discurso en contestacion al que leyó el Sr. D. Manuel Colmeiro sobre ar- bitristas españoles, al tomar pose- sion de la plaza de individuo de número de la Real Academia de la Historia, en la sesion pública del dia 26 de Abril de 1857.....	273

